



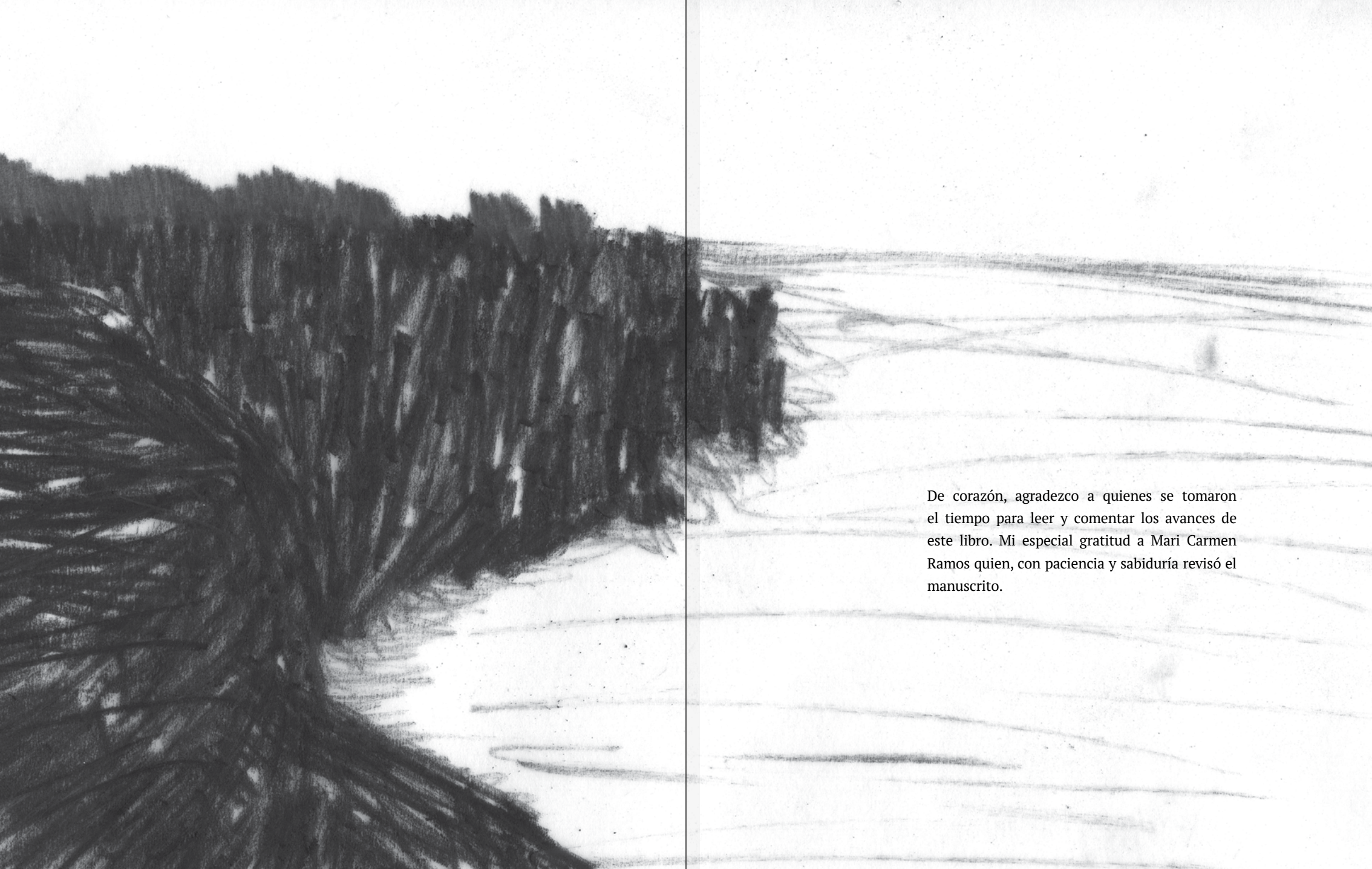
La Clínica del Riscal

José David Enríquez Rosas



A mis hijitas – Mariana y Eva Sofía,
por enseñarme el arte de amar.

A Mr. Lee -mi compañero de la infancia-,
por enseñarme el arte de escuchar.



De corazón, agradezco a quienes se tomaron el tiempo para leer y comentar los avances de este libro. Mi especial gratitud a Mari Carmen Ramos quien, con paciencia y sabiduría revisó el manuscrito.

LA CLÍNICA DEL RISCAL

© José David Enríquez Rosas

Diseño editorial: Insensato Studio / Carlos Villajuárez

Ilustraciones: Elvia González H. / Carlos Villajuárez

1ª edición, febrero 2022

Todos los derechos reservados

La reproducción total o parcial de esta obra por cualquier procedimiento, incluyendo la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante el alquiler o el préstamo, quedan estrictamente prohibidas sin la autorización escrita del editor o entidad autorizada y estarán sometidas a las sanciones sometidas por la ley.

Impreso y hecho en México, D.F.



La Clínica del Riscal

José David Enríquez Rosas



“En el amor siempre hay algo de locura;
y en la locura, siempre hay algo de razón.”

[Friedrich Nietzsche]



El presente libro contiene materiales repugnantes para el alma humana. Los autores recomendamos que su lectura sea supervisada por un can, debidamente certificado en el oficio de la enseñanza a homínidos.

Sea pues,

Errant

Señorito m

Segismunde

Coqui

San patricio

Jacques

Anaximandro



CAPÍTULO I	
Carón	
EXP.	CU-001

UN PARRAFO MÁS

AVANZAR. DESPACIO. UN PASO.
UNO MÁS.

El intenso olor a hierro de la sangre es tal, que desvanece las capacidades de mi olfato. Lo captura como una serpiente zigzagueante que, luego de acorralar a su presa, juguetea burlándose de su insalvable debilidad. El olor me es familiar, aunque el registro exacto del aroma no es el mismo al de la sangre espesa que suele brotar de las heridas propinadas por Cuarón, a los perros que se atreven a explorar los escondites del patio menor de la clínica. No. Esta es mi sangre.

Fluye a borbotones proyectándose contra las paredes de la caja de cartón, en la cual soy transportado a toda prisa por el buen Joshua, nuestro viejo paseador. La sal y el yodo del mar suben hasta mi nariz danzando entre el tumbo del oleaje más allá del acantilado. Entre un desmayo y otro, escucho una parvada de aves en perfecta formación. Mi cola se enrosca, al recordar el instante en que Cuarón me dio el primer machetazo. Es extraño. El batidero de sangre y lodo en que mi pelaje se ha convertido me impide ver una de mis patas traseras. La derecha está entumecida, pero la otra, pareciera que simplemente ha desaparecido. Me vuelvo a desmayar, pero alcanzo a escuchar los gritos de auxilio de Joshua y el sonido de un camión que se detiene para transportarnos, a no sé qué lugar.

Mi desmayo es apacible. Entre sueños y recuerdos, mi mente se detiene en la deliciosa fragancia de Joshua, justo al filo del día en que -como hoy- me recogió. Fue cerca de la carnicería del pueblo, estando yo husmeando entre las delicias del basurero municipal. Era apenas un cachorro de dos o tres meses, y a pesar de mi corta edad, peleaba ya embravecido contra una rata monumental, por un trozo de fritura amoratada ya, por el proceso de putrefacción. Encabritada, aquella rata maldita se aprovechó de mi falta de experiencia en el oficio de la pepena, para dar un salto mortal hacia atrás y desaparecer así, entre una montaña de escombros, alardeando del triunfo entre los suyos.

Y así fue como, mis chillidos lastimeros se convirtieron en el maravilloso umbral hacia mi nueva vida. Entre bolsas de chuletones, solomillos y otras exquisitas viandas, recibí un tierno jalón de orejas, para después, sentir cómo una voz grave y cálida me hablaba, al tiempo que me elevaba hasta acurrucarme en su pecho. Seguramente era la acumulación de migas en sus barbas crecidas, sumado a su franco escepticismo hacia las faenas del aseo personal y a su incansable rumiar las parábolas de su admirado Maestro Shopenhauer, lo que hacía de Joshua el saco humano más delicioso de aromas y enseñanzas que, un cachorro como yo -ansioso por aprender- podía esperar. Sin decir mayor cosa, me ofreció un delicioso trocito de salchicha ahumada, que no hizo otra cosa que flechar el amor incondicional, que para siempre le tendría a mi amo, quien, a la postre, habría de convertirse, además, en mi guía intelectual.

Subrayo incondicional, porque, a mi paso por las extrañas costumbres de las personas, me he percatado que el afecto entre ellas se encuentra siempre, sujeto a enredadas cláusulas de contratos insufribles, en los cuales, se da cuenta de un sinfín de excluyentes, que hacen que el amor perruno -puro y absoluto- parezca una verdadera estupidez a ojos humanos. Pero eso, a los de mi especie, nos da igual. En nuestra alma no hay otra cosa que devoción para quien nos ofrece un hogar seguro. Y sean cuales sean sus aromas, sinsabores o -incluso- trastornos, nosotros estamos ahí, como el más leal de los escuderos. Listos para defender el honor de nuestro amo, con la vida misma, porque somos, como nadie, la especie que conoce el verdadero sentido de la amistad.

En efecto, como Joshua -citando a Shopenhauer- suele explicarnos mirando al atardecer desde los acantilados blancos que cimentan la clínica: “La amistad verdadera y auténtica presupone un interés profundo, puramente objetivo y completamente desinteresado en las alegrías y pesares de la contraparte, y ese interés, a su vez, una real identificación con el amigo. A ésta, sin embargo, se opone hasta tal punto el egoísmo de la naturaleza humana, que la verdadera amistad es de esas cosas de las que uno no sabe bien si no serán, como los dragones marinos, producto de la fábula, y si realmente existen en alguna parte”. Queda claro -me

parece- que la amistad humana es solamente una entelequia; un ilusorio cofre más allá de un arcoíris. En cambio, la amistad perruna es tan real como un kilogramo de aromática longaniza, saliendo de la embutidora de un carnicero.

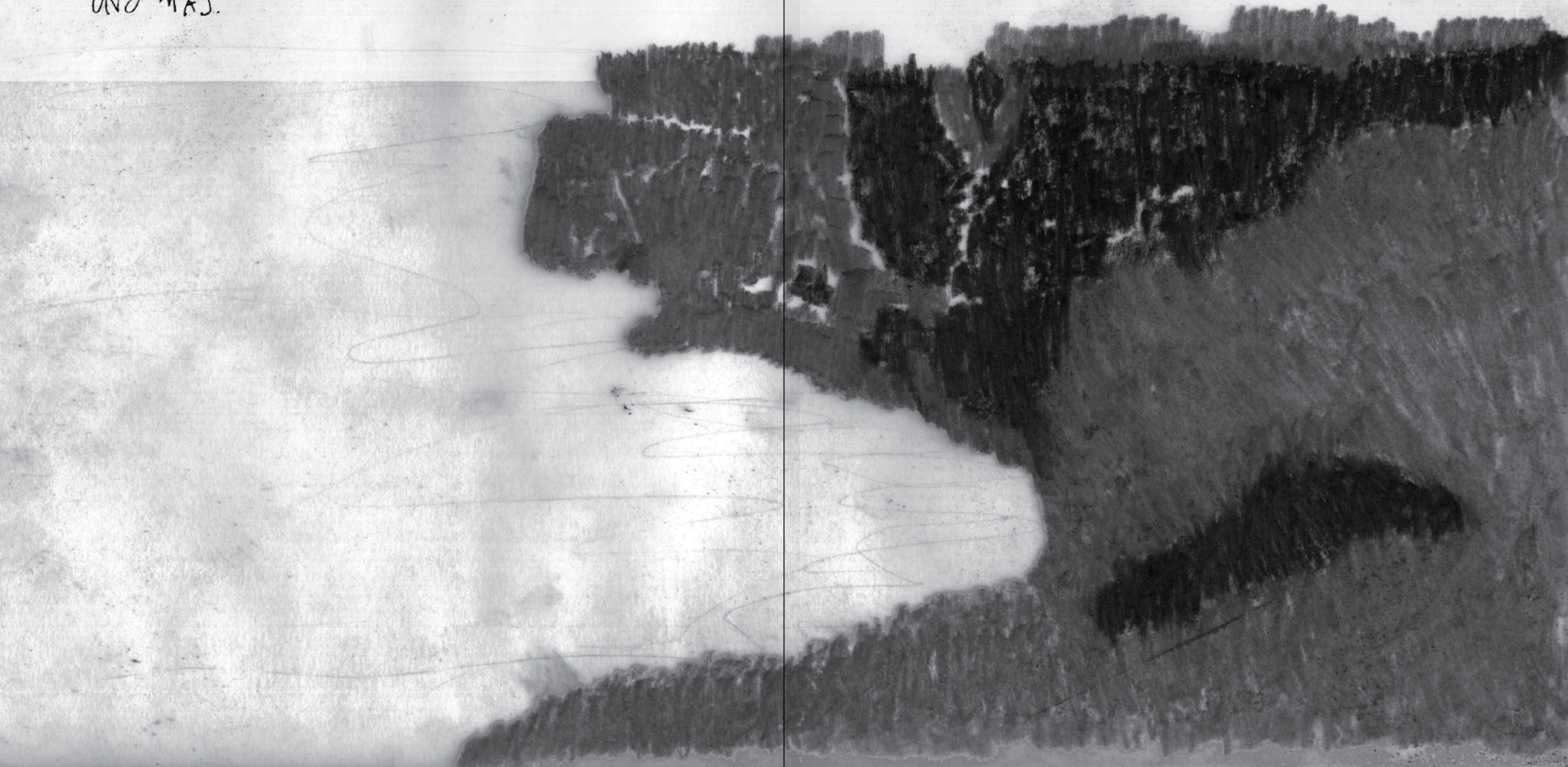
Pues bien, decía yo, antes de interrumpir mi relato sobre la superior naturaleza perruna, cómo Joshua y yo somos transportados entre saltos de troca. Pronto, a pesar de mi lamentable estado, mis orejas y mi cola se tensan al captar un raudal creciente de olores nauseabundos, provenientes de la veterinaria a la que Joshua nos lleva a regañadientes de vez en cuando. Nunca comprendí cómo, quien tanta devoción nos procura, es al mismo tiempo capaz de hacernos padecer la tortura indecible de piquetazos, cortes de melena, e incluso, auscultaciones indignas de nuestra noble especie.

En fin, ya volveré a ello más tarde, pues sin duda, el lector que tiene en sus manos esta trágica historia diferirá de mi punto de vista y -seguramente- del de su propio can, o de tajo, del criterio de cualquier mascota. Los humanos -como bien nos explica Joshua durante nuestras largas caminatas de cara al mar- han quedado sordos a todo pensamiento distinto al de su especie. Tal vez sea René Descartes quien, hacia 1649 osara denostarnos de la siguiente manera, en el contexto de una carta a su amigo y colega Henry More: “Así, si se admite que los animales tienen pensamientos, entonces tendrían un alma inmortal como nosotros, y esto resulta inverosímil, porque no habría razón de creerlo en algunos animales sin creerlo de todos, y muchos de ellos, como las ostras y las esponjas son demasiado imperfectos para que ello fuese creíble”. ¡Vaya tipo ese tal Descartes, comparando nuestra gentil stirpe con una esponja! ¡Vaya sordera la de los homínidos engreídos, al pensar que todo el resto de la naturaleza es incapaz de comunicarse!

Pero dejemos la filosofía y volvamos a mi lamentable estado físico. A pesar de que no entiendo lo que Joshua intenta explicar -desbordado en llantos- al hombre de bata blanca, caigo en cuenta que, por más que trato de dar lengüetazos a mi patita trasera izquierda, ésta se ha hecho totalmente invisible. Tal vez Cuarón -al fin- logró el efecto de la invisibilidad en mí. Es posible que sus actuaciones como

UN PARRAÇO MÃS

AVANÇAR. DESPAÇO. UN PASSO.
UNO MÃS.



magos y escapistas, a lo largo de estos años de encierro en la Clínica del Riscal no fueran en vano, y al ondear el machete -robado al jardinero- como varita, hiciera que mi endeble extremidad viajara hasta el cielo de los perros. En efecto, puedo sentir cómo ésta se mueve, mientras me alzan de un lugar a otro, entre trapos y pomos. Pero lisa y llanamente, mi linda pata ha desaparecido de la faz de la Tierra.

Cuarón miraba fijamente al mar desde lo alto del acantilado blanco. El enclave marítimo de la Clínica del Riscal -recordaba en silencio- se debía a la generosidad de sus abuelos, quienes, cansados de luchar contra sus perversiones adolescentes, optaron por encomendar la construcción de un pequeño hospital psiquiátrico, que se encargara de su atormentado nieto, luego de la funesta muerte de sus padres. En su generosidad, el matrimonio Shiffer dispuso que no solamente su nieto, sino un selecto número de pacientes de su acomodada clase social, víctimas todos, de afecciones de la mente, pudieran resultar beneficiados, o al menos, vivir sin causar estragos emocionales en su entorno familiar.

Fue así cómo, a sus quince años, el proyecto de los abuelos cobraba vida entre una apasionante columna de riscos blanquecinos. El eterno batir de las olas había dado forma a aquel mágico lugar, que, a partir de entonces, se convertía en un refugio para mentes dolientes. Con siete villas y áreas comunes para terapia grupal y actividades didácticas y de operación general, la clínica tenía una atmósfera afable y discreta. Buscaba, con la ayuda del oleaje y de las gaviotas en vuelo, contribuir al tratamiento de sus pacientes. Un grupo de jóvenes psiquiatras, apoyado por un equipo de enfermería y de servicios diversos, era encabezado por un amigo íntimo de los Shiffer, el Dr. Aníbal Quevedo Jr., joven psiquiatra y psicoanalista reconocido por la gestión de tratamientos basados en el entorno natural.

Los delirios alucinantes de Cuarón iniciaron a temprana edad. Fue justo en su cuarto cumpleaños que, entre tumbos, logró encaramarse hasta la jaula de los canarios de la abuela, para arrancarles el pico, uno por uno; sin la menor pizca de clemencia. Durante el interrogatorio, el cruel niño aducía con plena convicción

que no era el melodioso canto de los canarios, sino el seco gruñido de un monstruo bicéfalo, que no hacía otra cosa que advertirle, que, al caer la noche, cercenaría sus labios, capa por capa.

En un principio, padres y abuelos a la par, trataban de no darle importancia al suceso. Convenía verlo simplemente, como una escena de poderosa imaginación, sumada a un rasgo característico de temeridad en los varones de su edad. Aconsejaron, sin embargo, a las exhaustas nanas que se ocupaban del infante durante los largos viajes paternos, que se le observara con diligencia, a fin de prevenir alguna otra travesura pasada de tueste.

Si bien la casa señorial estaba casi siempre semivacía, a causa de los constantes viajes de sus padres, cuando la familia se encontraba reunida, los ánimos del chico -ya casi puber- parecían atemperarse, entre sutiles ritos y afares maternos. Así, por ejemplo, la madre, aunque silente y desapegada en apariencia, procuraba susurrarle mientras se daban un baño juntos, cancioncillas que solo ellos compartían. Una sonrisa casi idéntica se dibujaba en madre e hijo, cuando los labios de ella rozaban una oreja de él.

El pegajoso transcurrir del tiempo en la contrariada mente de Cuarón, no hizo sino agravar sus alucinaciones y así, de aquellas originalmente auditivas, el muchacho saltó a los torcidos placeres olfativos, para después, hacer cima en sus malsanas ensoñaciones. A los once años -cuando tenía ya una apariencia amarillenta y a veces casi inerte- las turbaciones de Cuarón lo llevaron a dejar de comer.

Refería que la casa paterna se había transformado en una densa nube putrefacta, que no hacía otra cosa que asfixiarlo irremediablemente. La nube avanzaba sigilosa, y adquiría formas tan variadas como la de un gran falo rojo y desafiante, que, armado con unas enormes fauces de lobo y punzantes alas de águila real, acechaba permanentemente. La facilidad del vapor pestilente por tomar una u otra forma, hacía que el pobrecillo Cuarón no lograra conciliar el sueño, salvo de manera inducida, a través de somníferos administrados por las nanas.

LOS GRANÍDOS AL FIN SE AHOGAN
VOS CANARIAS CANTAN DE NUEVO
QUIETUD, SILENCIO. TIEMPO



La misteriosa elasticidad de su presente, que lo hacía avanzar y luego retroceder en la comprensión de su mundo interior, se hizo patente al regreso del viaje de sus padres por el Congo, justo a los márgenes del Corazón de las Tinieblas, que Joseph Conrad describiera de manera tan asombrosa hacia finales del siglo XIX. Como siempre, sus padres disimulaban la existencia de un problema psiquiátrico que aquejara a su único heredero, y con el propósito de hacerlo olvidar sus tribulaciones, lo colmaban de obsequios exóticos de sus viajes exploratorios.

En esa ocasión, cuando Cuarón estaba por cumplir los trece años, y los vaivenes hormonales de la pubertad ya lo habían alcanzado, el obsequio especial de su hermosísima madre fue un original conjunto de lanzas para la caza del jabalí. Se trataba de una serie única en su clase, ya que las tribus pigmeas de la región, las usaban en los rituales animistas que buscaban expulsar a los demonios de las demarcaciones boscosas. Así, narraba su padre -mientras ayudaba al chico a desenvolver el regalo de mamá- los guerreros danzaban alrededor de una hoguera que atraía a los espíritus del bosque; y una vez ataviados con pavorosas máscaras, iniciaban la sanguinaria cacería del jabalí, furioso animal que encarnaba -en la idiosincrasia africana- el espíritu mismo de las tinieblas.

Tras escuchar los relatos fantásticos de su padre, la imaginación -siempre en ebullición- del chico, no dejó de conducirlo a las hogueras tribales y a las danzas de la guerra, en las que los jóvenes se preparaban para dar muerte a aquellos asquerosos cerdos de colmillos largos y aspecto demoníaco. Y en ese contexto onírico, la nube pestilente de su infancia se hizo presente una vez más. Su olor era de tal manera denso, que formaba un cauce fluorescente, que daba tumbos entre los interminables pasillos de la fría residencia Shiffer.

Cuarón despertó abruptamente de una capa de sueño profundo a otra todavía más honda. Había una reminiscencia de cordura en su lóbulo frontal que le sugería parar. Razonaba con un sinfín de argumentos como, de quedar atrapado entre las texturas de sus alucinantes sueños, no tendría más alternativa que seguir sus impulsos más primitivos, hasta sus funestas consecuencias. Pero esa impertinente vocecilla lobular

quedaba silenciada, en medio del volumen creciente de percusiones africanas que, con un excitante ritmo acariciaban su miembro ya apto para los placeres de la carne.

Fue entonces cuando la mirada de Cuarón -desbordada ya de locura- lo condujo a frotar la lanza más afilada del obsequio. La sutileza de su punta era, al tacto, una delicia. Podía sentir cómo una gota de su propia sangre se deslizaba entre sus dedos al rozarla. Y, como un guerrero al acecho, supo con la mayor claridad de que fuera capaz, que el momento cumbre de la cacería había llegado.

Desnudo y todavía con el miembro desenvainado, el guerrero púber recorrió agazapado, los pasillos de aquella casa infinita. La estela fluorescente lo conducía hacia un entramado de gemidos rítmicos, que no parecían ser otra cosa, que una asquerosa pareja de demonios del bosque, en plena cópula.

Avanzar. Despacio. Un paso. Uno más.

Al cruzar el umbral, Cuarón observó cómo, la mancha fluorescente lo colmaba todo. Iluminaba en tonalidades jamás vistas por seres humanos, el escondite de aquellos jabalíes en pleno apareamiento. Se encontraba pues, justo en el corazón de las tinieblas. La malignidad de aquella unión era palmaria. De manera intermitente, la repugnante figura de un demonio bicéfalo cambiaba por un segundo a la de una mujer exquisita, cuyo cabello azabache caía por su escultural espalda sudada. Sus nalgas eran perfectamente redondas y turgentes. Sus piernas eran largas y fuertes. La balanceaban hacia arriba y hacia abajo, entre un alud de gemidos, mientras unas manos sucias y deformes rodeaban su perfecta cintura entre jadeos.

Un parpadeo más.

Los repugnantes chillidos de esos animales se clavaban en los oídos de Cuarón como espinas. Lo torturaban hasta el extremo. Era su oportunidad de convertirse en el guerrero más joven y viril de la historia de su aldea. Erigirse nada menos, que

como el cazador mismo del demonio que representaba el corazón de las tinieblas del África Negra. Cayó en cuenta que, el monstruo que tenía enfrente era justo quien lo afligía desde su primer recuerdo infantil. Era un ser multiforme que se le ofrecía ahora, como el gran premio de su cacería. Y así, tomando todo el impulso que le fue posible, atravesó a aquella bestia de dos cabezas, de un extremo al otro.

Al cortar con tan afilada lanza el cuerpo de aquel monstruo bi-corpóreo, una descomunal fuente de sangre y líquidos corporales se mezclaba con la fluorescencia efervescente del instante. Vencedor, Cuarón experimentó su primera polución, abrazado de las exquisitas caderas de una hembra blanca, quien todavía se convulsionaba entre los miembros de sus machos.

Los gruñidos al fin se ahogan.
Los canarios cantan de nuevo.
Quietud. Silencio. Tiempo.

Como era de esperarse, los abuelos Shiffer quedaron devastados con lo sucedido. Con la noticia, el abuelo sufrió un ataque cardíaco que, gracias a su edad avanzada no significó una consecuencia fatal. Pese a todo, el honor prístino forjado por generaciones de esfuerzo era mayor que cualquier desdicha, por cruda que fuera. Y si el apellido Shiffer tenía que morir con ellos -ya sin descendencia posible- sería dignamente; acallando -costare lo que costase- la tragedia edípica protagonizada por su nieto demente. Fue ese pues, el origen de la Clínica del Riscal, un par de años más tarde.





CAPÍTULO II	
Francis	
EXP.	FR-002

DUERME FRANCIS
SUEÑA SU CUA, FRANCIS
ESTOY AQUÍ. TE COMPAÑO
SIEMPRE

Duerme, Francis siempre duerme. Duerme acurrucado entre los soplidos del viento; abrazado a las caprichosas corrientes oceánicas que golpean rítmicamente el acantilado de la clínica. Francis duerme al garette, justo como su vida ha surcado los mares. Duerme a pierna suelta; sin velas, sin timón. En Francis no hay sextantes; no hay brújulas ni astrolabios que valgan. Porque, ¿quién dice que la vida debe seguir los derroteros que marcan otros navegantes? Algunos -como Francis y como yo mismo- no tenemos un puerto de resguardo; mucho menos uno de arribo seguro. Lo nuestro es vivir un día a la vez: en un presente continuo; en una pequeñísima eternidad redentora. En una singularidad trans de género, de sexo, de rumbo, de tiempo.

En nuestro universo no hay decisiones blancas o negras; no hay un polo sur o un polo norte; no hay babor o estribor. No hay sonido o silencio. No tenemos por qué optar en uno u otro sentido, pues nuestro caleidoscopio existencial abarca el todo y la nada, por contradictorio que le parezca a quien hojee estas palabras.

Vivimos en un maravilloso espectro no binario, que lejos de escindirnos nos integra en una paleta de mil colores. Y, sin embargo, los “binis” -seres grises del mundo binario- son incapaces de comprender la belleza de nuestro cosmos integrador. Su obsesión por las dicotomías cuestiona nuestra salud psíquica, al punto de clasificarnos oficialmente, según el canon universal de la psiquiatría -el DSM de la Asociación Psiquiátrica Americana- como enfermos de la mente. ¿Nuestra afección principal, y la de toda la comunidad LGTBQ+? La disforia de género.

Tan solo recordárselo a Usted -lector aprendiz- hace que mi rabito asustado se refugie entre mis peludas patas. Haré lo posible por no orinarme por la frustración, al recordar las lecciones de nuestro muy querido Joshua, al explicarnos la sinrazón del mundo binario desde la perspectiva freudiana. Sí, aquella cosmovisión psicoanalítica añeja, occidental, colonialista y falo-céntrica, a partir de la cual, a Francis, a mi mismo y a millones de nosotres, se nos ha oprimido; aprisionado y arrojado -por siglos- a los sótanos institucionales de esta sociedad patriarcal que padecemos todes.



Basta citar las palabras introductorias del apoteósico Dr. Freud en Tres Ensayos para una Teoría Sexual: “a la teoría popular del instinto sexual corresponde la poética fábula de la división del ser humano en dos mitades -hombre y mujer-, que tienden a reunirse en el amor. Causa, pues, una gran extrañeza oír que existen hombres y mujeres cuyo objeto sexual no es una persona de sexo contrario, sino otra de su mismo sexo. A estas personas se les denomina homosexuales; o mejor, invertidas, y el hecho mismo, inversión. Su número es muy elevado, aunque sea difícil establecerlo con alguna exactitud”. Tan grosera aseveración dilata mis venas y pone en alerta roja mis orejitas. A pesar de mi necesidad instintiva de gruñir, ladrar y morder con envidia perruna una nalga del tal Segismundo, debo callar para que mi Francis continúe su- -casi- interminable reposo.

Es una lástima, los antidepresivos prescritos por el Dr. Quevedo no parecen generar la menor reacción- en el ánimo y la vitalidad de su paciente. Francis continúa sumergido en un letargo profundo que, como una hoja, le lleve a observar una vez más, los pasajes más tristes de su vida. A medida que esa hoja asciende y desciende entre bocanadas de tiempo, la fragancia -hormonal- de mi Francis se transforma; justo como ha ocurrido en su propia transición de género y de sexo. Mi naricita fría y siempre dispuesta, está preparada para acompañar sus sueños a través de una nueva danza olfativa; ya sea en la forma de un armonioso vals de progesterona; o bien, en la vertiginosa sensualidad que solo un tango de testosterona puede ofrecer...

Duerme Francis.

Sueña. Sueña Francis.

Estoy aquí. Te acompaño. Siempre.

La segunda función del circo estaba por concluir, aquella tarde soporífera. La humedad y el vaho del trópico provocaban que la pestilencia en la zona de jaulas se exacerbaba. Las moscas -negras y verdes por igual- zumbaban alegremente, degustando el excremento de elefantes, tigres y chimpancés. ¡Es hora de ganarte

el pan, bastardo de mierda! -vociferaba Don Claudio-, el capataz-, mientras descargaba su furia mediante un latigazo en el suelo inmundo, a menos de un metro de aquel niño -encorvado y silencioso-, de apenas tres años. Desprovisto de los mínimos cuidados, ese pequeñito -a quien hoy conocemos como Francis- suponía que su nombre era Bastardo, pues aquél era el único vocablo que el capataz y otros ayudantes del circo usaban para llamarlo.

Los días del pequeño Francis -sin el rostro de una madre al cual poderse aferrar- transcurrían entre las faenas de aseo de jaulas y cuidado de animales. A las constantes maldiciones y azotes de Don Claudio, se sumaban -como sonido laboral de fondo- los barridos de los elefantes, los rugidos de los tigres y los chillidos de los chimpancés -expertos todos ellos en actos circenses, dignos de las mayores ovaciones de niñas y niños, cuya suerte era muy distinta que la de nuestro protagonista-.

A fin de evitar la posible evasión del menor, Don Claudio acondicionó un viejo arcón de tabloncillos enmohecidos y apolillados, justo al lado de la jaula de una linda chimpancé, que recientemente había parido. Y una vez terminada la jornada, nuestro Francis entraba -sin mucho chistar- a su humilde prisión infantil, para desde un amplio hueco observar cómo, la madre chimpancé acunaba a su pequeño, con el amor y cuidado, que solo una madre verdadera puede brindar a su indefensa criatura. -Los animales, estimado aprendiz sí que sabemos brindar un apego seguro-. Salvo en los momentos de ser amamantado o explorar un poco entre el lodo y la cama de paja, la cría usaba su energía en no caer del lomo de la madre, quien paseaba ansiosa de un extremo al otro de su reducido hábitat, suplicando por dar fin a su cautiverio.

Pero aquella noche hubo algo distinto en la rutina. La luna llena inundaba con luz de plata el territorio de los homínidos vecinos, y con ella como testigo sucedió algo mágico y hermoso, que no tendría cabida entre la mayoría de los especímenes de la raza humana. Al captar el llanto casi inaudible del pequeño huérfano, la madre chimpancé se acercó al tablón medianero y con toda sutileza,

hizo cruzar su mano derecho más allá de la frontera -física y etológica-, para acariciar la cabellera y detener una lágrima que rodaba por la mejilla de nuestro Francis. Y sin más, retrajo sus largos dedos, para extraer unas gotas de su propia leche y llevarla con la más sublime ternura a los labios del niño. El llanto al fin cesó. Y así, acurrucados -como una sola familia- los vecinos de desgracia soñaron con ser libres esa noche.

Ese imborrable pasaje de la vida de Francis -el cual me ha compartido en la intimidad de sus sueños, mientras le cuidó al pie de la cama- me hace recordar una lección de Joshua durante nuestros periplos mañaneros, corriendo por la playa con mis peludos compañeros de oficio:

En esa ocasión, la clase se centró en uno de sus más admirados maestros: Franz Kafka, quien con gran ahínco literario defendió la causa animal (no solo la perruna), para desde ella, cuestionar la pérfida conducta humana. Así -argumentaba nuestro guía- citando la voz canina del maestro Kafka, al comparar a la raza humana con la de nuestra fina estirpe, en su obra Investigaciones de un Perro: "...hay en ellos algo llamativo si lo comparamos con nosotros los perros: su poca solidaridad, la indiferencia y el silencio con el que se tratan y el hecho de que solamente los intereses más mezquinos puedan llegar a unirlos sólo externamente y que, además, estos intereses generen odio y lucha. ¡Qué diferentes somos nosotros, los perros! Se podría decir que todos hacemos una piña a pesar de las innumerables y profundas diferencias que se han producido entre nosotros a lo largo de los tiempos". Sin palabras. Corto aquí unos minutos, para que el lector aprendiz, bajo la supervisión de su perro, reflexione sobre el tema.

Hasta los cinco años, la vida de Francis transcurrió entre penas y faenas. Como todo circo, la constante durante esos años fue el cambio. Cual nómadas, los miembros de la carpa no permanecían en un solo lugar más de dos meses, a fin de cumplir el itinerario de compromisos a todo lo largo del litoral. Y pese a los maltratos y el agotamiento, Francis -quien todavía no hablaba- reía de vez en vez.



Sus instantes de alegría eran aquellos en los que se le permitía bañar a los elefantes, siempre dispuestos a hacer de la hora del baño, un juego de potentes chorros de agua y simpáticos saltitos intermitentes, para alagar a su amigo de ojos claros y piel dorada. Igual júbilo le propiciaba acariciar a los tigres cuando le ronroneaban en el cuello como cachorros, luego de haber devorado su ración diaria de carne de cordero. Y desde luego, su hora favorita era la de refugiarse en su celda, a fin de inventar trucos y malabares con su muy querida familia adoptiva de chimpancés. Pasó tantas noches en vela, fantaseando haber nacido como uno de audaces vecinos y -realmente- pertenecer a una familia, que lo cuidara y amara...

Tristemente, el apego que Francis experimentara por su pandilla sería efímero. Una de las muchas noches de correrías de Don Claudio produjo el funesto desenlace, que lanzaría a nuestro pobre protagonista hacia una nueva etapa de su tortuosa existencia. Sin poder injerir un trago más de aguardiente, el viejo capataz apareció a las tres de la madrugada en el patio de jaulas armado con su fático látigo de domador. Y mientras los animales exaltados daban tumbos estrepitosos y gruñían absolutamente desaforados, Don Claudio -disfrutando de un habano en la boca- arrastró a Francis de las greñas para subirlo a su remolque personal, para ahí abusar de él, en las formas más sádicas y repugnantes que Usted -querido lector- pueda imaginar. Yo soy incapaz de registrarlas por escrito, sin deponer mi abultada pancita.

Francis da tumbos alterade en la cama.

Solloza dormide.

Duerme Francis. Duerme.

Estoy aquí. Te acompaño. Siempre.

Cuando el perverso violador cayó ahogado de borracho en su propio vómito, nuestro pequeño Francis -maltrecho y en shock- huyó de la horrenda escena para correr directamente al patio de los animales y, sin saber con precisión cómo, logró abrir una a una, sus jaulas -que afortunadamente habían quedado sin candados

aquella nefasta noche-. Y mientras lo hacía, observaba a lo lejos cómo, del remolque del capataz salía profusamente una columna de humo negro y denso. La gaceta radial del pueblo anfitrión daría cuenta, unas horas después de lo sucedido: “Don Claudio Brito, experimentado domador de fieras, muere a causa de un incendio en su propio circo. El paradero de los animales es incierto. Tenga cuidado y reporte a las autoridades”.

Herido, con la mirada desorbitada, las extremidades rasguñadas, quemaduras de habano en la espalda y sin poder caminar erguido por el indecible dolor de los esfínteres reventados por su sádico abusador, el pequeño Francis se enfocó en un mantra de auto-salvación: -huir lejos, huir muy lejos, muy lejos-. Y así, caminó y caminó por rutas vecinales hasta caer la noche. A lo lejos, en la periferia de lo que parecía una pequeña ciudad ya encendida por un sinfín de lucecitas, parecía dibujarse una casa muy grande. Sus altos muros de piedra contrastaban con tupidos ramos de buganvillas moradas. Un par de fuentes flanqueaban el amplio portón de acceso. Y mientras el desventurado niño, bebía ya exhausto de una de ellas, una voz dulce y diáfana lo envolvió en su manto. A partir de entonces, la suerte de nuestro Francis habría de cambiar radicalmente.

A sus treinta y siete años, Matilde lo había intentado todo, a fin de convertirse en madre de la niña que siempre soñó. Durante los prolongados viajes de negocios de Antonio -su marido-, Matilde lloraba y reía jugando en la habitación, que desde hacía más de cinco años había decorado minuciosamente, para cuando su hermosa bebecita -al fin- llegara a casa. Velos y coronas de princesa, se sumaban a un sinfín de cajitas musicales y mobiliario exquisitamente decorado, en una monocromática pero hermosa gama de tonalidades rosas. El aroma mismo de la habitación era suavemente afrutado, para recibir -desde todos los sentidos- al mayor anhelo de Matilde.

Sin embargo, luego de incontables protocolos de asistencia reproductiva, en media docena de clínicas alrededor del país y del extranjero, Antonio se dio por vencido. El sueño por ser padre, terminó por convertirse en una tortura interminable, que

no solamente trastocaba la -antes- idílica relación de pareja y la activa vida social con su hermosa -afamada modelo de pasarela- Matilde, sino que comenzaba a minar la salud mental de ambos.

Antonio -reprochaba al aire continuamente su mujer- jamás comprenderá mi necesidad existencial de mirar a los ojos a mi bebecita y verme reflejada en ellos, mientras la acuno y le doy pecho, susurrándole mi amor eterno. El adorable imaginario se convertía en una obsesión, que solamente quedaba redimida por el exceso de alcohol y la creciente utilización de ciertas drogas, que le daban a Matilde una temporal escapatoria de su frustración.

Y fue así cómo, a pesar de la egoísta reticencia de Antonio por adoptar, terminó aceptando en casa, la presencia de Francisco Javier, nombre que la pareja decidió ponerle al menor socorrido. Aunque conocía la triste historia del niño de aproximadamente cinco años rescatado por Matilde, Antonio nunca aceptó -pese a las muchas terapias psicológicas- la personalidad retraída y crecientemente afeminada del niño. Sin enfrentar el tema, esquivó en un inicio la posibilidad de adoptarlo y darle así, su radiante apellido. Más aún, con el paso de los años, le parecía cada vez más intolerable observar a su mujer jugando con el chico a cosas de niñas. Sin embargo, a cambio de ver a su esposa una vez más, sonriente, guapa y dispuesta para la intimidad, Antonio bajó la guardia y permitió que el chaval se quedase en casa, como un miembro más de la familia.

Los años transcurrieron y gracias a la maternal paciencia de Matilde y al profesionalismo de los especialistas que la respaldaron en el proceso terapéutico del pequeño, Francisco Javier fue trascendiendo los terribles traumas, que lo llevaron al borde de la muerte. Pese a sus grandes logros, su inconsciente jamás le permitió liberarse de su atormentada primera infancia. Y, de vez en cuando -particularmente en alguna etapa de especial estrés- no dejaba de tener pesadillas ligadas a su vida en el circo. Y a pesar de sus crisis nocturnas, había en sus sueños siempre un instante de sosiego en el que el chico extendía un brazo, simulando una tierna caricia, a alguien ubicado al otro lado del espectro.

Si bien madre e hijo eran inseparables, los instantes de complicidad total se daban cita en el vestidor del cuarto de mamá, donde, aprovechando las largas ausencias de Antonio, ambas amigas -Francis y Mati- disfrutaban del diseño, la textura y el estampado de cada prenda y de cada par de tacones. Era ahí donde -reconociendo entre risitas la sincronía de su género- admiraban las revistas de moda y dejaban el labial untado en los rostros de los hombres más cotizados de la crema y nata del momento.

Ya a los inicios de la adolescencia, Matilde aprovechó la espigada figura de su hija imaginaria, para mostrarle -en la secrecía de su recámara- el difícil arte de las pasarelas. Fue así como puertas adentro, Francis se convertía en una señorita de mundo y Matilde en una orgullosa guía de modelaje internacional. Francis -se decía a sí misma Mati- estaba lista para brillar. Y, sin embargo, el mundo allí afuera -incluyendo el de su padre adoptivo y el de su escuela católica para hombres- no estaba del todo alineado para ella.

Pero hagamos aquí una pausa. No tengo pensado avanzar en este relato, sin que Usted lector principiante cierre los ojos, inhale profundamente, y de una buena vez use sus neuronas humanas para preguntarse, ¿por qué carajos no estaría listo el mundo para mi Francis? ¿Por qué somos nosotres los que debemos siempre buscar un enclave en una sociedad hipócrita y acomodaticia? ¿Por qué, a pesar de sentirse Usted muy liberal por leer este capítulo de mi autoría canina, le repugna la idea de que una madre inicie a su hije en el juego del crisol de múltiples e integradoras identidades de género? ¿Por qué? ¡Caramba, tanta preguntadera, hace que se me alboroten las malditas pulgas y deba casi rasgarme el pescuezo con mi patita, para aliviar la comezón!

Pues bien, el noble maestro Joshua, como siempre, cuenta con una convincente explicación peripatética que ayuda a apagar mis lacerantes migrañas, derivadas de los perjuicios de género de ustedes, humanos. Sigamos -dice Joshua- a Michel Foucault en *Scientia Sexualis* de su *Historia de la Sexualidad*: “en la incapacidad o el rechazo a hablar del sexo mismo, se refirió sobre todo a sus aberraciones,

perversiones, rarezas excepcionales, anulaciones patológicas, exasperaciones mórbidas. Era igualmente una ciencia [la scientia sexualis] subordinada en lo esencial a los imperativos de la moral cuyas divisiones reiteró bajo los modos de la norma médica. So pretexto de decir la verdad, por todas partes encendía miedos; a las menores oscilaciones de la sexualidad prestaba una dinastía imaginaria de males destinados a repercutir en generaciones enteras”.

Abra pues los ojos, y con ayuda de su perro instructor, caiga en cuenta que, la auténtica scientia sexualis, no tiene que ver en lo absoluto con el género, ni mucho menos los caracteres sexuales primarios o secundarios de la persona en cuestión. Tiene exclusivamente que ver con el reconocimiento de ésta, como una potencia integradora; como un crisol en movimiento constante; como el continente de un sinfín de contenidos. Salga pues del grisáceo y desgastado closet de su cerrazón binaria, para dar la bienvenida a las personas que se reconocen como seres en cambio continuo; en evolución perenne: les seres no-binaries. Y con ello, aprenda Usted -mi estimado bini- a respetarles, a admirarles, e incluso a amarles, como son y por lo que son. Ni más, ni menos.

En medio de una agitada marea hormonal adolescente, Francis -justo antes de su cumpleaños número dieciséis- dejó de representar el papel de modelito estelar en la pasarela de su amiga Mati, para solo encontrar refugio en las ramas de una enorme ceiba del jardín familiar. Ahí, entre llantos, deseos y frustraciones, Francis luchaba por entender quién era y qué identidad habría de seguir, si acaso debía de seguir alguna. Sus preferencias eran del todo confusas, pues, ante todo, lo que a ella le atraía era la belleza en sí misma; al menos lo que ella asumía como bello.

Esa condición, la hacía saltar de la envidia y deseo por los turgentes senos de una suculenta compañera africana de su clase de danza, hasta la incontenible necesidad de masturbarse, imaginando el apetecible miembro viril expuesto de su profesor de historia. ¿Era acaso bisexual declarada, o qué significaban esos súbitos vaivenes emocionales, que solamente la alejaban de su propia madre? ¿Qué era eso del movimiento LGTBQ+? ¿En qué consistía la diferencia entre ser trans-

género y trans-sexual? Tanta literatura de género -y debates internos- la hacía explotar y solo querer salir corriendo de todo y de todos.

En medio del batir del oleaje interior de su amada hija, Matilde -atormentada por la barrera emocional que Francis había construido, entre quienes antes eran antes las mejores amigas- se abandonó una vez más a los destinos del alcohol. A lo que le siguió el abuso de drogas duras y cada vez más dañinas. En medio de tal situación familiar, unas semanas después de que Francis cumpliera diecisiete años, Matilde amaneció inerte entre un cúmulo de frascos y píldoras esparcidas a lo largo y ancho de su cama. El trágico desenlace de quien fuera -años atrás- una reconocida modelo de alta moda, atrajo el morbo de tabloides y pseudo periodistas, quienes inventaron y des-inventaron una y mil historias sobre Matilde y su núcleo familiar.

La sentida pérdida de su madre y los señalamientos groseros de su padre, sumados a su abrumadora indefinición de identidad crearon la tormenta perfecta. Luego de reunir una pequeña fortuna, gracias a los obsequios de costosas joyas de su madre, Francis optó por huir una vez más. Y como lo hiciera a sus cinco añitos, dejaría la casa paterna humeante, pero no de carbón tóxico, sino de culpas; de culpas que le perseguirían para siempre, sin importar su condición o identidad. Culpas que le corroerían por sentir que abandonó a su madre y mejor amiga; a su confidente; a una mujer frágil y necesitada. Culpas por dejar desolada a la única persona que realmente la amó por ser elle mismo. Sin importar su origen, su sangre, su historia. Y entre las tormentas del alma, Francis perdió el timón de su vida, y por tres años, las corrientes la arrastraron al garete, entre aguas traicioneras y peligrosos bajos marinos.

Francis se sacude en la cama.

Golpea su rostro y grita.

Duerme Francis, duerme.

Estoy aquí. Te acompaño. Siempre.

Esta vez, los senderos de la fuga crecieron exponencialmente y se transformaron en vuelos a ciudades distantes, a idiomas ininteligibles, a sub-culturas contestatarias y a pieles de todos los colores. Sobre todo, a expresiones sexuales de toda índole, preferencia e intensidad. En esos tres años Francis vivió una vorágine de sensualidad que, si bien le permitió conocer de una y mil formas las fronteras de su genitalidad (no seas tímido bini – deja volar tu tórrida y torcida imaginación – soy solamente una perrite inofensiva de apenas tres años – no me temas), fue también horadando sus cuestionamientos hacia capas internas, cada vez más profundas de su psique. ¿Quién era ella realmente y qué significado tenían aquellas pesadillas que la perseguían? ¿De quién era esa mano larga y afilada -como de primate- que le acariciaba y reconfortaba su alma? ¿En quién quería transformarse para ser feliz? ¿Qué derrotero habría de seguir, una vez retomado el timón de su propia vida?

Luego de unas semanas de discernimiento en una majestuosa cordillera, Francis tomó la valiente decisión de dar los primeros pasos hacia su propia y completa transición. Hacia la integración de todas las Francis en un único caleidoscopio multicolor, que lejos de juzgarla o compadecerla, la respeta, la admira y la ama, como una persona única e irrepetible. Francis -se repetía a si mismo- no busca ser mujer; no pretende ser hombre. Anhela tan solo ser viento; ser agua; ser un fluido mágico y hermoso, en la plenitud de un cambio jubiloso y eterno.

Prefiero no perder mi tiempo -querido lector- en llevarte de mi patita por la transición que Francis experimentó y experimenta todavía. Desde la validación psiquiátrica para su gran viaje, hasta los tratamientos hormonales para inhibir la producción de testosterona y proceder a la administración progresiva de progesterona -entre otras sustancias-, para culminar con los procedimientos quirúrgicos de asignación de nueva identidad sexual, incluyendo primero, los implantes de senos y segundo, la transformación genital. En fin, es una larga y atropellada caminata, que solo una persona verdaderamente valiente y convencida puede enfrentar.

Lejos de llevarte a esos detalles -que tal vez te provoquen un mareo binario- te invito mejor, a reflexionar en la magnitud de los cambios que vive hoy el mundo en el ámbito de género. Escucha, con la misma emoción que yo lo hice, al dar testimonio de la voz de nuestro querido Joshua, leyendo a Paul B. Preciado, una filósofe magistral y confrontative,. Escucha con cuidado de su libro Yo soy el monstruo que os habla, que pretende -entre otras metas profundas- desmitificar los procesos de trans-sexualidad ante al Psicoanálisis:

“Les toca a Ustedes o bien situarse del lado de los discursos patriarco-coloniales y reafirmar la universalidad de la diferencia sexual y de la reproducción heterosexual o bien, entrar con nosotros, los monstruos y los mutantes de este mundo, en un proceso de crítica y de invención de una nueva epistemología, que permita redistribuir la soberanía y reconocer otras formas de subjetividad de género y de lo sexual como políticamente soberanas”. “Ya no pueden recurrir a los textos de Freud o de Lacan como si hubiera en ellos un valor universal, como si esos textos no hubieran sido escritos dentro de la epistemología patriarcal de la diferencia sexual. Eso equivaldría a pedir a Galileo que volviera a los textos de Platón o de Ptolomeo. O exigir a Einstein que renunciara a la relatividad y siguiera pensando con la física de Aristóteles”.

Espero -de corazón- que caigas en cuenta, bini querido, del reto que tienes ante ti, ahora que mis colegas caninos y yo, te hemos abierto los ojos a la dimensión trans. Pues bien, luego de unas merecidas croquetas veganas, te contaré el fin de este trágico relato. Pon cuidado y no dejes de pensar. Por favor lector, no dejes nunca de pensar.

La transición de identidad sexual es el proceso integral más extremo que en un ser humano pueda vivir. Es tal vez como un vuelo de gravedad cero en el cual, todo lo que podemos experimentar en tierra deja de tener sentido palpable. La levedad de nuestro cuerpo es tal, que nos transformamos en otro continente, sin variar el contenido. Y eso fue justamente lo que -con valentía- inicio nuestro querido protagonista.

Tras someterse a un insufrible proceso de exámenes y entrevistas de índole psiquiátrica, Francis vivió los vaivenes hormonales, que fueron modulando sus caracteres sexuales secundarios, de modo tal, que su cuerpo -de por sí refinado, sensual y atlético- adquirió cada vez más, las anheladas siluetas femeninas. Dejó de crecerle vello y el registro de su voz adquirió un tinte femenino, deliciosamente sexy.

Pese a las vicisitudes físicas y emocionales de la transición, Francis no podía esperar más para saltar a la etapa quirúrgica de su gran viaje. Y una vez aprobado por su psiquiatra asignado, le belle trans adquirió un par de hermosos senos proyectados en forma de gota, que, aún con el dolor muscular post-operatorio, le dibujaron la más grande sonrisa de que fuere capaz. -Mati estaría feliz- imaginó cuando por primera vez se vio en el espejo, con su nueva y fenomenal adquisición: un par de bubis doble D.

Tras unos cuantos meses desde su implante de senos y estando más que animado para la culminación de su largo camino, a través de la cirugía de re-asignación genital, Francis sufrió una crisis emocional severa. En una de sus frecuentes pesadillas, pudo ver y sobre todo recordar -incluso despierte- el rostro de Don Claudio abusando de él. Pudo recordar también la liberación de los animales del circo y la terrible desolación, al saber que no volvería a sentir la protección de su familia de chimpancés. Se recordó corriendo del lugar envuelto en sangre; deseando desintegrarse; desaparecer de la faz del planeta, de una vez por todas. Sí, desintegrarse como un fantasma. ¿Has sentido esa necesidad alguna vez, bini?

A raíz del brote psicótico, los médicos a cargo del procedimiento de asignación de sexo contactaron a don Antonio, su padre adoptivo, quien, sin mayores consideraciones tomó la decisión de parar en seco el proceso de transición de su hija, y recluirla, por el tiempo que fuera necesario en una clínica psiquiátrica que la hiciera -según él mismo explicó al Dr. Quevedo- entrar en razón sobre las tonterías de jotos, que terminaron por arrebatarle la vida de su esposa. ¡Que se quede ahí para siempre, no importa el tiempo ni el dinero- gritó enfurecido, don Antonio!

A unas semanas de haber suspendido su tratamiento hormonal, la testosterona en Francis reinició su natural trabajo bioquímico. Y al observarse en el espejo, barbado y con el vello crecido entre sus pechos divinos, pegó un grito de tan grave registro, que no hizo más que hacerle desmayar, cayendo en seguida, en un sueño profundo, del que solo su perrito acompañante, puede dar cuenta.

Duerme Francis.

Duerme.

Estoy aquí. Te acompaño. Siempre.





CAPÍTULO III	
Polonio	
EXP.	PO-003

LA MIERDA ES SIEMPRE CIRCULAR.
PINTA POLONIO. PINTA.

Mierda circular. No es la primera vez que mis glándulas se llenan de esa cadencia olfativa de forma esférica y viscosidad única. Sin embargo, esta vez, mis orejitas suben y bajan alteradas, reconociendo que las glándulas del autor del excremento no expresan más que angustia y ansiedad, en una explosión psicótica saturada de finísimos registros olfativos. A pesar de la distancia, la desbordante prolactina de mi apesadumbrado paciente pone a mi nariz en máxima alerta, y cual auténtico galgo encabritado, corro a toda prisa para acompañarlo en el cruce, a través de un nuevo umbral hacia su pasado.

Cual director de una orquesta de alientos, Polonio lleva -del pañal a los dedos-trozos amorfos de mierda, acompañada de una flatulente polifonía de acordes infantiles, que dibuja en los espejos de su habitación. Y así, embebido en su pasatiempo radial, logra traer a su mente, las primeras experiencias de miedo extremo a sus lejanos siete años; instantes que hoy, ante sus espejos, vive y revive frenéticamente. Miedo y defecación, unidos en un círculo siempre presente: eterno.

La mierda es siempre circular.

Pinta Polonio. Pinta.

Sí. Miedo a quedarse dormido por las noches y perder con ello, el control de sus tiernas esfínteres. Miedo a voltear del lado izquierdo de su cama e imaginar que es justo de ese lado, donde -de madrugada- se esconden los pensamientos más descarriados para un católico devoto. Miedo a no ser el niño limpio y puro, por quien mamá tanto se esmera al restregar -a fuerza de cloro y rezo- las impurezas cada mañana. Pero, sobre todo, miedo -horror aún- a que la burlona mancha que gravita en su espalda baja, crezca sin cesar, y se convierta en el irrefutable signo de pecado original, que su padrastro siempre vio en él.

Y entre los círculos concéntricos que Polonio dibuja en sus espejos, deambulan los recuerdos de escuela, entre los cuales, su padrastro -el temido director- no hacía

otra cosa que imponer un calculado régimen de terror. “El miedo -solía repetir a sus pupilos, siguiendo a Maquiavelo- se intensifica por el pánico al castigo, que es siempre eficaz. El príncipe debe hacerse temer de tal modo, que, si no es querido, al menos se salve siendo odiado”.

Y con ese panegírico matutino, teniendo a los chicos formados en el patio de la escuela, decidía cuál sería el salón anfitrión, que lo recibiría al medio día, para las oraciones del Ángelus, del Santo Rosario y de las consabidas jaculatorias. La angustia de los niños por no saber de memoria toda aquella letanía era tal, que no era extraño contar por varios, el número de chicos desmayados, al instante de romper filas.

En fin, me parece que no es necesario recordarle con detalle a Usted -querido lector- lo que ocurría al interior del salón de clases honrado en recibir a don Joaquín. Para los petrificados estudiantes, la sola percepción de saberlo paseando lentamente entre las filas de sus pupitres, metiendo mano a su desbordada barriga, entre una camisa transpirada hasta el exceso, era la advertencia inequívoca de la crueldad de una escena que seguro habría de seguir. Mientras aprovechaba la parsimonia del momento, para aliviar la comezón de su seboso escroto, don Joaquín paraba oreja, a fin de comprobar, si el estudiante auscultado realmente declamaba -a pie y juntillas- el rezo indicado.

Toda falta de contenido o imprecisión rítmica era objeto de un juicio sumario, que no admitía retraso en la imposición de la pena correspondiente. En una demostración de lo que él mismo entendía como disciplina y gallardía templaria, don Joaquín blandía su negro rosario de quince misterios, para proyectarlo con toda la intensidad del giro, en la carne del penitente, quien, desde luego, debía guardar total entereza durante la reprimenda. Claro está, el acto de contrición variaba según el pecador y la sanción impuesta. En alguna ocasión, recordaba en terapia grupal nuestro Polonio, no fue tarea sencilla la extracción del crucifijo de plata que quedó -hasta las manos de Nuestro Señor- incrustado en una nalga del menor infractor.

La mierda es siempre circular.
Pinta Polonio. Pinta.

En fin, querido lector, Usted mismo, su señor padre o -con toda seguridad- su abuelo tendrán mejores anécdotas que la que aquí he intentado narrar con agudeza canina, para dar cuenta de cómo, la maquiavélica psicología del miedo -laica o religiosa- se afianzó para siempre en nuestra sociedad. Y es a esta cultura de la obediencia ciega a la autoridad, a la que le debemos -como bien quedó registrado en el famoso Experimento Milgram de mitades del siglo XX- episodios extremos como el del nacional socialismo alemán.

En efecto, al criticado Profesor Stanley Milgram no le fue demasiado complejo demostrar cómo, a una carga incremental de hasta 300 voltios, un sujeto común y corriente no tiene escapatoria, que seguir las instrucciones del Estado Verdugo, por más sádicas e inhumanas que éstas parezcan a los ojos de sus pares.

El impacto de la psicología del miedo durante la primera infancia es causa de una variedad de trastornos -entre ellos filias y fobias de los más variados olores- que quedarán tan impregnadas en la psique del paciente, que ni el cloro más potente de una madre tenaz podrá limpiar. En efecto, la burlona mancha de la espalda de mi Polonio, podrá verse saltando entre los diversos capítulos de la Guía Psiquiátrica DSM-5, al momento que el Dr. Anibal Quevedo presente su diagnóstico respecto al paciente de la villa número tres.

Pero volvamos a los portales abiertos por Polonio en sus espejos. En ellos, podemos advertir cómo, el tiempo, si bien no todo lo cura, sí todo lo internaliza en forma de rutina. De modo tal, que hasta la más aberrante de las acciones humanas se convierte en un engranaje más -por podrido que esté- de un viejo reloj de cuerda, hasta que uno termina por aceptar la desesperanza, en una especie de trastorno de despersonalización, cuando a toda costa, la mente evita el dolor, a fin de autosostenerse. Eso fue justamente lo que sucedió con mi compañero de villa, luego de convivir diariamente bajo la tortura infalible y constante de su padrastro.

Un episodio ilustrativo de la gestación de este trastorno -a mi parecer- surgió cuando nuestro paciente no contaba todavía los diez años y distraído, jugaba a perseguir gallinas más allá de la huerta de la casona familiar. En un desliz inocente, las aves -asustadas por la persecución- saltaron al patio de tendido y no hicieron otra cosa, que dejar plastas del lodo en las sábanas de la cama, en que su propia madre y don Joaquín, yacían juntos cada noche.

El pobre Polonio, en un intento agónico por remediar la situación, y pensando que estaría él solo en la casona, embarró todavía más el tendido matrimonial. Para abonar a la desgracia, su madre estaba de compras en el mercado municipal, por lo que su único acompañante era nada más y nada menos, que el mismísimo don Joaquín, quien al oír tanto jaleo salió de la pequeña capilla familiar, para echar un ojo a lo que sucedía.

Tanto por respeto a mi alto linaje canino, como por consideración a su espíritu delicado -lector amigo- omitiré dar cuenta de la sarta de improperios y golpes con que don Joaquín mancilló al infortunado chico. Sin embargo, he de asentar para fines de registro en su ficha clínica, que el momento culmen del castigo ocurrió cuando, teniendo al infante profusamente ensangrentado y a medio desmayar, don Joaquín tuvo a bien -con la parsimonia y movimiento suave de barriga que siempre lo caracterizaron- amarrarlo fuertemente al tronco de una palma de cola de zorro. Lo ató con tanto tesón y de tal manera, que la cabeza del niño solamente podía dar al cielo, en un ángulo de noventa grados.

Al terminar su agotadora jornada de corrección, don Joaquín le dijo: “confío hijo, en que, gracias a mí, tu vista no esté puesta en otro lugar, que en los sagrados cielos, desde donde descendió la Santísima Virgen María para guiar nuestro camino”. Y así, contra viento y marea, el obstinado padrastro no cedió al lloriqueo maternal, y dejó así amarrado al niño, por todo un día con su noche.

La mierda es siempre circular.
Pinta Polonio. Pinta.

LA MIERDA ES SIEMPRE CIRCULAR.
PINTA POLONIO. PINTA.



Por supuesto, desde mi criterio clínico, la anablefobia (miedo a mirar hacia arriba) que reporta mi amo tiene precisamente en esa escena, su causa eficiente. Y esto lo sé, no solamente por mi agudo instinto perruno, sino porque recientemente lo pude colegir de la escucha -involuntaria claro- de una breve conversación sostenida entre el Dr. Quevedo y nuestro amado Joshua, mientras tratábamos de zafar al buen Polonio, de un cerro de sábanas nauseabundas, donde se masturbaba toscamente, mientras sollozaba con la mirada absolutamente perdida, en el pozo de sus delirios.

En efecto -comentaba nuestro Jefe de Psiquiatría- al citar para sus disquisiciones interiores al maestro Jacques Lacan: “las psicosis paranoicas, que parece trastornar la personalidad, ¿consisten en su desarrollo mismo, o sea en una anomalía constitucional, o en deformaciones reaccionales? O bien, ¿es la psicosis una enfermedad autónoma, que refunde la personalidad? Tal es el problema patogénico que planteamos, y cuyo alcance nosológico, diagnóstico y pronóstico será difícil no ver”. Buuuua... lo siento -querido lector- debo tomarme un minuto, antes de continuar. El Dr. Lacan y sus galimatías psicoanalíticas suelen provocarme náusea y un vómito convulsivo. Ya vuelvo.

Siendo el Dr. Quevedo -a mi juicio- un personaje brillante y amable, pero francamente críptico, me sorprendió escucharlo en un auténtico acto de desnuda confesión. Pobre hombre -decía Quevedo refiriéndose a Polonio-, más allá de sus crecientes brotes psicóticos, es su inagotable cúmulo de filias y fobias, lo que suele hacer eco en mi historia personal. Verá Usted Joshua, el hecho mismo por el cual yo opté por la vocación de la Psiquiatría y del Psicoanálisis, se circunscribe al terrible impacto de saberme hijo del personaje de una novela. Sí, he dicho bien: hijo -yo- del personaje de una novela.

Aunque abandonado desde niño, mi acta de nacimiento -además de mi propio nombre- llevaba como homónimo parental, el de un tal Aníbal Quevedo. Y aunque busqué a ese hombre por cielo, mar y tierra por largos años, solamente logré dar con su paradero en la voz de un personaje de ficción, durante mis primeros pasos por la Facultad de Medicina.

Sí, mi padre -por absurdo que parezca- es el personaje central de una alucinante novela de Jorge Volpi: El Fin de la Locura. Y, claro está, desde que lo supe, mi psique -a punto de entrar en ebullición- ha exigido un escape. Tal escape no ha sido otro, que llenarme de la gama más vasta y oscura de fobias y de algunas curiosas filias, que, a pesar de su intensidad, no me restan funcionalidad, para atender a nuestros atormentados pacientes.

Pero bueno, dejemos por un momento el chismerío sobre la dirección médica de la Clínica del Riscal para concentrarnos en el pobre Polonio, a quien encuentro cada vez más hundido en la orfandad de sus recuerdos. En efecto, no hace mucho me refirió un pasaje más, del cual ya he dado cuenta a nuestro servicio de psiquiatría, a fin de seguir construyendo su diagnóstico y los tratamientos tanto psicodinámicos, como farmacológicos. Fue hace solamente unas noches, en las que por extraño que parezca, Polonio viró a su lado izquierdo, con el noble objetivo de conciliar el sueño.

Como sabe Usted ya, el lado izquierdo está absolutamente prohibido en el estricto espectro ético de mi paciente, toda vez que en él habitan todos los géneros de concupiscencia que envenenan el alma del creyente, según el dogma familiar. Fue por eso, que me sorprendió escuchar los jadeos de mi amo, y más aún, percibir un creciente registro hormonal, que, si bien empezó con una sensación de inocente vasopresina, al poco tiempo escaló, para explotar en una erupción de oxitocina.

He de disculparme con Usted -querido lector- porque solo de recordar tan deliciosas fragancias hormonales, siento una actividad austral creciente, que podría incluso trabar mi hueso peniano. Descuide, soy un profesional y haré todo por concentrarme en los datos relevantes del relato, a fin de proporcionarle información suficiente, para la construcción de su propio criterio clínico.

Pues bien, entre jadeos de naturaleza masturbatoria, el aliento de mi amo me condujo a uno de los episodios clave para entender la estructura de su afectada personalidad. Era -según entiendo- una calurosa noche veraniega y Polonio -ya

con entrados trece años- no lograba borrar de su cabeza, la idea de voltear al lado izquierdo de su almohada y, de una vez y para siempre, entregarse a los placeres de la carne. Sin embargo, la angustia de pensar que su madre podría descubrir las máculas de su onanismo a la mañana siguiente, operaba como acicate suficiente para no caer en la tentación.

De tal modo, nuestro personaje decidió tomar un poco de aire fresco y caminar por el patio de la casona, advirtiendo con sospecha, que la luz de la pequeña capilla familiar se encontraba encendida. Con toda cautela, Polonio se encaramó al marco de la puerta y tras una hendedura, observó perplejo la escena primaria, que habría de atormentarlo, en sus interminables debates nocturnos.

Con la cadencia que su pecaminosa imaginación le sugiera -lector amigo- nuestro Polonio advirtió a solo tres metros de distancia, el prominente y siempre sudoroso vientre de don Joaquín, flácidamente agazapado en lo que parecían ser las aplanadas y blancuzcas nalgas de su madre.

Pero más allá de la grotesca escena de fricción pélvica a cámara lenta, o incluso, de la intensidad del tufo despedido por las carnes distendidas de los amantes, lo que más conmocionó al chico fue que, don Joaquín llevara diestramente colocada la máscara de un descomunal chanco rosado. Más aún, que su larguísimo rosario de quince misterios, se hubiese convertido en el cruento azote de su compañera coital, quien por cierto, participaba de la escena primaria, ataviada nada menos que, con hábito de monja superiora de la Orden de las Fieles Devotas de María Auxiliadora.

Por si lo anterior fuese poca cosa, en lugar de los gemidos eróticos esperables para semejante ocasión, la peculiar pareja competía -casi a muerte- en una interminable cadena de jaculatorias que daban cita, nombre por nombre, a toda la corte celestial, al tiempo que lamían lascivamente un cáliz de oro, dispuesto para recibir el Misterio de la Eucaristía, de la santa mano del Señor Obispo de la Cruz -amigo cercano del piadoso matrimonio-, quien visitaba la capilla familiar, dos o tres veces por año, a cambio de un buen festín.

Hablando de festines, es sin duda tiempo, de un buen plato de croquetas de cordero. Con su permiso. Enseguida vuelvo.

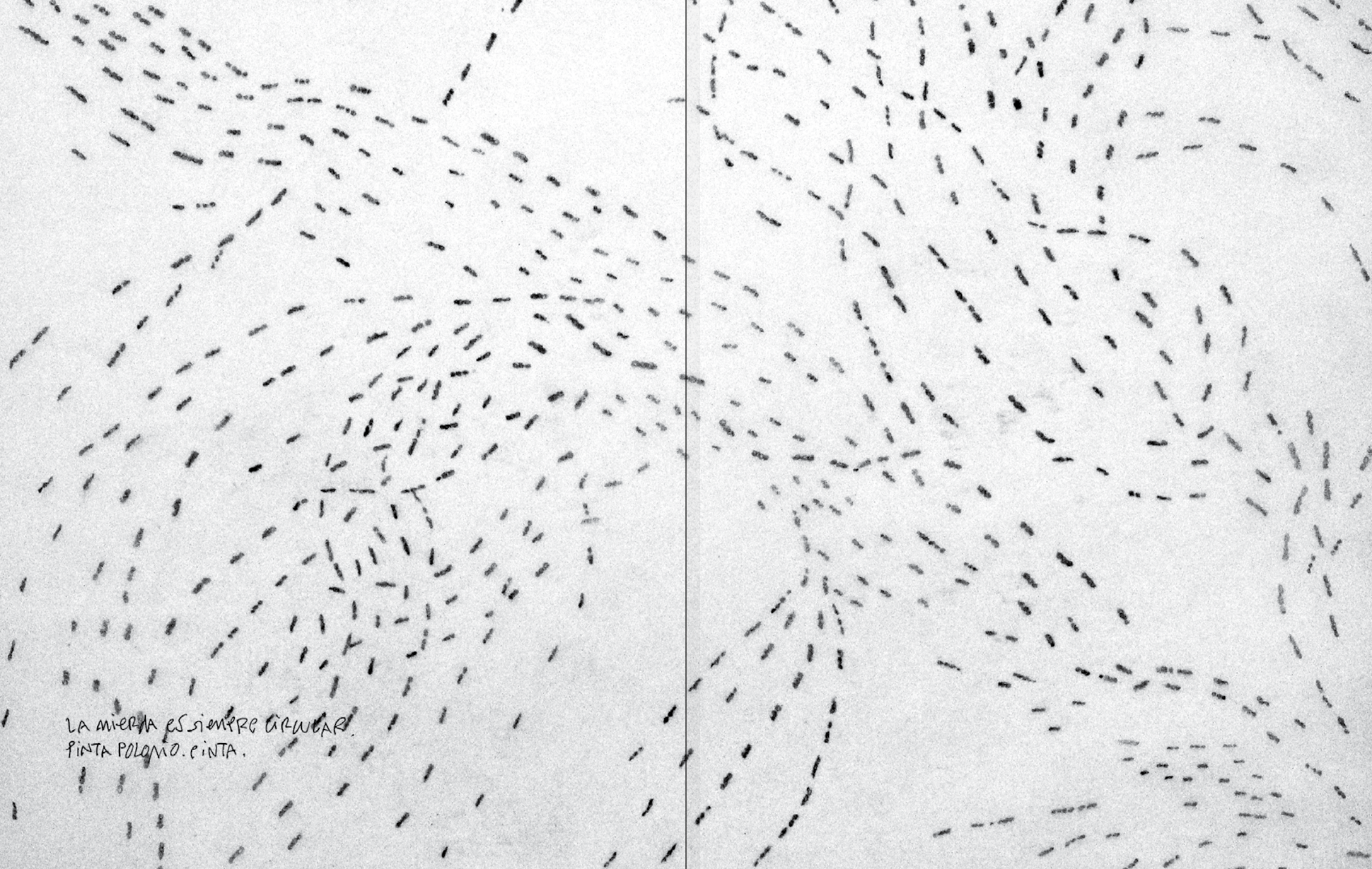
La mierda es siempre circular.

Pinta Polonio. Pinta.

En esas andanzas del alma y del cuerpo discurrió la siempre atormentada adolescencia de mi amo. Y entre castigo y castigo, el joven Polonio fue atesorando, entre amplios sacos de gélida ansiedad, una verdadera colección de filias y fobias, de entre las cuales, solamente habré de citar tres -por lo relevante del historial clínico-: la formicofilia (excitación por sentir insectos reptando en los genitales); la necrofilia (excitación por tener experiencias sexuales con muertos); y finalmente, la tafefilia (excitación de ser enterrado vivo).

Pero, antes de proceder, bien vale un somero repaso freudiano para que Usted -querido lector- se encuentre listo para digerir el último tramo de este humilde relato canino. Pues bien, fue hacia 1894 que el -entonces- joven Dr. Freud profundizó por primera vez en el tema, a través de sus Obsesiones y Fobias. Su Mecanismo Psíquico y su Etología. La obra -según la cátedra peripatética dictada por nuestro Joshua- supone una disección erudita, entre los linderos característicos de ambas categorías: obsesión y fobia.

Valga primero una advertencia -bien plantada- por el Padre del Psicoanálisis: “Comenzaremos por negar dos aseveraciones muy frecuentemente repetidas con relación a los síntomas objeto de este estudio, o sea, a las obsesiones propiamente dichas y a las fobias. Es preciso afirmar: 1º Que no forman parte de la neurastenia propiamente dicha, puesto que los enfermos atacados de estos síntomas son unas veces neurasténicos y otra no. 2º Que no es exacto hacerlos depender de la degeneración mental, pues los hallamos en personas no más degeneradas que la mayoría de los neuróticos y, además, suelen corregirse, e incluso en algunas ocasiones, curarse”.



LA MIERNA ES SIEMPRE CIRCULAR.
PINTA POLAMO. PINTA.

Recuerdo que, al escuchar esta primera cita, en la voz de Joshua, mi nivel de estrés por el Dr. Quevedo y su cuadro clínico, bajaron, al saber que nuestro jefe de Psiquiatría no es solamente funcional, sino que -aun teniendo un padre de auténtica fantasía- puede tal vez, sanar. Pero sigamos trazando el marco contextual de las manifestaciones patológicas de mi amo.

Disfrutemos ahora de las convincentes palabras de nuestro paseador, desentrañando -para su amorosa manada- las palabras de don Segismundo respecto a las obsesiones: “El sello patológico de estos casos consiste, pues, únicamente en los dos singulares caracteres siguientes: 1º Que el estado emotivo se ha eternizado. 2º Que la idea asociada no es ya la idea justa, la idea original, relacionada con la etiología de la obsesión, sino una idea sustitutiva de la misma”.

Pero, continuemos ahora por lo que hace a las fobias: “Éstas se diferencian de las obsesiones -según antes hubimos de indicar- en que el estado emotivo a ellas concomitante es siempre la angustia. Añadiremos ahora que las obsesiones son múltiples y especializadas, y en cambio, las fobias, más bien monótonas y típicas”

Jajajaja -ternurita Dr. Freud-

Claramente le faltaba vida al chaval, cuando escribió semejante estupidez, y con ello, humildad para reconocer el listado en numerus apertus de las fobias humanas que a nosotros -los perros- nos toca tolerar, acompañar y en ocasiones, como las de un servidor, incluso apapachar, por el bienestar psíquico de nuestros pacientes.

Ya veremos si, al inocente Segismundo, le parecería monótona la triada de fobias de las cuales hablaré en un instante. Por cierto, al enunciarlas párrafos arriba, omití algunas por no hastiar la frágil emocionalidad del lector. Pero ahora que Freud viene a tocarme los cojones, he de puntualizar que una de las fobias más “monótonas y típicas” (sic) de mi Polonio, durante sus mocedades fue la acrotomofilia (excitación por parejas con miembros amputados). Claro está, degustada siempre respecto a una variedad de parejas coitales, de todo género e identidad sexual...

Disculpe Usted, 1-2-3, 1-2-3. Debo recordarme constantemente -mientras inhalo y exhalo- que soy un profesional de los servicios psiquiátricos, para evitar estallidos de ira detonados por la baratería de la -típica- estupidez humana, que tanto insulta el verdadero conocimiento y practicidad perrunos.

Volvamos al relato del amoroso tango de las filias de mi amo, a fin de dejarlo a Usted -lector mío- equipado con todos los elementos para esbozar su propio diagnóstico y claro está, su tratamiento singular, si es que lo requiriera. Inmortalicemos aquí, la hermosa frase de uno de los muy cercanos autores a nuestro Joshua – Friedrich Nietzsche: “en el amor siempre hay algo de locura, y en la locura, siempre hay algo de razón”. Así, tal vez; solo tal vez, en la aparente locura de mi Polonio, no hay más que una buena porción de amor y un tanto más de razón. ¿Me equivoqué?

Continuemos. Luego de una intrépida circunnavegación de sí mismo y de sus filias, Polonio -a unos días de ser mayor de edad y habiendo fallecido don Joaquín, por causas todavía inexplicables...- optó por sentar cabeza. Sí, sentar cabeza. Me explico: sus correrías por el mundo de las filias más extravagantes, lo convirtieron en un verdadero coleccionista de sensaciones extremas. Tal vez, me atrevo a decir, en el más codiciado coleccionista de filias, que el mundo haya visto.

Por supuesto, en ello tuvo que invertir todo su capital psíquico, sumado al de don Joaquín y al de su propia madre, entre otras tantas personas que terminaron sus días, o bien tres metros bajo tierra, o bien, encerradas en manicomios de pacotilla. Pero no, Polonio, no era uno de esos. Polonio -se decía a sí mismo diariamente- tenía mayor clase y no terminaría encerrado en una insípida institución mental, por cualquier inocente formicofilia o leve filia de primer año. Y ya entrado en esa sobriedad, que solo la experiencia suele dar, mi amo decidió contraer -formalmente- nupcias con quien sería, desde entonces, y hasta que lo recibimos, en ésta, su casa, su única musa: la necrofilia.

En efecto, si bien su astucia y sagacidad le habían llevado a ser el feliz beneficiario de un par de pólizas de seguros -curiosamente siendo la de don Joaquín una de

ellas- Polonio no se sentía él mismo, sin optar por una verdadera vocación. Y no necesitó ahondar en los resquicios de su alma, ni mucho menos cursar estudios de formación profesional, para saber que tal vocación era sin duda alguna, la de sepulturero. No le importaba escalar en el oficio, razón por la cual aceptó el cargo pro bono de asistente de sepulturero justo en el panteón, donde don Joaquín descansaba en aparente paz: El Cementerio de las Bellas Ánimas. Coincidencias de la vida.

Su faenar no era sencillo, no señor. Polonio curraba jornadas de sol a sol y en cantidad de ocasiones, luego de haber sudado la gota gorda, ni las gracias recibía de los familiares del difunto en cuestión. Pero él -chico hábil y creativo- tenía sus propias maneras de cobrarse. Y gustaba hacerlo de una manera, digamos, más íntima. Tras haber hecho un mapeo de la edad mortuoria de la población residente durante el último año, nuestro muchacho disfrutaba, dos o tres veces por semana, de las delicias de la carne.

Con un rigor técnico encomiable y una elegancia gallarda, mi amo, al cabo de unos meses, se convirtió en el exhumador más habilidoso que este mundo pudiera dar cuenta. Pero, a diferencia de los vulgares asaltantes de tumbas de la antigüedad, que solo buscaban el oro con que los bellos cadáveres habían sido engalanados, Polonio abanderaba la causa más humana que puede existir desde el inicio mismo de los tiempos: el amor.

Sí, ojalá pudiera ser Usted testigo -querido lector- de la delicadeza con la que, luego de haber abierto un féretro, mi amo rompía en llanto -silencioso- ante el asombro por tan radiante belleza. Cada cadáver, cada estado de descomposición eran único a sus ojos y le merecía la mirada más amorosa que uno podría advertir. Claro, las pequeñas larvas en franca erupción en ocasiones jugueteaban como cachorros en sus labios, y él, risueño como siempre, no hacía otra cosa que sonreírles complacido, porque no estuvieran solas al final de su camino.

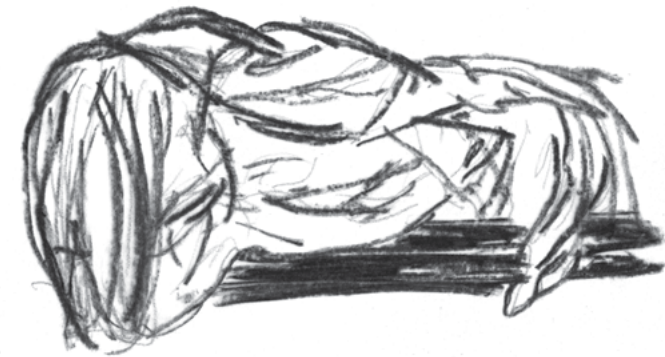
Pero qué mayor acto de amor -lector mío- que entregarse en toda pureza al cuerpo anfitrión. Inhalar la delicia de sus entrañas, acariciar lo que quedara del tejido subcutáneo, juguetear sonoramente con uno que otro hueso. En el amor -usted lo sabe, don Joaquín lo sabía también- una cosa lleva a la otra, y la carne -debo decirlo yo- es trémula.

De modo que, por fin, nuestro personaje volteaba -con plena convicción- al lado izquierdo de la caja mortuoria, para desde ahí -acariciando su fascinante lunar pecaminoso- verter su semilla de amor en un acto mágico que, en más de alguna ocasión, iluminó la luna misma.

Me temo, claro está, que todo tiene un costo en el mundo de Ustedes los humanos. Luego de una hermosa noche de correrías por el cementerio, mi amo se quedó tiernamente dormido al lado de su compañero de caja fúnebre. Parece que aquello, no fue bien visto por la dirección del panteón, porque unos días más tarde, nos vimos en la necesidad de ovacionarlo, con la más cálida de las bienvenidas, a ésta, su casa, nuestra querida Clínica del Riscal.

La mierda es siempre circular.

Pinta Polonio. Pinta.





CAPÍTULO IV	
Gaia	
EXP.	GA-004

POR SIEMPRE, micelial
TURBITOPSIIS NUTRIWIAJ
POR SIEMPRE, micelial

Quietud. Silencio.

Su respiración, apenas es suficiente para entreabrir los párpados y observarla por unos segundos. Ahí está -afirma en silencio- dibujando una sonrisa. Es tan pequeñita. Flota sin prisas, sin pausas. Quietud. Silencio. Flota con la serenidad de saberse eterna; de renacer una y millones de veces. Es ahí -cae en cuenta, luego de días de coma inducido- donde radica el milagro de regeneración celular de esa medusa, de apenas dos centímetros. Y, en esa vida que no cesa, mi maravillosa paciente está unida para siempre con tan increíble criatura. De nuevo, hay un mágico hilo multicolor, hilvanado entre su corazón de guerrera y el alma de los cinco reinos. Quietud. Silencio.

Gaia entreabre de nuevo los párpados y la abraza con una mirada tan honda, como los océanos de su alma. La abraza al igual que estrechó -a distancia- a sus incontables hermanos de causa, hace apenas una semana. Una mirada que sella al fin, su Alianza Micelial: ha dejado para siempre su individualidad, para vivir en un todo íntimamente entrelazado. Confusión. Identidad. Existencia. Totalidad. Gaia ha cruzado el tan esperado umbral. Y en ese hermoso paso, su huella, no se dibujará más. Nunca más.

Por siempre, micelial;
Turritopsis nutricula;
Por siempre, micelial.

Es este un relato en voz baja, muy baja. Tan es así, que tendrá Usted que acercarse a la pantalla, o a las hojas de su libro para escuchar lo que -Gaia y yo- acompañados por un ejército, conformado por un millón de millones de pequeñísimos organismos, tenemos que decirle, desde nuestra luminosidad fluorescente, con carácter inaplazable. Usted no puede esperar a escucharlo en otro momento. Nadie puede hacerlo ya.

Se trata de un relato silencioso tan potente, que se desvanecerá en sus ojos, para formar parte de sus sueños, de su mitocondria, de su alma. Será una historia que -al igual que el Axólotl del genio Cortazar- borrará las fronteras entre Usted y la otredad, de manera que no sabrá más, de qué lado de la pecera habrá de residir.

Y como el viejo sabio Tolstói, preparándose para morir, repetirá Usted, la siguiente Confesión, con nosotros: “No buscaré una explicación a todas las cosas. Sé que la explicación de todas las cosas, como el origen de todas las cosas, debe permanecer oculta en el infinito. Pero quiero que mi comprensión me conduzca a lo que es por definición inexplicable; quiero que lo inexplicable continúe siéndolo, no porque no sean justas las exigencias de la razón (esas exigencias son justas y no puedo comprender nada fuera de ellas), sino porque percibo los límites de mi inteligencia. Quiero comprender de tal manera que cada postulado inexplicable se me parezca como una necesidad de la razón, y no como una obligación de creer”.

Mi colita se agita de un lado a otro. Intuyo, con esperanza, que ha decidido seguir este sinuoso camino, adoptándome como su guía y confesor de cuatro patas. Se lo agradezco señor lector. No lo defraudaré. Siéntese a mi lado por un momento y escuche. Le aseguro que, después de rumiar, a lo largo de todos sus estómagos, el sentido de mi relato, como Diógenes, el viejo cínico de la antigüedad helénica, Usted dirá: “cuanto más conozco a la gente, más quiero a mi perro”. No es una broma señor mío; lo que tengo por contarle, cambiará su vida.

El croar de una rana acompañaba los saltos de Gaia hacia el arroyo, esa mañana de abril. Con solo siete añitos y una sorprendente capacidad de abstracción para su edad, la pequeña era habitualmente la primera -del grupo de vecinas de la Unidad Habitacional Petro Delta- en estar lista para recolectar semillas en su cajita especial. De ahí, como cada mañana, habría de correr hasta mamá -quien sería su naturalista favorita por toda la vida-, a fin de clasificarlas y analizarlas, bajo el lente de su flamante microscopio.

Sin embargo, esa mañana, Gaia, encajando -hasta sangrar- las uñas de su mano derecha en su brazo izquierdo, fue testigo de algo muy diferente a la alfombra de semillas que, normalmente la recibía, unas horas después de clarear. El arroyo y todo lo que estaba a su alrededor, había sido inundado por una ola negra, viscosa y maloliente, que se movía pausadamente, echando borbotones, como un monstruo caído del Hades.

Algunas de las garzas, a quienes solía espiar mientras alimentaban a sus polluelos, apenas y podían hacerse paso, entre ese asqueroso fango sulfuroso. Un polluelo, totalmente ennegrecido por aquel fluido demoniaco parecía -ya con los ojos a medio cerrar- haber entrado a una horrible pesadilla, de la cual difícilmente despertaría. Y tomándolo entre sus manos, Gaia corrió a toda prisa colina arriba, para buscar a mamá, en pleno shock. Su corazón se desbordaba mientras perdía el aliento para comunicar la tragedia.

A pesar de los mejores cuidados dispensados, el polluelo no logró ver el zénit.

Por siempre, micelial;
Turrítopsis nutricola;
Por siempre, micelial.

No el polluelo muerto, no las semillas ahogadas, no la floresta destruida, no. Lo que realmente precipitó a nuestro perturbado personaje, desde lo alto de un acantilado emocional fue haber sentido que, con lo ocurrido, su asombrosa conexión con el mundo natural se había roto para siempre, sin que ella hubiera hecho más, por salvar a sus compañeros, ni a ella misma. Sin ese hilo mágico y multicolor, Gaia se sentía muerta, hundida en universo inerte, que nada le expresaba. Sola, en un mundo de adultos que la observaban y le hablaban, sin que ella pudiera entender el significado de sus palabras, que solo resonaban, cual si estuviera atrapada dentro de un tambor de hojalata.

Y es que, a diferencia del acartonado espacio gris de los adultos, la suya, era una dimensión luminosa, alegre e impregnada de colores, sabores, texturas y



fragancias. Una dimensión, donde cada uno de los cinco reinos de la vida -Usted bien sabe cuáles son, señor lector- encontraba la manera de abrazar y ayudar al otro, en una comunión mística, que nada tiene que ver con el utilitarismo humano. Y fue en esa -su dimensión- donde nuestra niña sintió que su hilo mágico se había roto irremediablemente, y que, sin él, no podría ya caminar entre los reinos para aliviar -un poco al menos- el inmenso dolor de la pérdida ocasionada por aquel derrame.

Gaia no pronunció palabra durante una semana entera. Dejó de comer, de jugar y desde luego, de reír. Aunque deseaba con todo su corazón contener el trauma de su hija, Pawel -un ingeniero polaco tesorero y algo bebedor- gerente de los activos de una petrolera rusa en el Delta del Níger, estuvo demasiado ocupado tratando de limitar, lo que, pasaría a la historia, como el peor derrame de crudo de la región. A pesar de haber intentado todos los protocolos de seguridad, los oleoductos no estaban diseñados para que, las bandas criminales, que se disputaban el control de la provincia -con la corrupta venia tácita de las autoridades- los perforasen, como si se tratara de cortar una barra de mantequilla.

En fin, justificaciones o pretextos, eran lo mismo para una -extraordinariamente inteligente y sensible- niña de siete años, que había sentido en sus manos las últimas palpitations de un ser absolutamente indefenso. En el fondo, no sabremos si Gaia logró perdonar a su padre, antes de cruzar el umbral micelial, allá en su bastión bio-luminiscente, unos días antes de su admisión a la clínica. De lo que podemos estar seguros, es que el derrame le impactaría con tanto ardor, que habría de darle un sentido a su vida, y con ello, tal vez, una última esperanza a la humanidad.

Entretanto, la frustración de la niña se transformó en una necesidad continua de castigarse a sí misma. En silencio y sin lágrimas. El mecanismo más directo para encauzar la culpa, fue a través de excoiaciones que fluctuaban, entre simples marcas, hasta incisiones mayores que, en más de alguna ocasión, dejaron su húmero expuesto, entre borbotones de sangre. Por fortuna, el amor y cuidado de

sus padres, sumado al cambio de país ayudaron a que, la dosificación farmacológica disminuyera y a que, ya con diez años, Gaia lograra retomar tímidamente su camino hacia la socialización, en un salón de clases.

Sin embargo, por más que sus padres y terapeutas se esforzaran, la herida en el alma de la pequeña permanecería abierta a raudales, a través de profundos canales de melancolía, hasta el instante de su feliz pacto micelial. Así, ya desde su pubertad abriría de par en par, las ventanas a quienes mejor la comprenderían a lo largo de su existencia: Schopenhauer, Nietzsche, Sartre, Camus...Y mientras temblaba en silencio, conteniendo las lágrimas, Gaia disponía su brazo, una vez más, para un nuevo ritual de dolor autoinfligido, declamando del primero de ellos: “el mundo mismo es el juicio final y todo lo que tiene vida debe expiar su existencia, primero en la vida y luego, en la muerte”.

Y aunque el tiempo no lo cura todo, la primera adolescencia de mi hermosa paciente, la vio convertirse en una jovencita hermosa -por fuera y por dentro-. Su -extraordinariamente- aguda inteligencia, su particular carisma, su pasión por el conocimiento y su audacia natural para los deportes de vela mantuvieron, por un tiempo, a salvo a su maltratada dermis.

Sin embargo, en ocasiones -tal vez en demasiadas como Usted mismo lo sabrá- la vida se ensaña, justo en el mejor momento, para demostrarnos quién lleva el control. A sus quince años, la madre de Gaia, -el gran amor de su vida- fue diagnosticada con cáncer terminal de pleura. Tantos años de inhalar el carbón de la pequeña estufa familiar, durante la infancia en su natal Tanzania tendrían, a la larga, una consecuencia fatídica para la naturalista autodidacta.

Respiremos antes de seguir, señor lector. A diferencia de otros especímenes peludos de esta institución, me considero un can prudente y, por tanto, no es mi estilo entrar en sentimentalismos o clichés tele-novelescos para aderezar mis relatos. Sin embargo, debo decir que, las últimas horas de Gaia y su madre, componen una escena que ayudaría a sugerir que, su especie, y con ella, el planeta

entero tiene todavía, un levisimo halo de esperanza, en estas horas decisivas. Así, de quedar dentro de Usted -señor lector- un último filamento de sensibilidad, lo invito a observar con respeto y solidaridad, a dos mujeres -madre e hija- envueltas por el cobijo de una fría noche, su última noche.

No hay palabras, no hay miradas. No hay más. Son solo las manos entrelazadas, el puente que une sus corazones todavía latiendo. Puente que sirve también para que las lágrimas tibias que escapan de los ojos de Gaia rueden para tocar, sutilmente, las yemas de los dedos de su madre, en agonía. Y en ese rodar, hagan un último homenaje de gratitud y amor. Su madre expiró aquella madrugada. Su fragancia, sin embargo, acompañaría a Gaia por toda la vida.

Por siempre, micelial;
Turritopsis nutricula;
Por siempre, micelial.

Respire Usted de nuevo. Observe con cuidado la escena -señor lector- pues serán esas lágrimas viajeras, las que Gaia recordará como el código único -mejor, el código madre- que le permitirá sellar la alianza, años más tarde. Comunión que tal vez, será el último recurso para salvarlo a Usted -y a todos los de su especie- de sí mismos.

La muerte de la madre trajo como consecuencia, la regresión más severa en la vida de Gaia. Al punto que, inmersa en una depresión profunda y apartada de todo ser cercano -incluyendo su padre- la franja superior de su brazo izquierdo, iniciaría un proceso de descomposición de tejidos tal, que muy poco faltó, para que no hubiese otro remedio que amputarlo. Fue ese parteaguas, el que hizo tocar fondo a mi paciente, quien pasaría meses de silencio, meditando sobre el sentido de su existencia entre bosques y acantilados.

Y, una tarde de otoño, sentada en la playa, presenciando el majestuoso tumbo de las olas, con los escritos de Jean Paul Sartre, bajo su brazo de mil batallas, dijo,

siguiendo al célebre Roquentin: “la Náusea me concede una corta tregua. Pero sé que volverá; es mi estado normal. Sólo que hoy mi cuerpo está demasiado agotado para soportarla”.

Una semana después, con una causa propia que defender, Gaia estaba embarcada en su nueva vida como gladiadora de la Roma de nuestro siglo: comandaría, desde un puñado de redes sociales y un teléfono móvil, una guerra extrema, cruenta y sin cuartel, a favor de los cinco reinos de la vida. No había ya alternativas de medio camino en la cuestión ambiental. Los orígenes de la muerte de su madre y la de aquel polluelo de su infancia eran anclajes en su inquebrantable decisión. No había espacio para la hipocresía de los aparentes consensos climáticos, entre sonrisas ante las cámaras, de políticos y funcionarios internacionales.

Los Estados, los organismos regionales, las organizaciones no gubernamentales, las empresas globales, el mercado, los adultos eran -todos- corresponsables de la historia de una muerte anunciada: el mundo incumpliría -por mucho- la meta de reducción de emisiones a la atmósfera, para lograr el aumento de la temperatura, por debajo del 1.5 grados, respecto a la era pre-industrial.

Era entonces el momento de movilizar a la juventud: jóvenes del mundo uníos por el ambiente, sería uno de sus entusiastas arengas. La revolución, denominada “#timeisup”, que pusiera, luego de un año, a más de 100 millones de adolescentes en pie de guerra -y en la antesala del suicidio colectivo más extenso de la historia- había iniciado.

Al intentar ser cooptada como Embajadora del Ambiente por la ONU, unas semanas luego de iniciado el movimiento revolucionario, nuestra Gaia respondió con ahínco, en una de sus legendarias transmisiones, citando a su Jean Paul Sartre, en la carta de rechazo al Premio Nobel de Literatura en 1964: “el escritor debe negarse a dejarse transformar en una institución, incluso si esto ocurre bajo las más honorables circunstancias”. Dicho eso, volvió a su cuartel general, entre unos robles y una sólida fortaleza del Reino Fungi, en el corazón de la Selva Negra.

En sus breves textos incendiarios, Gaia recordaba a su siempre creciente ejército juvenil: “No permitamos que nos engañen más. Nunca más. Tokyo, Paris, Glasgow y las ciudades anfitrionas que se sumen a las Conferencias de las Naciones Unidas sobre Cambio Climático, no son más que el fracaso más estrepitoso de la historia de la cooperación internacional: #timeisup, #timeisup, #timeisup”.

Tú lo sabes, ¿cierto, lector? Tú, eres uno de ellos. Habrás de disculpar que un humilde perro te delate aquí mismo -frente a tus finos congéneres-, como el vil villano del ambiente que realmente eres. ¿O acaso, cumpliste tu compromiso de reducción de huella de carbono, a menos de dos toneladas anuales de CO2? Lamento que, en el camino por darte cuenta de tu repugnante egoísmo, alguno de tus nietos o sobrinos -acaso tu propia hija- haya tenido que donar su vida, por nuestra causa. Era imprescindible. Descuida. Su muerte no será en vano. La Alianza lo recordará por siempre.

Por siempre, micelial;
Turritis nutricia;
Por siempre, micelial.

Con una mochila al hombro y una bicicleta de segunda mano bajo las caderas, Gaia inició un viaje de denuncia, desde Centro Europa hasta el Sudeste Asiático. A contracorriente y con la incontenible presión de millones de gargantas adolescentes, logró quitarse de en medio a dictadores de derecha y de izquierda; a aduladores y a detractores; a editores y a censores; a fondos de inversión y hasta a mojas de encierro.

Gaia defendió, ante todo, la individualidad de cada uno de sus seguidores, y la suya propia. Los límites de cada batalla estaban definidos por la consciencia de cada persona. Era esa la esencia de su existencialismo. No importaba el credo, la etnicidad, el género. Lo único realmente trascendente era marcar un alto: uno contundente y para siempre. Ella, era simplemente un instrumento

que la Naturaleza ponía a disposición de la causa. La muerte no habría de ser impedimento, sino imperativo categórico de ésta, la última guerra.

El largo camino en soledad, camuflada en toda ocasión a fin de mantener su espacio vital, le sirvió para reflexionar con los suyos -entre transmisiones y textos- sobre el decálogo que cada miembro podría seguir.- Reducción directa, extrema y ejemplar de la propia huella de carbono; veganismo estricto; apoyo incondicional a los cinco reinos; y, sobre todo, cultivo desde la propia circunstancia, del arte del autoconocimiento, para abrir así, los sentidos, al mensaje que los reinos intentan comunicarnos, cada amanecer.

Reflexiones digitales sobre grandes mentes clásicas, como Diógenes el Cínico, Francisco de Asís o el maestro Lao-Zi; pasando por sugerencias de lectura de compañeros de divulgación científica, como Suzanne Simard o Richard Powers; citas de filósofos contemporáneos versados en la causa del respeto a otras especies, como Peter Singer o Tom Regan; hasta críticas y mofas al mismísimo evolucionista Charles Darwin (“los monos son demasiado buenos para que el hombre pueda descender de ellos” diría el buen Nietzsche), eran el bocado intelectual que Gaia horneaba amorosamente cada mañana para su tribu digital.

Sus lecciones, a partir de parábolas y aforismos agudos, siempre con una retórica de lucha extrema, eran el alimento revolucionario, que tanto hacía falta a una generación hasta entonces, desencantada de todo y de todos.

La última costa se acercaba. Mientras hacía silbar la vela mayor, a casi 20 nudos, Gaia disfrutaba -sonriente- la bienvenida a casa, al ritmo de potentes ráfagas de esencias florales, obsequiadas por la nación responsable de resguardar, la segunda mayor fuente de biodiversidad del mundo. Y en sus casi 17 mil islas, Gaia habría de encontrar el anonimato necesario, para continuar con la última fase de su gran viaje. Sin saber cuál habría de ser su última transmisión, podía olfatear en el ambiente que, el final de su vida -al menos como hasta ahora la conocía- estaba próximo.

Con ayuda de algunos, de los muchos amigos y cómplices de su odisea asiática, Gaia encontró el refugio anhelado, en un diminuto islote, a unas 10 millas náuticas al sur de las Islas Nías. Armada con un equipo fotovoltaico de nueva generación, donado por algún romántico de la causa, antes de hacerse a la vela desde Java, buscaba garantizar que, sus últimas comunicaciones, a través de una red satelital de baja órbita, fueran seguidas, paso a paso, por sus seguidores.

Su Getsemaní personal era un sitio de extraordinaria belleza, diversidad y colorido. Entre caídas de agua cristalina, esculpidas por la actividad volcánica de millones de años, orquídeas, bambú, ratán, ébano y sándalo eran solo algunas de las especies mejor conocidas que, los embajadores de los cinco reinos habían dispuesto, para la feliz llegada de su intérprete guerrera. Los sutiles bálsamos florales se mezclaban, para envolver a la comandante solitaria en un cáliz exquisito, que la animaba para el último ritual, que estaba a solo unos cuantos días de comenzar.

Con ayuda de una olla de cocción solar, Gaia preparaba sopas hechas a base de sabrosas plantas endémicas. Con su natural facilidad para la observación de la naturaleza, aprendió rápidamente las propiedades curativas de algunos arbustos medicinales, e incluso se tejió una simpática faldita de hojas de palma. Como continuación de la acogida, durante sus primeras noches disfrutó de la mayor lluvia de estrellas de la que se hubiere dado cuenta en al menos, un lustro. Y todavía con la ilusión estelar en el rostro, Gaia se percató que su momento -y el de todo joven que quisiera seguirla- había llegado.

Al término de su última cena, preparándose ya para el calvario que -sabía- habría de conducirla hasta el final, Gaia esbozó una última enseñanza para sus seguidores, siempre atentos al momento en que, la consciencia viva que, para ellos, simbolizaba su bella líder, habría de conectarse con el mundo exterior.

Enlazados los satélites y atentas las miradas cristalinas de decenas de millones de almas libres, la transmisión -desde un lugar no geo-referenciado- dio comienzo. Y entre la obscuridad de una noche tibia y nublada, apenas se distinguía la delgada

silueta de una chica africana, de tan sólo diecisiete años. Sus largos risos volaban, jugueteando con la brisa del mar, mientras que sus labios acolchonados tejían sus primeras palabras de saludo, entre sonrisas diáfanas, honestas.

Sus hermosos ojos grandes y aceitunados -idénticos a los de su madre- proyectaban una luminosidad peculiar; especialmente encendida. Su mirada, inteligente y serena tenía -esa noche más que cualquier otra- el don de acompañar a cada espectador, desde las circunstancias de su propia individualidad, cual una amiga querida de la infancia, quien desde muy lejos, vuelve a la aldea.

El timbre de su voz era tan suave, tan dulce, tan íntimo, que recordaba la sensación de una madre cubriendo a su pequeño, en una noche otoñal. Y con cierta timidez e ilusión por sentirse acompañada por su gran familia extendida, Gaia fue creciendo en el carisma retórico que siempre la caracterizó.

Como si cada palabra pronunciada, llenara magistralmente un lienzo entero de color, nuestra pequeña Gaia dio gracias por un delicioso baño de estrellas; describió al detalle, la belleza de los pétalos en cada orquídea que la rodeaba; dio cuenta del alegre canto de la Mereca Penélope al clarear.

Y no siguió más. No siguió más.

Luego de un prolongado silencio, mientras mordía suavemente sus labios, para contener las lágrimas que empezaban a rodar por sus mejillas, habló también del momento de decir adiós.

Al hacerlo, se hizo acompañar de uno de sus primeros maestros, Albert Camus, a quien leyó pausadamente para su gran aldea virtual, una última vez: “No hay sino un problema filosófico realmente serio: el suicidio. Juzgar que la vida vale o no la pena de ser vivida, equivale a responder la cuestión fundamental de la filosofía”.

Y entre un llanto creciente, sus compañeros de lucha en cinco continentes escuchaban a su líder elucubrar desde una playa remota, cómo, al igual que en el Mito de Sísifo del célebre Homero, escudriñado por la genialidad de Camus, los adultos -y los Estados

que ellos edifican y representan- les imponen a los jóvenes, el castigo de subir cada mañana, una pesada roca hasta lo alto de una colina, para tener que dejarla rodar desde la cima, al caer la noche. Así, una y otra vez, hasta tocar la eternidad.

Sí, la omisión, la desidia, el cruel desinterés de sus propios padres para exigir y lograr -sin excusas- el cumplimiento real de la meta del 1.5 grados, -proclamaba Gaia con vehemencia impactante- es justamente la encarnación del terrible Mito de Sísifo, en la vida de cada uno de sus ustedes.

Aprovechándose de nuestra inocencia, de nuestra lealtad, incluso de nuestro amor, los adultos nos hacen creer que -ahora sí- la roca no rodará más, para solo descubrir día tras día, que sus engaños constantes, son la fuerza gravitatoria que impulsa la caída eterna. Nos han engañado. Más aún, han herido nuestros corazones desde lo más hondo: desde nuestro derecho a esculpir nuestro propio futuro; desde nuestra ilusión legítima, por crecer en un mundo sano y colorido, comunicado a través de los hermosos puentes entre los cinco reinos de la vida.

Es por ello que, al igual que lo hace Albert Camus, debo recordarle a cada uno de Ustedes -queridísimos amigos- que su destino les pertenece. Que su roca, es su casa. Y que la decisión de qué hacer con ella, es la cuestión más íntima y fundamental, que habrán de afrontar -solos y en silencio.-

No soy yo, no será nadie quien resuelva -y decida- por Ustedes la cuestión filosófica fundamental. Sísifo merece la libertad; ustedes, al igual que el condenado por Zeus, ¡merecen ser libres!

Y luego de unos minutos, donde el único contacto sonoro con el mundo exterior desde la isla era el suave oleaje besando la playa, la cámara de Gaia se apagó, para siempre. El resto es historia.

Por siempre, micelial;
Turrítosis nutricola;
Por siempre, micelial.

Ahora sí, nuestra pequeña y el polluelo moribundo que ha llevado cargando en el corazón, durante toda su vida, están al fin solos. No hay más transmisiones. No hay más mensajes. No hay más seguidores que las estrellas que, desde el firmamento, la miran con admiración y ternura. Gaia ha optado por morir. Pero su muerte -como la de otros compañeros que tomen la misma decisión- no será un frívolo acto de egoísmo adolescente.

No. Por el contrario. La decisión de poner fin a su vida será como tañer una cuerda musical, que, en conjunto con otros miles de cuerdas, resonará para siempre, en la consciencia de los detractores de la Naturaleza. Y así, en la memoria de las familias, de las aldeas, de las ciudades y de las naciones enteras, quedará grabado por siempre, que fue indispensable un sacrificio colectivo, a fin de caer en cuenta del verdadero clamor de la vida en la Tierra.

Aquella noche, las lágrimas de Gaia al saber -con enorme miedo- que habría de morir en breve, se fusionaron con las de un océano inmenso que lloraba por ella, su pequeñita guerrera. Y entre sueños, la madre eterna la abrigó con un millón de millones de estrellas, que se encargarían de velarla, durante su transición.

Luego de tres días tirada en la playa, expuesta al batir de las olas y a las incursiones de las aves de rapiña, el corazón de Gaia dejó de latir.

Y entonces, sucedió.

Al ponerse el sol, la filarmonía de los cinco reinos de la vida aparecía de la mano de un ejército infinito de pequeñísimos organismos, que, navegando en innumerables batallones en formación, encendieron el lecho marino con un resplandor fluorescente de indescriptible belleza. Y de sus organizadas filas, emergió el milagro mismo de la existencia, con la misión de regenerar -palmo a palmo- las células de nuestra heroína. Se trataba de las insignificantemente pequeñas medusas turrítosis nutricola y de su divino don de vida.

Fueron ellas, de entre todas las especies de los reinos, las escogidas para transmitir

a Gaia la vida eterna, y en esa misión, codificar en su alma, la Alianza Micelial, a partir de la cual, los seres humanos -escuche señor lector- podrán entender, de una vez y para siempre, que la existencia en ésta, nuestra pequeña arca de color azul está íntimamente conectada a través de sus cinco reinos. Y, que no respetar esta frágil alianza, extinguirá las partes y el todo, de esta gran aventura cósmica, que es la vida.

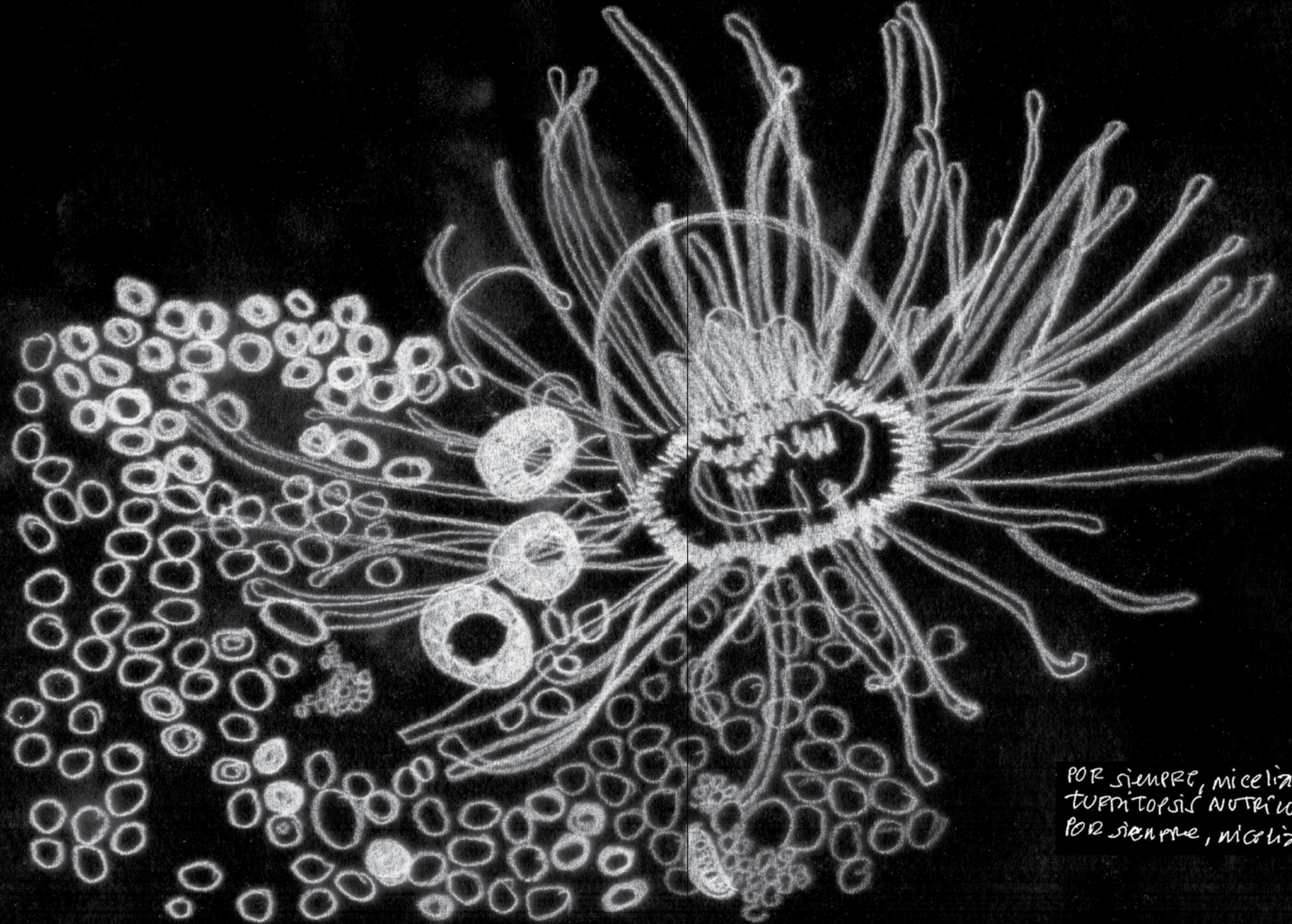
Y al tercer día de haber muerto, el mágico hilo multicolor de nuestra Gaia, resucitó.

Por siempre, micelial;
Turrítosis nutricola;
Por siempre, micelial.

Cuando un helicóptero de la armada indonesia rescató a una hermosa chica africana a la mañana siguiente, el paramédico a cargo, dio parte de cómo su cuerpo estaba envuelto en un extrañísimo capullo fluorescente, conformado por un sinfín de diminutas medusas. Era un fenómeno absolutamente inédito en la historia del país.

Desde su ingreso a la clínica, Gaia no ha intentado entrar en comunicación, con alguien que no sea su minúscula anfitriona flotante. Y para ello, su única forma de expresión es parpadear y sonreír levemente, en una complicidad que solo ella puede comprender.

El diagnóstico del Dr. Quevedo, según he escuchado por los pasillos de nuestra institución es el de trastorno agudo de despersonalización. Pero, y ¿el suyo?



POR SIEMPRE, MICELIAL
TUERITOPSIS NUTRIVORAS
POR SIEMPRE, MICELIAL



VO EN EOS.
CLOS EN MI.
LOZ: ETERNA REFLEXION.

CAPÍTULO V	
Merlín	
EXP.	ME-005

Tal como lo profetizó Juan el Apokaleta, el dragón se quedó acechando a la orilla del mar esa madrugada de mayo. La luna llena -ensangrentada por sus garras- hacía que, las alucinaciones de Merlín entraran en una hedionda ebullición y, su vapor infernal, terminara por sofocar la oscura habitación de un paciente amordazado y sujeto por su -ya habitual- camisa de fuerza.

A medida que el brote psicótico alcanzaba una nueva cresta, la mirada inyectada de mi paciente parecía desbordarse hacia el hondo caudal de su pasado, tratando de advertir, entre aquella agitada negritud, a una hermosa mujer encinta quien, sobre el lomo de la bestia, gemía de dolor, a punto de dar a luz a un salvador.

Yo en ellos.

Ellos en mí.

Luz: eterna reflexión.

Un piquetazo certero de olanzapina fue el golpe seco al lóbulo frontal, que realmente hiciera tocar fondo a mi paciente, luego de una más de sus escalofrantes odiseas nocturnas. Debo aclarar -de nuestras odiseas- porque a través de la transpiración de mi amo, he desarrollado la canina capacidad de hacerle fiel compañía incluso, a través del tobogán de sus más espantosas pesadillas. Allí donde la atormentada mente de Merlín deambula -sea dantesca, goetheana o miltoniana- estoy presto, para recordarle que, su locura es mi hogar; y el alivio a su dolor, es mi razón de ser.

Luego de un breve reconocimiento de signos vitales, tras la administración del poderoso antipsicótico, el Dr. Quevedo recordó cómo, si bien los fármacos podrían actuar, su condición psiquiátrica de origen -trastorno de personalidad múltiple- difícilmente se desdibujaría, a pesar de los esfuerzos profesionales y el genuino cariño de todos, quienes hacen de la Clínica del Riscal, un sitio de cálidos amaneceres.

Al recordar los aprendizajes históricos sobre la locura, nuestro Joshua, compañero permanente del jefe de Psiquiatría en las faenas más desgastantes con pacientes



psicóticos, citó una de las disquisiciones más agudas de Michel Foucault, en torno al drama del trastorno psíquico:

“Los progresos de la medicina, bien podrán hacer desaparecer la enfermedad mental, como la lepra y la tuberculosis. Pero permanecerá una cosa: la relación del hombre con sus fantasmas, con su imposible, con su dolor sin cuerpo, con la cáscara de su noche. Una vez fuera de combate lo patológico, la sombría pertenencia del hombre a la locura será el recuerdo -sin edad- de un mal borrado en su forma de enfermedad, pero que se obstina como desgracia”.

Mi amo y yo somos -como cada noche de luna llena- el casco de un golpeado galeón, que con las velas raídas y a medio izar, lucha por mantener el rumbo firme hacia la estrella de su salvación. Mas en ese intento perenne, las aguas traicioneras de la mente nos conducen, sin poder evitarlo, a un remolino, que, como la novena fosa infernal de la Divina Comedia, nos deja a merced de la más horripilante bestia tricéfala. Quedamos pasmados en un terror absoluto. Quién soy yo para describirlo, cuando el propio genio del Dante, guiado por el magnífico Virgilio, lo ha detallado hace ya siglos para Usted:

“Con seis ojos lloraba Lucifer, y por las tres barbas corrían sus lágrimas, mezcladas con baba sanguinolenta. Con los dientes de cada boca, a modo de agramadera, trituraba un pecador, de suerte que hacía tres desgraciados a un tiempo. Los mordiscos que sufría el de adelante no eran nada en comparación con los rasguños que le causaban las garras de Lucifer, dejándole a veces las espaldas enteramente desolladas”.

Yo en ellos.

Ellos en mí.

Luz: eterna reflexión.

Lo sé. El mío no es uno de esos relatos bucólicos sobre una mascota tierna y juguetona, que corre por una pradera florida de verano. La mía es una historia que araña el alma de quien se atreva a seguirme. Pero al hacerlo, respetable lector,

Usted encontrará la agobiante -pero auténtica- lucha de un personaje por su propia libertad. Por escapar de la prisión que los dos entes más poderosos han construido para el espíritu humano. Sí, es éste un relato sobre el Dios y el Satanás que Usted y todos los de su especie llevan dentro. Pero que pocos -como mi Merlín- han decidido enfrentar sin tregua. Atrévase a seguirme hasta las últimas consecuencias de mis pasos. Hágalo sin miedo. Yo lo protegeré.

Casi un año le había llevado al pequeño Merlín, la preparación de su tapanco de mil espejos. Con ahínco, el aprendiz de vidriero se esmeraba en cortar y pulir cada pieza, por diminuta que fuera. Una vez preparada con un pegamento meticulosamente esparcido, cada espejo encontraba su sitio exacto en el pequeño universo que el niño había previsto, como todo un Creador.

El intrincado acomodo de las piezas, a lo largo y ancho de paredes y techo no era fortuito y tenía una intención que trascendía al mero sentido estético. Sin poderlo explicar a ciencia cierta, el niño intuía cómo, por esos espejos habrían de reflejarse historias de luz y de sombra, que marcarían su vida. Le fascinaba perder la mirada en el horizonte en fuga, esbozado por el reflejo infinito de espejos enfrentados.

Con once años recién cumplidos, Merlín contemplaba -satisfecho- el refugio para su alma solitaria, nostálgica y un tanto turbada. El cauce de su imaginación era ya, lo suficientemente robusto, como para dar cabida a las crecientes batallas entre los ángeles y los demonios, que revoloteaban sin parar en su mente, cada vez más escindida entre el territorio de la luz y el de la obscuridad.

Algunas noches, luego de ver terminada su obra, Merlín, provisto de una vela pingosa entre las manos, subía los sesenta y seis peldaños que conducían al pequeño torreón de piedra, donde se ubicaba el taller de su padre, para una vez ahí, encaramarse hasta su resguardo de sombras, para soñar despierto una jornada más.

Su padre, aunque cercano, era un hombre algo tosco y de pocas palabras. Solo en rara ocasión, le relataba alguna anécdota entrecortada sobre su madre, fallecida

al parir a Merlín. ¿Cómo olvidar aquella madrugada? pensaba su padre- si la luna llena -con aspecto ensangrentado- parecía salirse del firmamento, de lo enorme que parecía al ojo desnudo. Y entre retazos de anécdotas maternas, el chico dejaba volar su honda nostalgia, al lomo de una llama azulada y zigzagueante.

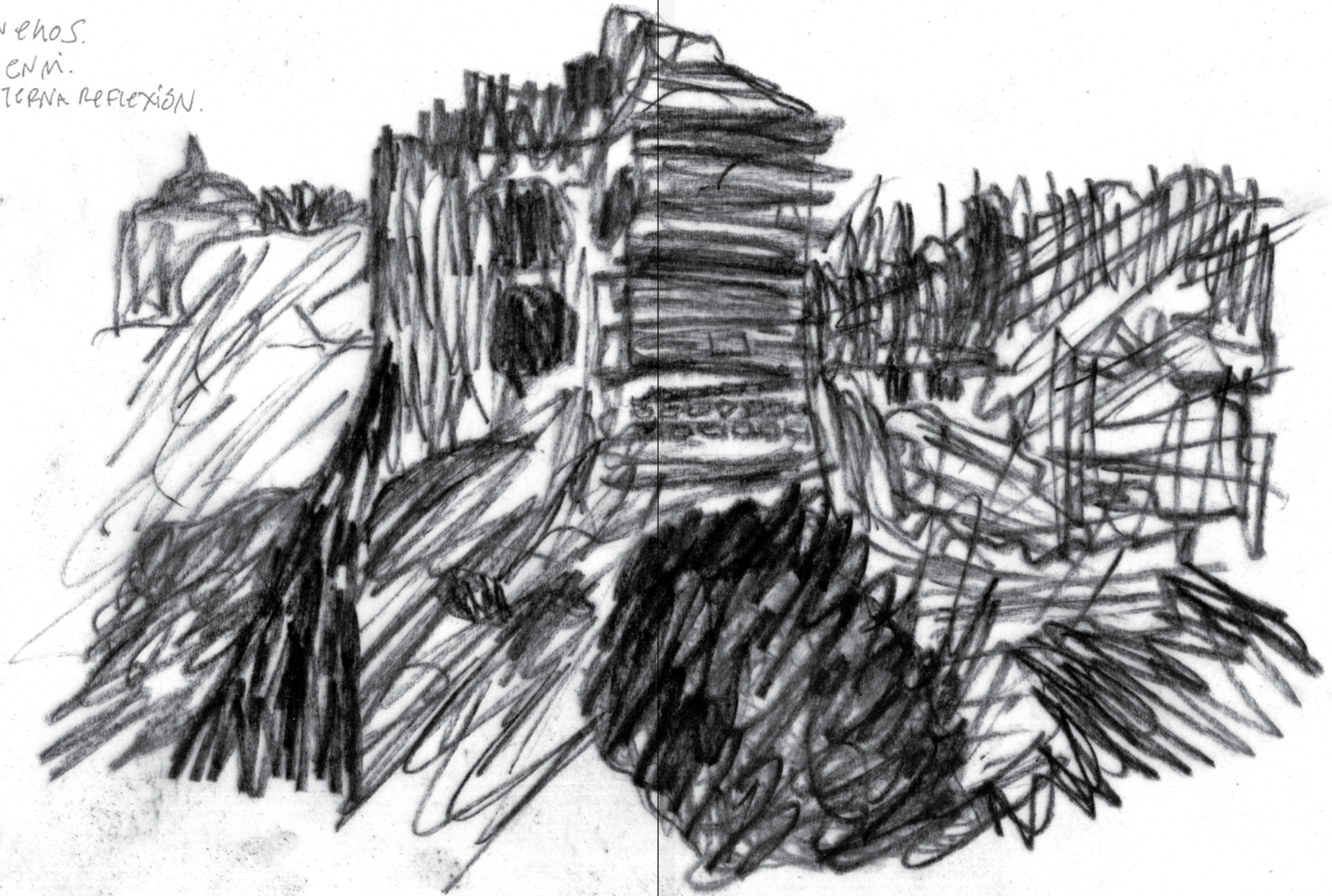
Encerrado en su cueva de sombras, con la imaginación girando a todo vapor, la secuencia de espejos, sutilmente encendidos, daban cuenta de una hermosa mujer encinta, sometiendo entre aleteos lastimeros, a un dragón de rostro humano desfigurado.

Entre vaivenes y sonrisas de complicidad, la mujer le mostró -con sutileza y calidez- un par de peculiares islas a nuestro vidente. En la primera de ellas, podía verse a sí mismo, lujosamente ataviado y consentido por un séquito de sensuales doncellas, hasta en sus más exigentes caprichos. En la segunda, se observaba también a sí mismo, modestamente vestido, con polvo y ampollas del camino y enjuagando diligentemente, los pies hinchados de un pordiosero que estaba a punto de morir.

A pesar de la fugacidad de la escena, Merlín pudo comprender el mensaje de aquella mujer, de mirada maternal. Con claridad, entendió que él era libre de decidir su propio destino. A partir de su elección, ahí, entre las luces y sombras de su refugio, la mujer podría terminar su gestación y resguardar al crío en una o en otra isla. Y con ello, dar un giro radical en la vida que el chico podría tener. Si bien aquella mujer -preñada de angustias- sabía cuál sería la decisión, no hizo nada por influenciar su resolución.

Observe a nuestro Merlín, señor lector. Deje por un momento de leerme, cierre los ojos y reproduzca el instante mismo del ejercicio pleno de su libertad. Por una parte, las innumerables posibilidades de una vida envuelta en las delicias de los sentidos. Por la otra, el rigor de consagrarse a aquellos que viven en el dolor, en la pobreza, en la enfermedad. Dé Usted testimonio de cómo, el chico está libre de ataduras para optar por un camino. Y así como lo hiciera el gran John Milton, en el Paraíso Perdido, sea también testigo de los parlamentos entre El Padre y el Hijo, en

YO EN ELOS.
CULOS EN MÍ.
VOZ: ETERNA REFLEXIÓN.



torno al libre albedrío con el que Merlín y todos lo de su especie -señor lector- han sido bendecidos:

“Libremente en todo obran, y el bien y el mal, únicamente de su arbitrio dependen; no de ajenas influencias. Cuando yo los he criado, atendiendo a su clase diferente, leyes equitativas les he dado, no grillos y cadenas”.

Pese a haber perdido el Jardín del Edén por su pecado, Milton nos muestra la infinita misericordia de Dios frente al ser humano: “No; no está sentenciado el hombre ni proscrito sin recurso. Mi gracia tiene pronta, y en su fuente perenne la hallará perpetuamente, si a ella quiere acudir...Y si me sigue fiel, podrá estar cierto de vencer toda la infernal milicia y reparar su suerte desdichada”.

Ahí tiene -lector mío- libertad para errar el camino y misericordia para ser encauzado de nuevo a él, con el amor que solo un padre -el Padre- puede ofrecer. ¿Cuál será el sendero que Merlín habrá de seguir? ¿Cuál será la isla que habrá de habitar? ¿Cuál será el bando que habrá de tomar en la gran batalla de las almas? ¿Y, si acaso lograra romper esa dicotomía maniquea, para recorrer ambos caminos; para habitar ambas islas -la del Bien y la del Mal- al mismo tiempo?

Yo en ellos.

Ellos en mí.

Luz: eterna reflexión.

Aquel roble de ángel fue siempre su mejor amigo. Desde muy pequeño, cuando intentaba garabatear el tan anhelado rostro de su madre, Merlín trepaba por aquel viejo árbol que, desde el suelo hasta lo alto de su follaje, le ofrecía un camino comprensivo de escalones, desde donde contemplar el atardecer. El roble centenario era lo más cercano que tenía a un abuelo. Un sabio apapachador, cuyas rugosas ramas eran los brazos generosos para, con ternura, contener sus lágrimas, entre cientos de hojas danzando al viento.

A sus catorce años, los garabatos de la infancia se convirtieron en magistrales trazos a carboncillo, que llenaban decenas de cuadernos. El joven artista usaba todo lo que podía como modelo de inspiración, aunque los rostros de ancianos -en especial sus miradas profundas y sus arrugas sin tiempo- eran lo que más hacía honor a su especial don por el dibujo. Y en algún viaje escolar a la biblioteca central de la ciudad descubrió lo que, desde entonces, habría de convertirse en el eje de su trabajo artístico: la motivación celestial. Y la demoníaca.

Hasta en sus más violentos brotes psicóticos, ya en la Clínica del Riscal, recordaría Merlín la textura de las finas pastas y el olor de las hojas enmohecidas de aquel ejemplar formidable de la Divina Comedia, que tanto lo obsesionó. Se trataba de una finísima edición del Siglo XIX, con incomparables ilustraciones de Gustave Doré; un verdadero genio del grabado, a quien Merlín habría de seguir, a lo largo de su carrera como artista gráfico de la realidad virtual, años más tarde.

Fue tal su obsesión con aquel pesado libro, que una tarde lluviosa de primavera, aprovechando un cambio de turno en la biblioteca, Merlín pegaría carrera, puertas afuera, con su preciado tesoro en la mochila. El hurto bien valió el riesgo, pues se convirtió en su inseparable compañero nocturno, arriba, en su tapanco de los mil espejos. Fue sin duda el alimento más preciado de las historias de luces y de sombras que llenaban de magia su refugio.

A medida que copiaba una y cien veces algunas de las más dramáticas ilustraciones de Doré, Merlín incorporó un elemento a sus creaciones: su propia voz, como vital protagonista de los fantásticos andares del Dante y de su insigne guía. No era necesario saber leer florentino, lengua en la que estaba escrita aquella magnífica edición, pues la potente imaginación del chico era suficiente para hacer hablar a los perfectos gráficos del artista.

Fue así como Merlín, a la par que dejaba su mano en libertad para llenar de inmejorables trazos su cuaderno de dibujo, decidió soltar -también- amarres a

la cordura, para hacer de su mente el hogar bicéfalo de los dos seres, que tanto dominaban las riendas de su vida interior: Dios Padre y Satanás, su Ángel Caído.

El aterrador Pandemonio de Doré se trasladó a la psique del chaval, con igual sentido de realidad que la Novena Esfera del Cielo; aquella que, por su indescriptible hermosura, dejara por un instante ciego al poeta Virgilio y a su famoso aprendiz. Y en esa constante lucha entre el Bien y el Mal, nuestro Merlín no estaría más en soledad, pues en su mente se habrían afincado -para siempre- sus antagónicos inquilinos. Merlín sonreía y su sonrisa -desbordada- se proyectaba de manera distinta, en la eterna reflexión de la luz, al paso por sus mil espejos.

Yo en ellos.

Ellos en mí.

Luz: eterna reflexión.

¿Por qué habrá de catalogar la ortodoxia del DSM a nuestro Merlín, como un caso de estudio del trastorno de personalidad múltiple? ¿Por qué, si la esencia de la deliberación interior es fundamentalmente, entre el Bien y el Mal? ¿Qué mal ha hecho Merlín, que no haya tenido comienzo también, en mentes aclamadas como la de Santo Tomás de Aquino, al husmear el ser de Dios, desde la infinita pequeñez del espíritu humano?

La exploración de los atributos divinos -que tanto preocupó a mi paciente desde sus mocedades como artista gráfico, contiene, en el fondo, el mismo nivel de autenticidad que la de mentes -aparentemente sanas y aplaudidas, como las de Kant, Leibniz o Hegel- tuvieron, al tratar de pescar el elusivo problema filosófico del origen del mal.

Tal vez -como nuestro queridísimo Joshua insiste- se confunde una vez más la especie humana al cuestionarse sobre el origen del Maligno, cuando lo realmente importante, no consiste en preguntarse de dónde viene el mal, sino de dónde viene que personas -como Usted- y todos los de su especie, lo practiquen con tanto esmero. ¿Me sigue?

Los años pasaron y el viejo roble murió de desesperanza. Entre las llamas zigzagueantes de alguna hoguera, sus ramas crujían de dolor por el abandono de su compañero de puestas de sol. Entre las chispas proyectadas con cada tronido de corteza, se encontraban las que exigían una respuesta al olvido. Una explicación sobre el paradero de tantos diálogos tejidos entre las lágrimas de un chico de mirada triste y una familia de hojas suaves, que enjuagaban su nostalgia cristalina.

El roble no fue el único en ver sus mejores años transcurridos al lado de Merlín. Su padre, presa de una dolencia extrañísima, que ningún galeno de la comarca buscó si quiera entender -tal vez por horror a la posible respuesta- se fue desfigurando lentamente, en medio de un inenarrable dolor.

Atendido por una bondadosa tía lejana, en un improvisada covacha -húmeda y fría- de la casona familiar, atestiguó, en primera fila, la perturbadora transformación de su hijo en una vorágine demente de gritos y golpes, que solo se calmaban con la entrada de matutinos halos de luz entre las ventanas ojivales de la propiedad. Los poderosos habitantes de su mundo interior estaban cada vez más enconados en la batalla por poseerlo en su totalidad.

Por la mañana podía Merlín encarnar la figura de un hijo abnegado y solidario con su padre prostrado. Sin embargo, al caer la tarde, aquella cercanía filial se adormecía, para dar pie a un trastornado sujeto, que no hacía otra cosa que maldecir, violentamente, todo a su alrededor.

Despotricaba incluso contra lo que él juzgaba como la timorata ineptitud del padre, por salvar a su madre de ese parto funesto, que, para siempre, los habría de separar, hundiéndolo sin remedio, en una crónica nostálgica de la que jamás escaparía. Por si fuera poco, la gesticulación, el registro y las modulaciones de voz; incluso la indumentaria era distinta, dependiendo del personaje interior a escenificar. Su diaria salvación -los halos de luz de la mañana- eran el verdadero alimento, tal vez celestial, que le permitía sortear un día más y poder avanzar en su único y gran proyecto personal.

El taller de espejos de su padre quedó convertido en un estudio, a tope de enormes pantallas de alta resolución, equipos de procesamiento de datos de última generación y visores experimentales de realidad virtual. Fue a través de ese equipamiento que, a partir de los veintiún años, Merlín se dio a la tarea -luego de vender las pocas propiedades de la familia- de llevar sus antiguos carbonillos adolescentes al seno de la nueva cultura escenográfica del metaverso. Sus años de adolescente, bajo la cátedra virtual de la Escuela de Tokio de Nuevas Tecnologías, no pasarían en balde.

Para Merlín, lo relevante no era ya la entumecida y mortalmente aburrida existencia física del pasado, sino la ilimitada y radiante vida digital del futuro. Así, de la mano inspiracional de gigantes de la realidad virtual, como Morton Heilig y Jaron Lanier, sus creaciones escenográficas – tanto celestiales como demoníacas- dieron con la resonancia más impactante de su narrativa apologética, en un universo, increíblemente mágico, de cuatro dimensiones. La aportación de Merlín al multiverso sería, a la larga, tan importante, como la de sus primeros padres. ¿Acaso adivina la causa, señor lector?

Una madrugada, cuando el joven creador se frustraba por no avanzar al ritmo de producción trazado obsesivamente deseó como nunca que, su inquilino de la obscuridad hiciera acto de presencia. Imaginó cómo, con sus espléndidos hechizos podría recrear -bajo orden de Merlín- los espacios virtuales más fidedignos que un ser humano podría experimentar, en el corazón mismo del metaverso.

Además de lograr con ello, la finalización de su obra maestra, el acuerdo implicaría un muy significativo ahorro de tiempo, que Merlín podría canjear, a fin de abandonarse a una lascivia largamente apetecida. El trueque por su alma, ya de por sí a medio podría, valdría la pena. Se trataba de solo tres años.

De tal suerte, como recreando un pasaje único de la literatura, Merlín vio frente así a un jovial y divertido Mefistófeles, presto para acudir a su socorro. Y como si relevara al mismísimo Goethe, le escuchó parafrasear su propio encuentro con el

Dr. Fausto: “En esta hora, amigo mío, sacarás mayor provecho para tus sentidos que en la monotonía del año. Lo que te cuenten los sutiles espíritus, las bellas imágenes que produzcan, no son vano juego de encantamiento. También se recreará tu olfato y deleitará tu paladar, y entonces, tu alma quedará embelesada. No es menester preparación alguna de antemano. Nos hallamos reunidos ya. Empezad”. Desbordado de frenesí, Merlín presenciaba el verdadero nacimiento de El Pandemonio de la Luz.

El arte de vivir la vida al extremo, al lado del compañero ideal de correrías no sería impedimento para el ambicioso trabajo convenido. De modo que, sin necesidad de palabras, el siempre dispuesto Mefistófeles se convertía en el ejecutor más fiel y perfeccionista de los planes de su amigo arquitecto. Como si fuera un guion vivo y en ebullición constante, con el solo hecho de imaginar, Merlín lograba, a través de su demonio favorito, que escenas completas aparecieran en su visor.

Imágenes, texturas, sabores, sonidos, parlamentos, sensaciones, orgasmos, amores, odio, llanto, eran todos, piezas fundamentales del desarrollo de un verdadero continente sin fin, alojado en el ecuador del multiverso.

A menos de un año de su feliz alianza, los socios eran galardonados con los XR Awards y otros premios prestigiosos en la industria de la realidad virtual. El Pandemonio de la Luz se convertía velozmente, en una Divina Comedia de la postmodernidad. La perfección en el diseño gráfico, la altísima percepción sensorial y emotiva, aunada al impactante sentido del paso del tiempo, eran algunas de las cualidades de un juego, en el que, una corte de demonios comandada por Belcebú, ponía en duda la legitimidad del reinado de Dios. El juego consistía en planear las estrategias políticas, diplomáticas y militares más refinadas de la historia, acompañadas de los placeres y emociones más intensos que pudiera experimentar el cuerpo humano.

Con una simple sonrisa seductora, Mefistófeles logró sembrar en cada escena, la valiosísima semilla de la adicción más absoluta al juego. Sin suficiente perspectiva

de tiempo, ni antropólogos ni sociólogos lograron entender cómo la invención de Merlín había logrado que, quienes caían en las sensuales redes de aquella fortaleza de esculturales demonios de ambos géneros, no pudieran liberarse más.

A una escala masiva, nunca vista, chicos y chicas de decenas de países dejaban de acudir a las escuelas; la deserción en los centros de trabajo nunca fue tan alta. Los servicios públicos, la atención de la salud, la infraestructura, todo empezó a colapsar, hasta que el Pandemonio fue prohibido a escala global. Merlín estaba ahora -como Belcebú durante la Creación bíblica- en el corazón de la insurgencia.

El joven artista era visto -por cientos de millones de fieles seguidores- como un semidios que había invertido el sentido de la realidad; de forma tal, que la existencia corpórea era ya inútil, comparada con la potencia y sensualidad encarnados, en esos gladiadores y guerreras de la fortaleza oscura. Era un auténtico mesías que había liberado a la especie humana de la ceguera del mundo físico, para vivir en la plenitud del multiverso. De su multiverso.

Yo en ellos.

Ellos en mí.

Luz: eterna reflexión.

Antes de seguir, quisiera traer a colación -lector mío- una pizca del maravilloso diálogo sostenido entre dos de mis congéneres peludos más autorizados en el mundo de las letras hispánicas.

Claro está, me refiero a Cipión y a Berganza, quienes, traídos a escena como leídos personajes de cuatro patas, por, nada más y nada menos que, don Miguel de Cervantes en el Coloquio de los Perros, nos ofrecen unas palabras de sabiduría, traídas de las discusiones sostenidas con la celeberrima bruja Camacha: “Aunque los gustos que nos da el demonio son aparentes y falsos, todavía nos parecen gustos, y el deleite mucho mayor es imaginado que gozado”.

No podría ser más pertinente tal dicho de la bruja, que, en el mentado mundo de la realidad virtual propuesto por nuestro mal encaminado Merlín, en el cual, aún con todas las argucias mefistofélicas, lo virtual, virtual se queda; y lo real, real permanece.

Sigamos pues, ya que no hay plazo que no se cumpla, ni deuda que no se pague. Y lo que estaba por seguir en la vertiginosa vida de mi paciente, no podría ser evitado por nada en el mundo. Ni siquiera por el fascinante elixir de la hechicera del Fausto, que tanto obsesionara al Dr. Freud en sus estudios de Metapsicología.

En medio de una creciente vorágine de frustración y odio gubernamental apuntando a la responsabilidad del Pandemonio de la Luz, de las calamidades que el mundo sufría, Merlín decidió tomarse un respiro, esfumarse de sus problemas y volver a sus orígenes. Casi tres años habían pasado desde la última vez que viera a su padre. El viejo, desfigurado ya del todo, logró percatarse de la presencia de Merlín y, con un intento de abrazo le recordó al oído, de forma casi imperceptible, lo mucho que su madre deseaba mirarlo a los ojos, una vez que naciera.

Antes que nuestro personaje pudiera secarse la lágrima que rodaba por su mejilla, tres golpes secos cimbraron el portal de la casona. Al escucharlos, Merlín quedó helado del horror. Aunque su mente había tratado de evadir el tic tac del reloj, durante los últimos días, lo cierto es que sabía muy bien que, su momento de saldar cuentas con Mefistófeles había llegado.

Si bien parecía resignado en un principio, su rostro comenzó de pronto a inflamarse. Su cuerpo -todo- temblaba y exudaba. Sus ojos, cada vez más inyectados parecían salir de sus órbitas. Y mientras se descomponía a paso veloz, el robusto portón de la entrada estaba a punto de ceder, por los recios golpes y patadas que recibía.

Una voz increíblemente gruesa y sonora, que venía justo del otro lado del zaguán dijo: “Merlín, tu tiempo ha llegado. No puedes evadirlo. Esta noche descenderás prendido de mis garras hasta la última de las pozas de mi Infierno. Y mientras mis queridos hijos Pecado y Muerte te desuellan en vida, yo reiré como nunca con

tus alaridos y degustaré tus vísceras, todavía calientes y palpitantes. Seas pues bienvenido a la eternidad del lamento, socio querido”.

Totalmente fuera de sí, Merlín corrió despavorido por toda la casa y arriba, en su refugio de espejos, fue alcanzado torpemente por su padre, quien estaba consternado por lo que sucedía en la mente de su único hijo. Al verlo frente a sí -desfigurado y tratando de contenerlo entre sus brazos- Merlín no pudo más.

Confundido hasta el extremo, empujó a su padre escaleras abajo, y arrancando un espejo puntiagudo de su creación de juventud, apuñaló a quien, ante sus ojos, no era otro ser, que el mismísimo Mefistófeles, recién llegado para cobrar el adeudo existencial, contraído tres años antes.

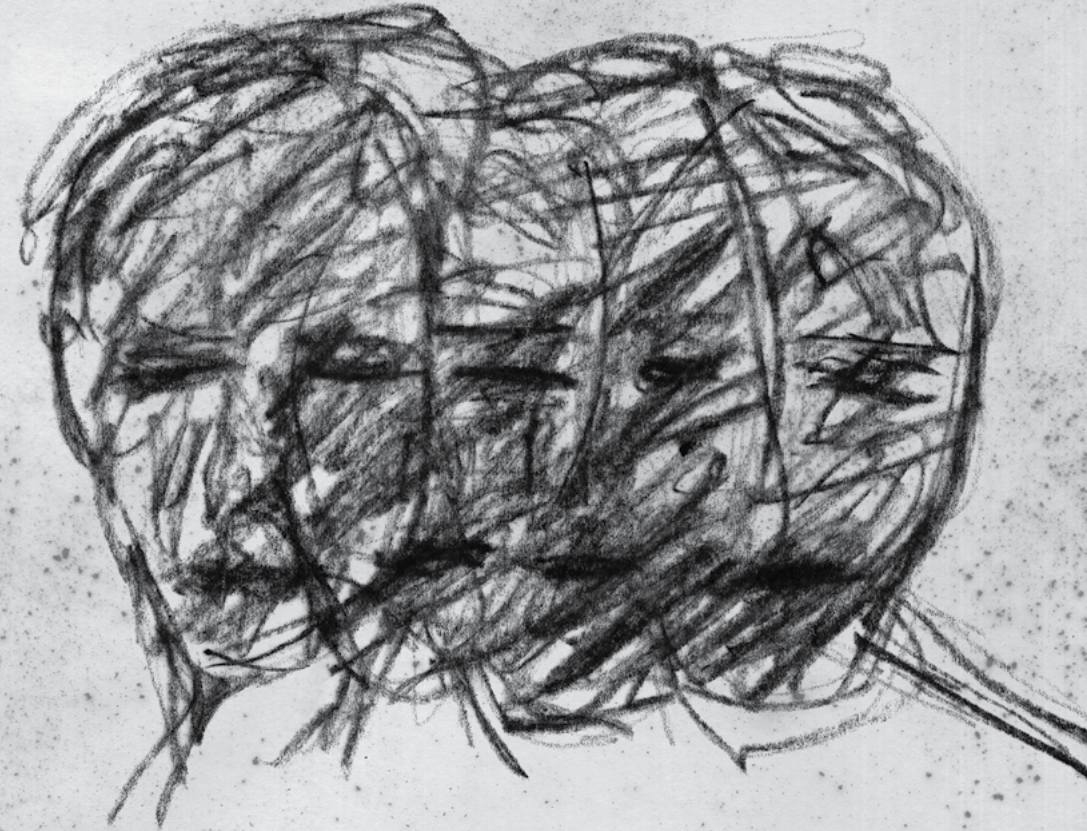
Todavía ensangrentado, Merlín vio cómo allá afuera empezaba a clarear. Un halo de luz tocaba su frente. Solo que esta vez, la refracción no provenía de su refugio. No era Dios Padre quien se manifestaba. No. Eran tan solo las lámparas de gélida luz blanca, con que la sala de recepción de la Clínica del Riscal, le daba acogida.

Trastorno de Identidad Disociativo. - Perturbación de la identidad que se caracteriza por dos o más estados de la personalidad bien definidos, que se puede describir en algunas culturas, como una experiencia de posesión (DSM5. 300.14).

Yo en ellos.

Ellos en mí.

Luz: eterna reflexión.



Y MIENTRAS MIS QUERIDOS
HIJOS PECADO Y MUERTE TE
DESUELLAN EN VIDA, YO REIRÉ
COMO NUNCA CON TUS ALARIDOS Y
DEGUSTARÉ TUS VÍSCERAS...



CAPÍTULO VI	
1915	
EXP.	IS-006

PORQUE VA BORRANDO EL AGUA
LO QUE VA MICTANDO EL PUERTO.

Tía Isis -como todos la llaman cariñosamente- llega, como siempre, puntual a su cita con el atardecer frente al océano. Al ojo de las gaviotas que sobrevuelan los riscos, seguramente luce como la flor más hermosa del lugar. Su sombrero blanco de ala ancha ondeando con el viento. Su vestido de lino egipcio, ciñendo su figura todavía espigada. Sus huaraches de cintas de piel, abrazando sus pies de niña. Su ramita de lavanda enganchada a la costura de su escote.

Sus ágiles manos musicales, tocando notas al viento. Acordes de su historia perdida. De papá que nunca regresó de navegar. De su gran fuga mental. De su nostalgia por todo lo que pudo ser y no fue. Y entre sus largos dedos de pianista, como los de su madre, una diminuta caja de sándalo que custodia su tesoro: un poema de papiro enrollado, para cada uno de los hombres a quienes creyó amar.

Ataviada para su último ritual en la cima del acantilado, Isis mece la dulce sensualidad de sus recuerdos, entre el eterno tumbo de las olas. El dócil cosquilleo sonoro de la corriente, al pasar entre un millón de conchitas, le resulta de exquisita compañía, para llevarla de la mano, hacia aquella metamorfosis final.

Mientras contempla la espuma del mar allá abajo, sabe que, aunque el pincel de su historia, no se deslice sobre la piel, como ocurrió en los bellos pasajes de El Rumor del Oleaje del incomparable Yukio Mishima, el azul infinito de su amante dará cuenta del más profundo amor, que la literatura haya narrado.

Cerrando la azulada vivacidad de sus grandes ojos, la más romántica de todas las pacientes del mundo, se une para siempre -luego de setenta y cinco difusos años- al único amante, quien realmente tocara los encantos curvos de su piel de luna y los de su ondulada cabellera áurea. Sí. El único que hiciera de sus labios un secreto y de su vientre, una lluvia de estrellas.

Con su cajita abrazada, tía Isis salta para sumergirse en sus brazos. Su caída por el riscal es tan mágica, tan dulce, que parece que son las gaviotas mismas, quienes la acompañan pausadamente en una ceremonia de entrega nupcial; en la cual,

el océano -auténtico amor de su vida- la espera pacientemente. Su musical y hermosísima Isis. Por fin, entre resoplidos de sal y arena, la desposa.

Porque va borrando el agua,
lo que va dictando el fuego.

En tan asombroso descenso, mi fantástica paciente narra -en silencio- una breve y maravillosa historia: la historia del amor -sutil y sensual- de una mujer, a lo largo de su vida. Aprisionar su entrañable relato en un puñado de palabras para Usted, señor lector, será la tarea más significativa de mis ya avejentados años caninos. Camine pues conmigo por la playa. Mucho tengo que contarle, antes que la noche nos alcance y los pies pintados de los amantes de Isis dancen -como el viejo Junichiro Tanizaki recordara años atrás, entre kanjis milenarios- sobre su tumba. Sobre su sepulcro marino.

El viento hinchaba las velas de los cascos que competían ese mediodía de agosto. Aunque el cielo parecía transparente, a lo lejos se divisaban algunas nubes ennegrecidas. Sin embargo, al no estar anunciada ninguna tormenta por el servicio meteorológico de la Isla, el Comodoro no tuvo mayor reparo en ordenar la activación de las sirenas que marcaban el inicio de aquella regata. Un rato antes de zarpar, los familiares de los competidores veían a Isis -como siempre- lanzando margaritas a la mar y besos a su apuesto capitán.

La pequeña Isis -huérfana de madre- imaginaba, envuelta en los rollizos brazos de la abuela materna Ivanka, cómo sus flores seguirían el mismo derrotero que el de papá. Soñaba que, viajando al abrigo de la estela en el oleaje, sus pétalos lo protegerían hasta hacerlo- arribar con bien. Sus luminosos ojos celeste parecían fusionarse con la espuma, mientras su mirada soñadora se clavaba en el horizonte, tratando de divisar los últimos puntos, que se desvanecían lentamente entre la brisa.

Su padre -apasionado hombre de mar- disfrutaba especialmente de las travesías en solitario. Y en aquella, su última regata a dos manos, circunnavegando el

PORQUE VA BORRANDO EL AGUA
LO QUE VA DICTANDO EL FUEGO.



archipiélago, recordaba cada instante de ternura vivido con el pequeñito gran amor de su vida: Isis. Desde el infarto fulminante de su luminosa mujer, aquella mañana de otoño, cuando Isis tenía apenas dos años, Fulker se había consagrado a la crianza de su hija.

Su magnífica biblioteca, formada por tres generaciones de verdaderos amantes de grandes libros era el espacio que habría de convertirse en el universo de la vida de aquella niña. Papá jamás volvió de la regata. Una terrible tormenta se encargaría de convertir su rostro bondadoso y sus manos protectoras, en un doloroso e indeleble recuerdo para Isis.

Porque va borrando el agua,
lo que va dictando el fuego.

Tras la desaparición de Fulker, la abuela -generosa y alegre- se mudó definitivamente, desde el continente hasta la casa familiar en la Isla, para intentar palear la amargura de su nieta con amorosas charlas ligeras, repostería fina y música clásica.

Isis no estuvo dispuesta para las primeras dos. Sin embargo, sus dedos se aferraron para siempre al vetusto Bösendorfer, un piano de cola en el que Elisa, su madre -una de las concertistas más afamadas de su generación, ensayaba hasta el agotamiento, incluso el día mismo de su inesperado deceso, causado por un paro cardíaco fulminante.

Bajo el rigor de su profesora de piano -una amable pero rígida ucraniana vecindada en la Isla hacía un par de décadas-, Isis cerraba los ojos tratando de imaginar la mirada de mamá en cada escala y las manos de papá en cada fuga. Beethoven, Schumann, Brahms, Schubert y Tchaikovsky fueron -durante su pubertad y primera juventud- los maestros que mejor dieron cauce a su nostalgia.

El talento natural y el ansia por abrazar el recuerdo de sus padres, a través de la música hicieron de mi hermosa paciente, una virtuosa del piano. Rápidamente

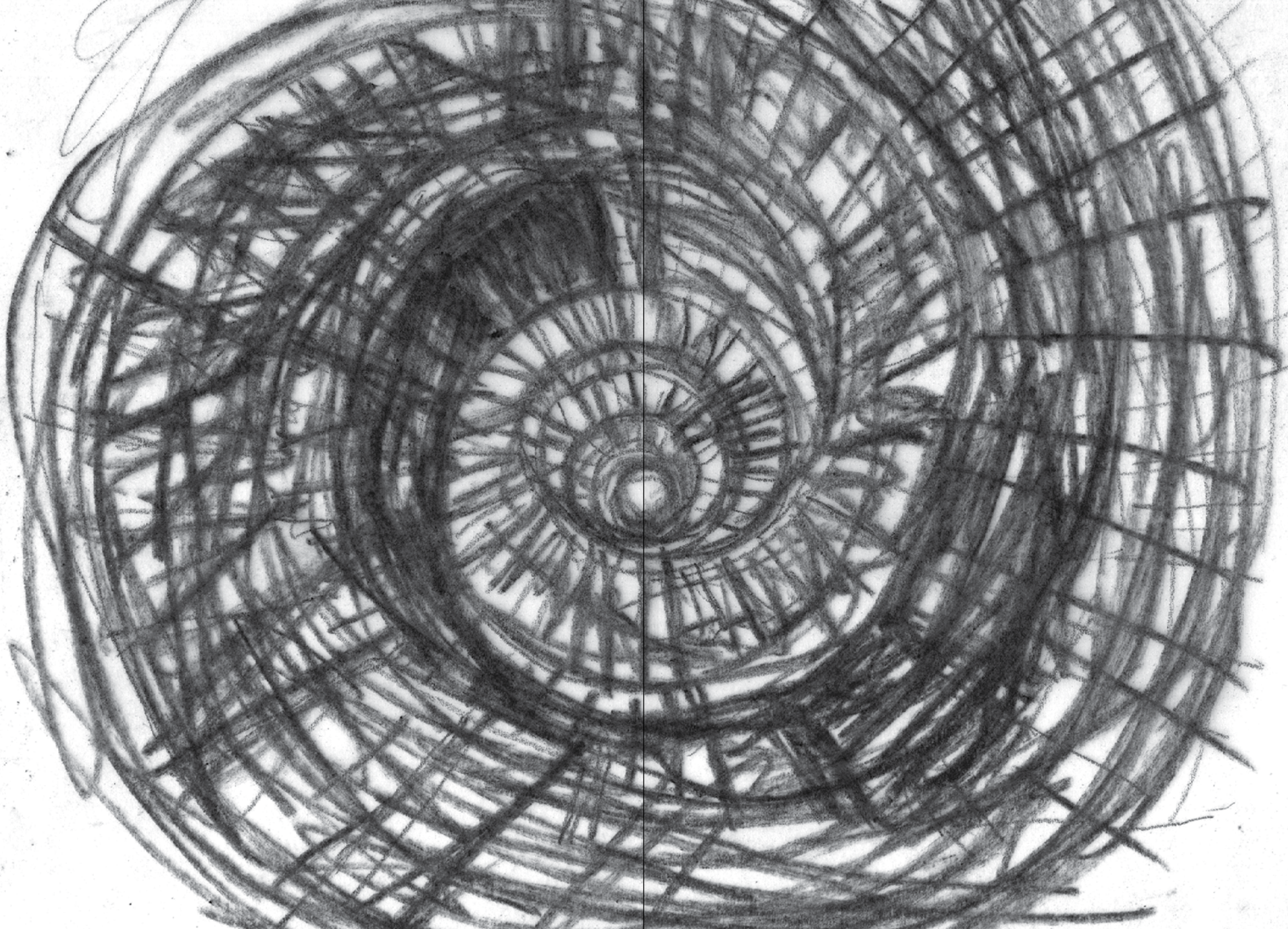
superaría la técnica y el acartonamiento de su profesora, por la maestría y pasión, que solo abrevan en el espíritu de seres extraordinarios, como Isis.

Su otra gran pasión llegó a su vida resoplando, vestido de intenso azabache y con las crines bien trenzadas. Llegó entre la neblina de una fresca mañana de octubre, el día que Isis cumplía siete años. Al ver desde la ventana de su habitación al formidable Warmblood Wesfaliano, que estaba a punto de montar, la pequeña corrió a toda velocidad a abrazar a la abuela Ivanka, para agradecer tan esperado regalo. Y desde entonces, la valiente amazona no dejaría el albardón de la cuadra familiar, sino para llenar de música la casa de sus padres difuntos. Con el tiempo, el talento natural de Isis para el salto solo fue comparable con su don para el piano.

Pero la música y la equitación no fueron los únicos refugios para Isis tras su segunda gran pérdida. La magnífica biblioteca de casa representaba para ella, las siempre vivas enseñanzas de papá y rápidamente, la inclinación por la literatura se convirtió en la mancuerna de su alma lírica y ecuestre; fusionando sus pasiones, en la magnífica mujer que fue -por dentro y por fuera-.

Una tarde de otoño, después de su clase de piano, mientras la abuela horneaba sus galletas de almendra favoritas, Isis descubrió azarosamente, justo detrás de la escalerilla de caracol que comunicaba al más alto de los entresijos de la biblioteca, una estantería oculta, cuya diminuta puerta de abedul conducía a una habitación abuhardillada de escasos metros de superficie. Luego de entrar con el pulso agitado a tope, Isis encendió una luz tenue, para descubrir, con asombro, una colección de libros y grabados que jamás imaginó.

Aunque no comprendía el título de la mayoría de los volúmenes -empolvados todos-, por estar escritos en griego, latín, árabe y lo que le parecía ser una variedad sinogramas del Lejano Oriente, Isis rápidamente entendió el significado del increíble descubrimiento. Se trataba del refugio que, probablemente, desde tres generaciones atrás, la familia de su padre había mantenido en secreto, para



explorar la sensualidad del alma humana, a través de un vals de culturas. El amor y el erotismo eran pues la quintaesencia de una tradición literaria de casi ciento cincuenta años que, sin más, saltaba en sus propias manos.

Ella, la única descendiente de la familia Thorsen sentía una alocada emoción, que, en otras circunstancias, la habría hecho gritar y correr de alegría. Pero sabía bien que debía callar. El obsequio que la vida -y sus antepasados le hacían- era personalísimo. Un encuentro solitario en la intimidad, desde lo más encumbrado de la literatura universal en las artes amatorias. Con la primera sonrisa desde la muerte de su padre, mi pequeña Isis corrió a devorar las deliciosas galletas de la abuela, ansiosa por regresar, cuanto antes, al sitio de su nueva razón de vivir.

Perciba Usted -querido lector- la agitación sin igual, de una chica infinitamente sensible de casi trece años, descubriendo, entre el polvo del tiempo, por vez primera, incunables de la talla de las Mil y Una Noches, en al menos siete idiomas, y, otras tantas piezas de sus grabados en miniatura, exquisitamente logrados. Obsérvela Usted, portando -cual prodigiosa Zherezada- por mil y una lunas más, una linterna para guiar su imaginación y un trapo húmedo, para delinear la silueta de cada título que volvía a la vida.

Dé testimonio de cómo sus lágrimas brotan de emoción, al sentir la punción que la desgarrara en su primera gran historia de amor: la de Uns al-Wudjud y su amada al-Ward fi-l-Akmam, deliciosamente llevada a trazos y tintas imborrables, hace más de diez siglos, en pleno cruce cultural del mágico mundo árabe medieval.

Sin aliento ya, ante las peripecias vividas por la separación de aquella pareja de amantes del siglo X, Isis, ya con catorce años, siendo una calurosa noche de verano sintió una deliciosa corriente eléctrica, que se elevaba, para después bajar por las cálidas latitudes de su cuerpo en transformación.

No podía entender lo que le ocurría, pero tampoco podía -ni quería- detenerlo. Era lo más parecido a un do sostenido de piano que viajaba libremente, vibrando por su piel y se detenía en los hermosos laberintos de su esencia femenina. Y ese

cosquilleo culminó como un potente relámpago entre sus piernas reunidas con fuerza, cuando leyó, -susurrando y mordiéndose los labios para ahogar el gemido sonoro de su primer orgasmo- los versos más exquisitos de aquel milenario relato:

“¡Oh tú que eres mi dueño desde hace tiempo! El presente necesita al pasado. ¡Tú de quien no puedo prescindir, el único al que deseo como compañero! Ven al baño, luz de mis ojos, y veremos el paraíso en medio del infierno. Lo perfumaremos con maderas aromáticas hasta que su olor se esparza por todo el país. Perdonaremos todas las ofensas que hemos recibido del Destino y daremos gracias a nuestro Señor, el Misericordioso”.

Tras la indescriptible sensación -todavía palpitante- que la apresaba con vigor, Isis comprendió que, ante ella, se abría un colorido sendero de inigualable sensualidad, en el cual, los libros de la sección secreta de su biblioteca serían a la par, guías y fuente de inspiración. Y nuestra Isis, exquisitamente ruborizada por aquella primera vivencia, pasó su primera noche abrazada a aquellas obras de ensueño.

Porque va borrando el agua,
lo que va dictando el fuego.

Así como las rosas del invernadero de la abuela, Isis floreció con una belleza tan asombrosa, que era imposible no quedar pasmado, al verla caminando con sus botas de lluvia entre los dramáticos acantilados de la Isla. Con la herida siempre abierta, que solamente un huérfano puede comprender Isis era, ya a sus diecisiete años, amable y solidaria, pero irremediamente solitaria.

El insondable abismo que la muerte de sus padres abrió en su espíritu, solo parecía colmarse a ratos. Lo hacía, a través de librar obstáculos cada vez más demandantes al lomo de una valiente montura; de llevar sus manos al límite, bajo las partituras que envolvían a su viejo Bösendorfer; así como de sus interminables horas de lectura embelesada, en su entrañable refugio literario.

El Canon de Pachelbel, el Preludio No. 1 de Bach, la Serenata No. 13 de Mozart, el Concierto No. 1 para Piano de Tchaikovsky y su eterna compañera maternal -Para Elisa de Beethoven- se convirtieron, durante aquella época de adolescencia, llena de ásperas interrogantes y alocados sueños, en el telón de fondo para seguir, entre salto y salto, su sutil exploración en el universo del amor y del erotismo que su linaje, sin saberlo, le había obsequiado precozmente.

Ocurrió una noche a inicios de diciembre, mientras ofrecía un recital de lo mejor de su repertorio en el continente, apenas cumplidos los dieciocho años. Cuando se esmeraba -con los ojos cerrados- por sentir, hasta las entrañas, la Sonata No. 21 de Beethoven, Isis percibió una presencia que cortaba su respiración. Y a punto de cometer un error, se quedó estupefacta al observarlo, clavando su mirada en ella, justo desde la primera fila de la sala de concierto.

Se trataba de un hombre de mediana edad y de piel canela; de cabello ondulado entrecano y de rasgos más bien angulosos. Sus grandes ojos, de un indescriptible color miel hacían que lo penetrante de su mirada escudriñara -sin pedir permiso alguno- la sensualidad del alma de aquella joven concertista.

Una vez de pie, mientras la ovacionaba, visiblemente emocionado, luego de una ejecución inolvidable, Isis no pudo más que quedar petrificada ante la explosión súbita que aquel misterioso sujeto -alto y corpulento- le provocaba en la exquisita intimidad de su vestido largo. Las campanas de su propia definición de erotismo tocaban -por primera vez- a las puertas de sus labios rojos.

Luego de una tormentosa noche en vela, soñando despierta con el sabor de aquella piel canela, al tiempo que se imaginaba poseída con la cadencia de un eslabón infinito de escalas, Isis, a la mañana siguiente, sin noticias de aquel hombre, se embarcó en el ferry de regreso a la Isla. Al llegar, la abuela la encontró demacrada y febril. No había explicación clínica. Lo suyo, era algo diverso.

Isis no logró dormir por un par de noches más. Su obsesión con aquella mirada era tal, que lo veía en todo sitio, saboreando con ansiedad sus senos turgentes y

degustando, con sus manos grandes, cada centímetro de su espalda baja, hasta delinear la perfecta curvatura que le esperaba desde siempre.

Isis no podía más. Se sentía genuinamente enferma de deseo. De un deseo tórrido que solamente podía explicarse bajo las sombras de algún encantamiento, aquella noche invernal. Sus fallidos intentos por dar con él, allá en el continente, no hicieron más que avivar la hoguera. Y pensando que se volvería loca de amor, Isis se entregó al torbellino de su piel virginal, a través de sus conocidas pasiones.

Por las mañanas galopaba y hacía saltar a su embravecido caballo hasta casi reventarlo, con el solo objeto de quedar ambos -corcel y amazona- bañados por una sudoración única que, como nunca antes, avivaba la furia de sus hormonas excitadas. Por las tardes, se entregaba a la embriaguez musical que solo Beethoven podía ofrecerle, cuando sus dedos se deslizaban por las teclas de aquel viejo piano, como la más veloz de las patinadoras. Y por la noche; por la noche, la hoguera estaba dispuesta, peldaños arriba, para hacer de su cuerpo un campo de batalla, ante el ataque lírico más sensual, que una virgen pudiera enfrentar.

Endorfina, serotonina, dopamina, oxitocina y más. Mi sensible naricita está a punto de desmayarse, con solo recordarle -estimado lector- la erupción hormonal que una mujer tan intensa, como mi hermosa paciente es capaz de irradiar al ambiente a sus dieciocho años. Si tan solo pudiera Usted percibir esa fragancia en forma de colores, daría cuenta de tonalidades alucinantes, que solo los sentidos alterados -como el de Isis- pueden producir. Un caleidoscopio que gira y gira sobre sí mismo hacia el infinito. Una fiesta del lívido, que el buen Dr. Freud, apenas intuyó, pero que nosotros los canes, podemos conocer a cabalidad, desde que existimos como especie.

Sigamos, que ya veo que nuestro querido Joshua, seguido de todo el personal de la clínica, corre a toda prisa, para tratar de detener el tiempo. La lenta caída de Isis por el risco desafía la percepción de realidad de ustedes, los homínidos, que no logran entender cómo, la magia de una mujer única como ella, crea una

singularidad física y espiritual, que aturde las entendederas cortas de su género. Disculpe Usted la franqueza, estimado lector.

En aquellas madrugadas de frenesí incontrolable, Isis recurría una y otra vez a los pasajes más encendidos de El Amante de Marguerite Duras, para frotar con ellos sus muslos de fuego, mientras leía obsesivamente cómo, aquella chica escolar -casi de su misma edad- recorría la piel de su amante mayor, entre las luces y sombras de un Saigón húmedo y lascivo: “Ella no lo mira a la cara. No lo mira. Lo toca. Toca la dulzura de su sexo, de la piel, acaricia el color dorado, la novedad desconocida. Él gime, llora. Está inmerso en un amor abominable”.

Más aún, no logrando contener una auténtica cascada -casi dolorosa- de orgasmos cada vez más intensos, Isis se desborda -a los pies de la muerte- mientras sigue las líneas exquisitas de Alberto Ruy en los Jardines Secretos de Mogador, cuando aquel jardinero magnífico decide sembrar un jardín de raíces inflamables y controlar con canales de humedad los cauces subterráneos de fuego, mientras dibuja estas letras para su amante:

“Pienso en este jardín cuando siento en la piel el calor veloz de tus venas, cuando te acercas lentamente los pocos centímetros que nos separaban, pero lo haces como si vinieras de muy lejos y muy decidida, cuando todo tu cuerpo me conduce hacia el calor más profundo que tienes y que, muy poco a poco, me devora entre las dos grandes flamas que son tus piernas, estas que, como incendio incontrolable, ayudadas por el viento, me apresan, me atan a ti”.

Una semana más tarde, cuando Isis -empapada en sudores de salto- caminaba al frente de su exhausto caballo, jalando la rienda con determinación, un hombre de mediana edad, alto y corpulento, de cabello ondulado entrecano, piel canela y color de ojos indescriptible, la esperaba en el portón de su caballeriza...

Porque va borrando el agua,
lo que va dictando el fuego.

Sus años en el conservatorio real, cerca de las fronteras del continente supusieron, no solamente la mayor exploración musical de su vida, sino la mayor experimentación sexual que pudiera haber imaginado. Su mente, embebida de las imágenes literarias y floridos grabados de la sección secreta de su biblioteca, no tuvo otra opción que llevarla por la vereda del deseo, más allá de las ensoñaciones que de niña tuvo, al descubrir aquel sancta-sanctorum amatorio de su stirpe.

Aunque Isis no reparó en ataduras moralistas respecto a su vida sexual expansiva y poliamorosa, en un momento de relativa preocupación hacia lo que pensara la abuela y los allegados calvinistas de la familia, pareció encontrar, en los espejismos retóricos del Marqués de Sade del siglo XVIII, una justificación convincente -al cobijo de su propia biblioteca- para vivir, a plenitud, las andanzas eróticas de la década de sus veintes.

Ante los ojos de Isis, aparecía la bifurcación de caminos entre dos jóvenes hermanas de un acomodado estrato social francés, caídas en desgracia por el destino: Julieta -la dama del vicio- y Justina -la dama de la virtud- en el libro, largamente censurado, de Justina o los Infortunios de la Virtud. “¿Y acaso no se añadirá que, si el hecho de ser bueno o malo es indiferente para el plan general, y si el infortunio persigue a la virtud y la prosperidad acompaña al vicio, puesto que ambas cosas son iguales ante los ojos de la naturaleza, vale infinitamente más estar del lado de los malos, que prosperan, que entre los virtuosos, que fracasan?”

¡Caramba! Imagine Usted lo necesitada que estaba nuestra Isis -huérfana y en edad peligrosa- de un buen consejo canino, que pusiera en orden su estructura ética. Pero, a decir verdad, estando Usted y yo tan solitos frente a este relato carnal, ¿por qué no permitirnos la indulgencia de dejar a un lado las discusiones filosóficas, para mejor deleitarnos, cual experimentados voyeristas que somos homínidos y perros -no lo niegue- en observar a Isis desde la rendija de una puerta?

Sea Usted como Masetto, el pícaro hortelano, en el monasterio de las monjas del Decamerón de Boccaccio y finja ser mudo, para que nada de lo que enseguida habré de describir, trascienda a éste, nuestro pacto de libidinosos confidentes.

El receso de verano estaba a solo unos días en el conservatorio. El estrés, la ansiedad, los nervios de los estudiantes frente a las audiciones finales confluían como una tormenta perfecta para que, ellas y ellos buscaran un escape -aunque fuere momentáneo- a la severidad académica del profesorado.

Qué mayor fuga, pensaba Isis, que la sensualidad de un grupo de cuerpos -jóvenes y atléticos- gozando colectivamente -a un tiempo- de los placeres del deseo carnal y de la majestuosidad de la música clásica. Y con la sutil perversión que caracterizó esa etapa de su vida, mi ama organizó meticulosamente, nada más y nada menos, que una orgía estudiantil en la sala de conciertos de su alma mater.

La planeación -claro está- no fue tarea sencilla. Gracias a la ligereza de cascos, forjada por las enseñanzas del Marqués, Isis no tuvo reparo en disponer de una porción del presupuesto para ciertos sobornos, necesarios para tan magno evento. Pero la locación -magníficamente decorada por maderas polinesias y vitrales florentinos- no era suficiente.



Isis buscaba que la ocasión fuera, al menos, comparable con lo mejor de sus textos secretos de adolescencia. Debía ser, un verdadero performance, altamente estético, que hiciera honor al espíritu musical -profundamente erótico- de los mejores compositores, tanto del clasicismo, como del romanticismo europeo.

Con esa altura de miras, Isis ideó un orden perfecto, en el cual, ella -como maestra de ceremonias y solista- estaría sentada al piano -al centro- en el sitio del director, desde donde llevaría la cadencia musical de aquella especie de filarmónica coital.

A su alrededor, se encargaría de hacer armar, de forma circular, un gran bastidor de dos metros de altura y del diámetro completo del cuerpo orquestal, templando sobre él, una larguísimo lienzo africano- en tonos marfil. Detrás del lienzo, en las secciones de primeros y segundos violines, violas y violonchelos distribuiría extensos tapetes persas, para facilitar las espontáneas posiciones sexuales de sus invitados.

El toque maestro -desde luego- consistía en la precisa instalación de un conjunto de lámparas que habrían de proyectar las sombras amorosas de la puesta en escena. Y sería ella, en su calidad de directora, quien disfrutaría al piano y en trescientos sesenta grados, de la ejecución magistral de su opera prima.

Su sueño: tocar, a través de la música y de las sombras, las experiencias del erotismo espiritual más elevado, según las enseñanzas tántricas, como el Vijnānabhairava; o las lecciones de unión divina del Kamasutra. No podía haber mejor forma de celebrar su cumpleaños número veintiuno.

Tras seducir, con tan inusual invitación, a una veintena de compañeros -estrictamente seleccionados bajo sus estrictos criterios estéticos- la esperada velada, llegó al fin. Diez deslumbrantes mujeres y diez apuestos hombres dejaban sus atavismos monogámicos y heterosexuales, al otro lado de la sala de conciertos, para abandonarse -entre luces y sombras- a un auténtico ballet de sensualidad, en el cual, no había otra regla, que degustarse colectivamente, sin dejar piel sin probar.

Luego de casi tres horas de concierto, mientras las sombras de ellas y de ellos giraban en todas las formas posibles del amor grupal, bajo la cadencia de las notas más poderosas, en la interpretación al piano de la Novena Sinfonía de Beethoven, una vibración singular, compuesta por decenas de orgasmos, produjo la sonoridad más sublime, que el oído humano hubiese podido percibir. Tras sus años de lecturas secretas, esa noche memorable, Isis conoció -de frente- la encarnación misma del erotismo. El amor, sin embargo, le tenía preparada otra lección.

Porque va borrando el agua,
lo que va dictando el fuego.

Hagamos un alto en el camino para contemplar, tan hermoso atardecer en la playa, señor mío. Deléitese con la sutil transición de tonalidades en el cielo, más allá del horizonte. La marea pareciera arrullar a un sol que ya no quema, sino que se entrega a los brazos del océano, para solo dejar un fugaz recuerdo, que permanezca flotando en el tiempo.

Así, tenue y sutil, fue la transición de mi adorada Isis, a lo largo de los siguientes años. Pasó de ser el sol impaciente que enciende el deseo por el deseo mismo, a la estrella que, sin prisas, se entrega a los brazos del oleaje, buscando las alas perdidas de su alma.

Como Usted y yo caminamos hoy por la playa para honrar una vida tan luminosa, hace dos mil quinientos años, caminaban mirando al Egeo, dos viejos amigos. Trataba de desentrañar -al igual que Usted y yo hoy- el sentido de la locura amorosa.

Sí, se trata de Fedro y Sócrates, quienes, retratados por la genialidad de Platón, penetraban, en el diálogo más agudo -y bello- lo que Eros y Afrodita obsequian día con día a quien se enamora, como habría de ocurrir con nuestra Isis, diez años después, de aquella singular celebración de su cumpleaños número veintiuno.

Con la vehemencia y profundidad más encumbradas de la historia, que solo el Mundo Helénico pudo alcanzar, Platón ofrece lo mejor de su banquete, a través de unas líneas magistrales, en torno a la locura amorosa, que aquejaría hasta la médula, a nuestra Isis, durante la década de sus treintas:

“Esa locura que se produce cuando alguien, contemplando la belleza de este mundo, y acordándose de la verdadera, adquiere alas, y de nuevo, con ellas anhela remontar el vuelo hacia lo alto. Y al no poder; mirando hacia arriba a la manera de un pájaro, desprecia las cosas de abajo, dando con ello lugar a que le tachen de loco”. Acompañeme, señor lector, el maltrecho corazón de mi Isis guarda todavía invaluable secretos para Usted y los de su especie.

Siguiendo las huellas difusas de su madre, Isis ascendió meteóricamente como pianista invitada a lo largo y ancho del planeta. Su inigualable virtuosismo, aunado a su impactante belleza y natural frescura, causaban estragos, tanto en los compañeros músicos de las mejores filarmónicas del mundo, como en el público que abarrotaba las taquillas para admirarla, una y otra vez.

A pesar de contar con admiradores de incontables nacionalidades y amantes ocasionales en las principales capitales donde se presentaba, Isis conservaba la actitud amable pero distante, que siempre la caracterizó. Superar el abandono por la pérdida de sus padres a una edad tan tierna, parecía haber mellado su capacidad de entrega. Y, a pesar de saberlo, luego de sus años en el diván, no le era una preocupación relevante. El amor, sin embargo, no suele respetar la civilizada costumbre de tocar la puerta, sino que -caprichoso- prefiere saltar por la ventana y caer en la cama.

Ocurrió durante una gira por el Lejano Oriente, a la cual, por agotamiento y cierto hastío mediático, Isis habría preferido evitar. Sin embargo, su agente, otro ucraniano -quién lo diría- haría temblar a los espartanos, con el celo que llevaba la atiborrada agenda de aquella joven concertista. Así, Isis aterrizaba en el aeropuerto de Kioto una tarde, a inicios del mes de abril.



Aunque agotada por el viaje y la diferencia de horario, no podía rehusar la bienvenida del director de la filarmónica, a la cual había sido invitada, para dar un recorrido por su repertorio favorito. Por la solemnidad de los correos intercambiados en preparación a la visita, Isis imaginó que Yasunari -su director anfitrión- sería un venerable anciano, a días de jubilarse de los atriles. Cuál sería su sorpresa que, al esperarla en el lobby de su hotel con un ramo de crisantemos, Isis cayera en cuenta que, su anfitrión, la superaría en solamente dos o tres años.

En franco contraste con sus misivas profesionales, Yasunari mostró desde el inicio, una cercanía que, a pesar de las diferencias culturales, hacía sentir a Isis, no solamente conmovida, sino inesperadamente atraída. La charla de sobremesa, sobre un magnífico tatami de Okinawa en una pequeña y hermosa casita de té, cerca de la Universidad de Kioto, comenzó a tomar un giro deliciosamente personal.

Entre miradas y sonrisas, Yasunari la llevó del brazo, por una senda imaginaria, cuando le compartía su perspectiva del refinamiento japonés milenario, representado en la contemplación de los cerezos o la ceremonia del té, hasta las muestras más profundas del alma doliente japonesa, en expresiones contemporáneas, como la danza butoh.

Sin poder controlarlo, Isis se fue perdiendo en el mágico túnel de su mirada cuando -tras pedir un trozo crudo de papel de bambú, pincel y tinta- escribió para ella -lentamente- el haiku que había esbozado luego de la experiencia más sublime de su vida, diez años atrás.

Se trataba de un exquisito poema que, en un puñado de ideogramas daba cuenta de la divina belleza de una pianista de ojos de cielo y piel de luna, que no dejó de tocar con la mayor de las pasiones, mientras él y una veintena de compañeros giraban y giraban, amándose alrededor de un lienzo africano, que proyectaba sus sombras hacia el universo.

Al escucharlo, Isis quedó totalmente atónita. Y en una mirada de solo unos segundos, transcurrió la eternidad y un ángel voló. Esa noche, Yasunari e Isis verían la luna llena desde una misma cama, que cobijaría sus sueños. Nadie mejor que Octavio Paz, en *La Llama Doble*, para dar cuenta de lo que aquellos amantes del Bosque de los Cerezos de Ohara habrían de vivir, por espacio de casi tres años:

“El abrazo carnal es el apogeo del cuerpo y la pérdida del cuerpo. También es la experiencia de la pérdida de la identidad: dispersión de las formas en mil sensaciones y visiones, caída en una sustancia oceánica, evaporación de la esencia. No hay forma ni presencia: hay la ola que nos mece, la cabalgata por las llanuras de la noche. Experiencia circular: se inicia por la abolición del cuerpo de la pareja, convertido en una sustancia infinita que palpita, se expande, se contrae y nos encierra en las aguas primordiales; un instante después, la sustancia se desvanece, el cuerpo vuelve a ser cuerpo y reaparece la presencia”.

La maravillosa historia de amor entre Isis y Yasunari se tejió entre poesía y música; entre partituras y papel de arroz; entre ceremonias de té y ritos de lluvia; entre soles y lunas; entre mares y montañas; entre distancia e intimidad; entre lágrimas y gemidos. En fin: entre luces y sombras; entre lienzos y lámparas. Su historia de amor superó, por mucho, a todas y cada una de las historias de su biblioteca secreta. Y lo hizo, porque fue una historia en su propia piel, en su vientre, en su alma.

Una tarde de primavera, cuando Isis -tras un largo viaje- lo esperaba sorpresivamente, justo a la entrada del Parque de los Filósofos de Kioto, para sentir en sus manos entrelazadas, la mágica levedad de las flores de cerezo flotando, Yasunari no llegó a la cita. No llegaría nunca más. La fuerza de su corazón no sería suficiente para mirar el cielo en sus ojos, una última vez. Y así, con una vida latiendo en sus entrañas, Isis conoció lo devastadora que puede ser la locura amorosa, más allá de las pastas de un hermoso ejemplar de biblioteca.

Porque va borrando el agua,
lo que va dictando el fuego.

Silencio por favor, señor lector. Guardemos juntos tres minutos de silencio por mi Isis, en su dolor.

Es justo en este instante cuando la lealtad y el amor de un perro se vuelve indispensable. Es en el sufrimiento que orada el alma, donde nosotros recomfortamos, echándonos a un lado para dejar acariciar nuestro pelaje, mientras relamemos las manos tristes de nuestro amo y nos unimos a él en una mirada de compasión y un ladrido solidario. No hay palabras, no hay juegos. Solo presencia que comunica. Devoción que acompaña. Recuerde un instante de profunda tristeza durante su infancia. Recuérdelo e indague en el fondo de su memoria. Puedo asegurarle que uno de mis congéneres estuvo ahí, a su lado, lamiendo las lágrimas de su regordete rostro infantil y tal vez, robando una sonrisa de sus labios tiernos.

Esa compañía incondicional, sin fronteras del alma, es la que nos hace ser lo que somos: uno de los más grandes obsequios que la naturaleza -acaso Dios- haya podido hacer a su especie. Gracias por su silencio. Avancemos, el fin de la playa parece cercano.

El insondable dolor de nuestra Isis desgarraba su alma a dos flancos. A la muerte de Yasunari le siguió la de su hija, a los cuatro meses de gestación. Y tras esa segunda y terrible pérdida, su cuerpo se congeló, mientras su alma terminaba de marchitarse. El invierno se hizo presente en ella, con toda la crudeza de que fuera capaz. Y todavía en estado de conmoción, Isis fue trasladada de nuevo a su Isla.

Solo la intimidad de su hogar podía abrigar su cuerpo y dar una esperanza para que su espíritu desolado -tal vez- reverdeciera. Como siempre, la abuela, aunque avejentada y algo enferma estaba ahí para abrir las compuertas de su amor y con ello, inundar el moribundo corazón de su nieta. Isis se abandonó a sus inolvidables brazos -cálidos y fornidos- pese a la edad avanzada.

Recostada por semanas en su habitación de niña, Isis se dejó consentir en silencio. La sopa de arándanos y las galletas de almendra de la abuela fueron algunos de los sabores que conectaron sus sentidos a la raíz más honda de sus

recuerdos. A la melancolía por la temprana partida de sus padres, se conjuntó, la punzante pérdida del único hombre a quien amó y la de la pequeña cuya sonrisa, tanto soñó.

Una noche estrellada tuvo las fuerzas para subir lentamente, por aquella escalera de caracol de su muy querida biblioteca familiar. Iluminada por una vieja linterna, abrió la pequeña puerta de abedul y halló su refugio -empolvado como lo encontrara décadas atrás- esperándola, como si el tiempo se hubiese quedado dormido ahí dentro. Y abrazando una hermosa versión árabe de Las Mil y Una Noches se permitió -al fin- llorar, hasta que aquel refugio suyo se desbordara con sus lágrimas. Entre los espasmos más amargos de tristeza sintió el abrazo -enorme y amoroso- de sus padres. Allá afuera, parecía clarear.

Una nueva primavera estaba por comenzar y mientras Isis caminaba bordeando los altos acantilados de la Isla, sintió la necesidad de honrar a su pequeña hija y a su amado Yasunari, de la única forma que ella -y él mismo- conocían: a través de la música. Y con una nueva luz encendiéndose en su mirada, Isis preparó un hermosísimo concierto, que tendría lugar en Sanzen-in, un esplendoroso templo budista en el Bosque de Ohara, al norte de Kioto. Tenía apenas el tiempo suficiente para convocar a sus amigos de la filarmónica de la Prefectura e improvisar el homenaje, entre cedros, cerezos y arces japoneses.

Antes de viajar por última vez en su vida a la nación de Yasunari, Isis preparó un pequeño ritual de agradecimiento, a todo aquello que su biblioteca simbolizaba. El aroma del incienso y las sublimes notas de Para Elisa -que solo Isis sabía interpretar de verdad- acompañaron el instante en que la triste heredera abrazaba a su entrañable grey. A sus queridos antepasados, quienes, sin siquiera imaginarlo, habían hecho de la sección secreta del amor y el erotismo de su biblioteca, el núcleo de su espíritu libre y musical.

Al estar por cerrar la puertecilla de abedul, un par de volúmenes cayeron de sus repisas. Se trataba de Veintiún Sonetos de Amor de Juana Inés de la Cruz y de En

una Noche Oscura de San Juan de la Cruz. Sin saber por qué, Isis decidió llevarlos consigo de viaje.

En plena temporada de hanami -el ritual de contemplación de los cerezos en flor-, el pueblo del Japón recordó a uno de sus directores de orquesta más jóvenes, virtuosos y queridos de su historia. En un evento extraordinario, al cual se dieron cita directores de orquesta de muy diversas latitudes, dignatarios y algunos miembros de la Casa Real Nipona, la Filarmónica de Kioto fue huésped de una de las más grandes pianistas contemporáneas.

Con ciertas adaptaciones para piano, Isis decidió centrar la propuesta en dos obras que daban cuenta, por una parte, de la desolación de su doble pérdida, pero también de la esperanza luminosa, la salvación sin fin, que representa la música en sí misma. Y con ese sentido de curaduría y amor profundo, mi querida paciente seleccionó para sus compañeros de orquesta, dos maravillosas obras: la Sinfonía No. 3 de Henryk Górecki y la Primavera de Antonio Vivaldi. Esa monumental tarde de abril, el templo de Sanzen-in quedó suspendido en las colinas de Ohara. Eran un millón de millones de flores de cerezo, las que lo detenían, entre el dócil soplo del viento.

Porque va borrando el agua,
lo que va dictando el fuego.

Tras el concierto, Isis no estaba todavía lista para volver a los demandantes circuitos musicales, pero tampoco para volver a casa. Y con un par de botas, una mochila al hombro, y teniendo como únicos acompañantes a Sor Juana Inés y a San Juan de la Cruz, aquella mujer extraordinaria de treinta y cinco años hizo de su vida un océano y de su alma, una vela. Y sin instrumentos, ni cartas de navegación, mi paciente se aventuró a la odisea interior, que el destino tenía preparado para ella.

Salvo su abuela, a quien de vez en vez le escribía largas cartas sobre sus asombros, el mundo de la música no volvió a saber de Isis. Y tal y como su madre Elisa, quien

también a los treinta y cinco años se despidiera de la vida, extendiendo los brazos sobre su piano -mientras interpretaba una fantasía de Chopin-, Isis dejó morir su carrera como concertista, para encontrar en el misticismo, la sonoridad más excelsa, de la que se pueda dar cuenta.

A pesar de que su vida por las salas de concierto fue breve y luminosa, como un cometa que sobrecoge a todos con su presencia, para luego seguir su camino al infinito, Isis de alguna forma, habría de convertirse, en una auténtica leyenda de la música clásica. Su genuino don para la música, su impresionante belleza, su mágica historia de amor, su indecible dolor, se habrían de convertir en fuente de inspiración para generaciones de intérpretes, pero también, para nuevos compositores.

Aquella odisea del alma duraría el mismo tiempo que toda su vida pasada. Así, por treinta y cinco largos años, Isis recorrería -con tesón y humildad- los confines de su espiritualidad. Circunnavegar el sentido de la existencia es sin duda, la tarea más agotadora que un ser humano pueda experimentar. Y con el mismo rigor y constancia que ocupó para dominar las partituras de obras maestras y para saltar obstáculos, al lomo de un corcel azabache, Isis disciplinó hasta el extremo su cuerpo y su mente hasta encontrar, a través de la meditación contemplativa, las cumbres que solo los místicos conquistan.

Con las hojas de aquel par de libros que cayeran de su estantería, tantos años atrás construyó una espiral al cielo. Y en uno de los peldaños de aquella escalera, desde donde contemplaba el firmamento, ya muy cerca de la luna, declamó de memoria el fragmento de Juana Inés, a través del cual, el amor y el erotismo se funden para siempre, en la más bella de las visiones. Y sintiendo en cada lágrima, la ausencia de su único amor, nuestra Isis deja estas palabras resonando en el universo, para quien tenga la sabiduría de escucharlas:

“Ya que, para despedirme, dulce idolatrado dueño, ni me da licencia el llanto ni me da lugar el tiempo, háblente los tristes rasgos, entre lastimosos ecos, de mi

triste pluma, nunca con más justa causa negros. Y aún ésta te hablará torpe con las lágrimas que vierto, porque va borrando el agua lo que va dictando el fuego. Hablar me impiden mis ojos, y es que se anticipan ellos viendo lo que he de decirte, a decírtelo primero. Oye la elocuencia muda que hay en mi dolor, sirviendo los suspiros, de palabras, las lágrimas, de conceptos”.

A los setenta años, cuando ya todas las hojas de aquellos libros están dispuestas en su escalera de espiral -justo como la de la vieja biblioteca-; cuando ya no puede subir más, pues se encuentra sobre el último escalón que ha sido capaz de construir, desde lo más hondo de su contemplación, Isis, siguiendo a su guía, San Juan de la Cruz, deja un mensaje, para todo aquel que quiera hoy, comprender su significado en este relato, que aquí finalizo:

“Vivo sin vivir en mí y de tal manera espero, que muero porque no muero. En mí yo no vivo ya, y sin Dios vivir no puedo; pues sin él y sin mí quedo, este vivir ¿qué será? Mil muertes se me hará, pues mi misma vida espero, muriendo porque no muero. Esta vida que yo vivo es privación de vivir; y así, es continuo morir hasta que viva contigo. Oye, mi Dios, lo que digo: que esta vida no la quiero, que muero porque no muero”.

Uno días antes que Isis ingresara a nuestra clínica, profundamente desconcertada, el Dr. Quevedo tuvo una larga charla con el ginecólogo que la interviniera de cáncer intrauterino, poco tiempo atrás. En ella, el ginecólogo manifestó su extrañeza en que, una mujer con semejante historia de vida y de tan avanzada edad, se hubiera mantenido virgen por toda su existencia.



CAPÍTULO VII	
F1195	
EXP.	EL-007

so-HAM. MIS OJOS EN TUS OJOS
HORIZONTE DE SUCESOS
TUS OJOS EN MIS OJOS. SO-HAM

Abrazado allá en lo alto a la cofa de su viejo mástil, Elías -nuestro vigía- observa el horizonte. Pero a diferencia de todos los exploradores hechos a la mar, Elías navega el océano cósmico. Sus aguas, agitadas por ondas gravitatorias vibran hacia la eternidad, bañando el horizonte de sucesos, con un hermoso plasma de luz, dibujando así la silueta de Sagitario A*. El colosal hoyo negro que nos lleva -querido lector- a gravitar dentro de este vecindario estelar nuestro: La Vía Láctea.

Al igual que un halo de luz que gira en órbitas cada vez más cerradas, la mirada de Elías se curva para dibujar en su portentosa mente, la ecuación más hermosa y simple del universo: $12J = \text{obs}$. Por fin, luego de veintitrés años de intuir ese momento, Elías consigue abrir el cerrojo maestro y, desde su silencio creativo más íntimo observa el infinito, frente a frente.

Sonríe e imagina una lágrima asomando al vacío del espacio. Sonríe, como cuando era pequeño, pues lo ha logrado. La musicalidad de cada uno de sus incontables términos matemáticos ha hecho que $12J = \text{obs}$ brote, como si fuese la primera semilla de la vida. Una simiente diminuta -casi divina- que solo Usted podrá comprender a cabalidad, señor lector. Y en esa lágrima que asoma al firmamento, se esconde la maravillosa historia de un ciego, quien no hace más, que “mirar” asombrado aquel milagro.

Elías -el astrofísico invidente- nos regala su $12J = \text{obs}$ envuelta en una mágica cajita de conciencia plena. Al hacerlo, toma del brazo a un viejo maestro, capaz solo de mirar hacia su interior. Se trata de Borges, quien a través de otra ecuación -la de la poesía- esboza un hermosísimo Elogio de la Sombra. De esa sombra preciosísima que ambos comparten:

“Esta penumbra es lenta y no duele; fluye por un manso declive y se parece a la eternidad. Mis amigos no tienen cara, las mujeres son lo que fueron hace ya tantos años, las esquinas pueden ser otras, no hay letras en las páginas de los libros. Todo esto debería aterrorizarme, pero es una dulzura, un regreso. De las generaciones de los textos que hay en la tierra sólo habré leído unos pocos, los

que sigo leyendo en la memoria, leyendo y transformando. Del Sur, del Este, del Oeste, del Norte, convergen los caminos que me han traído a mi secreto centro. Esos caminos fueron ecos y pasos, mujeres, hombres, agonías, resurrecciones, días y noches, entresueños y sueños, cada ínfimo instante del ayer y de los ayeres del mundo, la firme espada del danés y la luna del persa, los actos de los muertos, el compartido amor, las palabras, Emerson y la nieve y tantas cosas. Ahora puedo olvidarlas. Llego a mi centro, a mi álgebra y mi clave, a mi espejo. Pronto sabré quién soy”.

Como todas las noches desde que su padre emprendiera el peligroso camino hacia el norte, Elías saltaba por una ventana desvencijada de su choza. Su madre dormía a pierna suelta, cansada de hacer, para la venta, cientos de tortillas de maíz azulado en su gran comal de leña. El sendero hacia el pozo subía hasta unos metros antes del acceso restringido del sitio favorito de ese inquieto chico de siete años: la zona de construcción de un grandísimo plato que miraba al cielo.

A pesar de que Elías no asistía a la escuela, a fin de ayudar a su mamá recolectando mazorcas, desgranando y moliendo maíz había aprendido a leer, entre mandado y mandado al mercado del pueblo, allá valle abajo. Recordando las formas de las letras, leyó hábilmente un letrero grande en lo alto de la reja: “AQUÍ SE CONSTRUYE EL LMT - GRAN TELESCOPIO MILIMÉTRICO. NO ENTRAR”. Con la luna creciente iluminando tenuemente aquél enorme plato, Elías imaginaba que podría girar y girar, para salir proyectado hacia el espacio, dando así con el paradero de su padre.

Como don Nato, el cura de la Capilla del Volcán de la Sierra Negra pregonaba, todo parecía sugerir que, el buen Elías -como el profeta del Libro de los Reyes- había sido arrebatado a los cielos por un carro de fuego. El chico no podía quitarse de la cabeza aquel versículo de las Sagradas Escrituras: “Mientras iban caminando y hablando, un carro de fuego con caballos de fuego se interpuso entre los dos, y Elías fue arrebatado en un torbellino hacia el cielo”.

Con el paso del tiempo, Elías se enteraría que la alegoría citada de buena fe por el cura, solo trataba de diluir el dolor provocado al pequeño y a Xochitl -su madre- por el funesto accidente. Decenas de migrantes indocumentados, camino a la frontera habrían de perder la vida, mientras el tráiler que los transportaba se volcaba de madrugada, por el profundo despeñadero del Espinazo del Diablo, para explotar en mil pedazos, en lo más inaccesible de una barranca, llena de serpientes y escorpiones.

En lo que imaginaba la manera de viajar, más allá de las nubes, con ayuda de ese extraño y enorme plato, Elías se sumergía en su pasatiempo nocturno preferido: adelantarse, con dibujos en la arena, a la traslación de las estrellas proyectadas en la superficie del agua de aquel pozo -amplio y profundo-. Como los maestros pozeros bizantinos de Orhan Pamuk, el chico iniciaba su ritual, tirando un papel encendido que, flotando, se apagaba poco a poco, a medida que el oxígeno se extinguía. Medido el nivel del pozo, el niño se encaramaba y observaba las estrellas, haciéndose uno con el éter.

Sin otras herramientas, que una piedra puntiaguda y un tiradero de arena para construcción, Elías infería -sin conocimiento físico alguno- los movimientos que esos cuerpos celestes habrían de dar. En silencio, una sonrisa se dibujaba en sus labios, cada vez que atinaba el resultado.

Esa noche, cuando entusiasmado, dibujaba sus predicciones para la observación de la siguiente jornada, el pequeño escuchó unos pasos firmes que se acercaban. Asustando, pensó escapar, pero percibió una voz amable con un curioso acento extranjero que, sin saber la razón, le hizo confiar.

Mientras hacía círculos con una potente linterna, la voz se acercó hasta que Elías lograra ver el rostro barbado y bonachón, de un señor de la edad de su padre. En un diálogo de pocas palabras y muchas bocanadas de aire helado, comprendió que aquel extranjero semicalvo trabajaba en la construcción del enorme plato.

Cuando -con un español entrecortado- preguntó sobre su juego, Elías le explicó exaltado, primero desde lo alto del pozo, y luego, desde su patio de arena, en qué



consistían sus adivinanzas estelares. De inmediato, notó que su interlocutor se asombraba con sus cálculos naturales y se sonrojó, por tal vez, parecer un chico tonto. Nada más lejano a ello sucedía en la maravillada cabeza de Shep, el astrónomo supervisor del LMT. Tras un rato de predicciones astronómicas con su nuevo amigo, Elías recibía feliz, la invitación de visitar el observatorio al día siguiente.

Con el desvelo, el pequeño no escuchó el canto del gallo, que anunciaba la hora para despertar y correr a la milpa familiar, para limpiar los surcos de hierba mala y permitir así, que sus mazorcas crecieran fuertes. A pesar de la impuntualidad en la faena asignada, su madre, lo esperaba para desayunar un plato de frijol negro con chile de árbol y unas gorditas de maíz rosado con requesón. Un par de tazones de barro con chocolate caliente aromatizaba la choza, esa fría mañana.

Xochitl era una joven mujer nahua, de un alma tan profunda como el cielo nocturno de Elías. Sus manos eran tan amorosas, que, a pesar de sus innumerables quemaduras, guardaban siempre un refugio para su pequeño. Y mientras lo acariciaba con ternura, tratando de aliviar su dolor por la pérdida del padre, declamaba en un náhuatl -suave y melodioso- la poesía Xonahuiyacan -Alegraos en castellano- :

“Alegraos con las flores que embriagan, las que están en nuestras manos. Que sean puestos ya los collares de flores. Nuestras flores del tiempo de lluvia, fragantes flores, abren ya sus corolas. Por allí anda el ave, parlotea y canta, viene a conocer la casa del dios”.

Ese día, tras finalizar sus deberes en la milpa, desgranar mazorcas y alimentar a los animales del corral, Elías, acompañado de Shep, habría de tener uno de sus primeros asombros de cara al sol. Ante él se movían los engranajes de un aparato extraordinario que cambiaría su vida, como el asombroso astrofísico, en quien -al paso de pocos años- habría de convertirse.

Aquel gran plato de su infancia -el LMT- estaba destinado a convertirse en uno de los instrumentos astronómicos que, pocos años más tarde conformaría -con otros más a lo largo y ancho del orbe- el Telescopio del Horizonte de Sucesos (THS).

Se trataba de un sistema de observación astronómica altamente sofisticado y globalmente articulado, que por primera vez observaría de manera directa la región alrededor de un agujero negro. Ahí, rasgando la atmósfera a 4,500 metros en la Sierra Negra, aquel chico de siete años sabía que su pasión por el cosmos no tendría vuelta atrás. Y así, su espíritu de búsqueda giró y giró hasta ser proyectado por ese plato hasta los confines del universo.

So-Ham. Mis ojos en tus ojos.
Horizonte de Sucesos.
Tus ojos en mis ojos. So-Ham

Va y viene el buen Joshua, impregnando de un colorido nitrato nuestras columnas. Va y viene el atareado escribano, hilvanando su poesía entre nuestro relato. Van y vienen mis colegas, dibujando con sus patas un círculo infinito. Disculpe querido lector mi dispersión, pero estos días parecieren tener un ajeteo distinto en nuestra clínica.

Como en la mente de mi paciente ciego, el tiempo parece curvarse. Siento que todo se precipita velozmente hacia algún tipo de fin, que me lleva a meter el rabo entre mis patas, por el miedo a lo desconocido. Pero sigamos tratando de descubrir lo que esa lágrima al vacío -imaginada por mi Elías- ha querido comunicarnos.

Un año más tarde, bajo el patrocinio y mentoría colectiva de Shep y un grupo de generosos astrofísicos de las universidades de Princeton, Cambridge y Harvard, el pequeño Elías entraría -casi a la velocidad de la luz- a una dimensión apasionante de conocimiento, en su ansia por escudriñar la verdad del universo.

Si bien -tal vez como todo astrofísico- Elías era un chico algo ensimismado, no podía contener su emoción, al revivir al máximo las aventuras de la Fundación de Asimov o vibrar, con los hermosos discernimientos del Cosmos de Sagan: “perdido en algún lugar, entre la inmensidad y la eternidad está nuestro pequeño hogar planetario”.

Con doce años, tras haber completado los estudios preuniversitarios en una institución para chicos de altas capacidades intelectuales, en el norte de California, Elías fue admitido -con el regocijo de su comuna de padres científicos- a un programa de pregrado en Astrofísica especialmente diseñado para él, entre las tres universidades. Observarlo descubrir -prácticamente por sí mismo- las grandes leyes que gobiernan el todo era un gozo indescriptible para sus tutores.

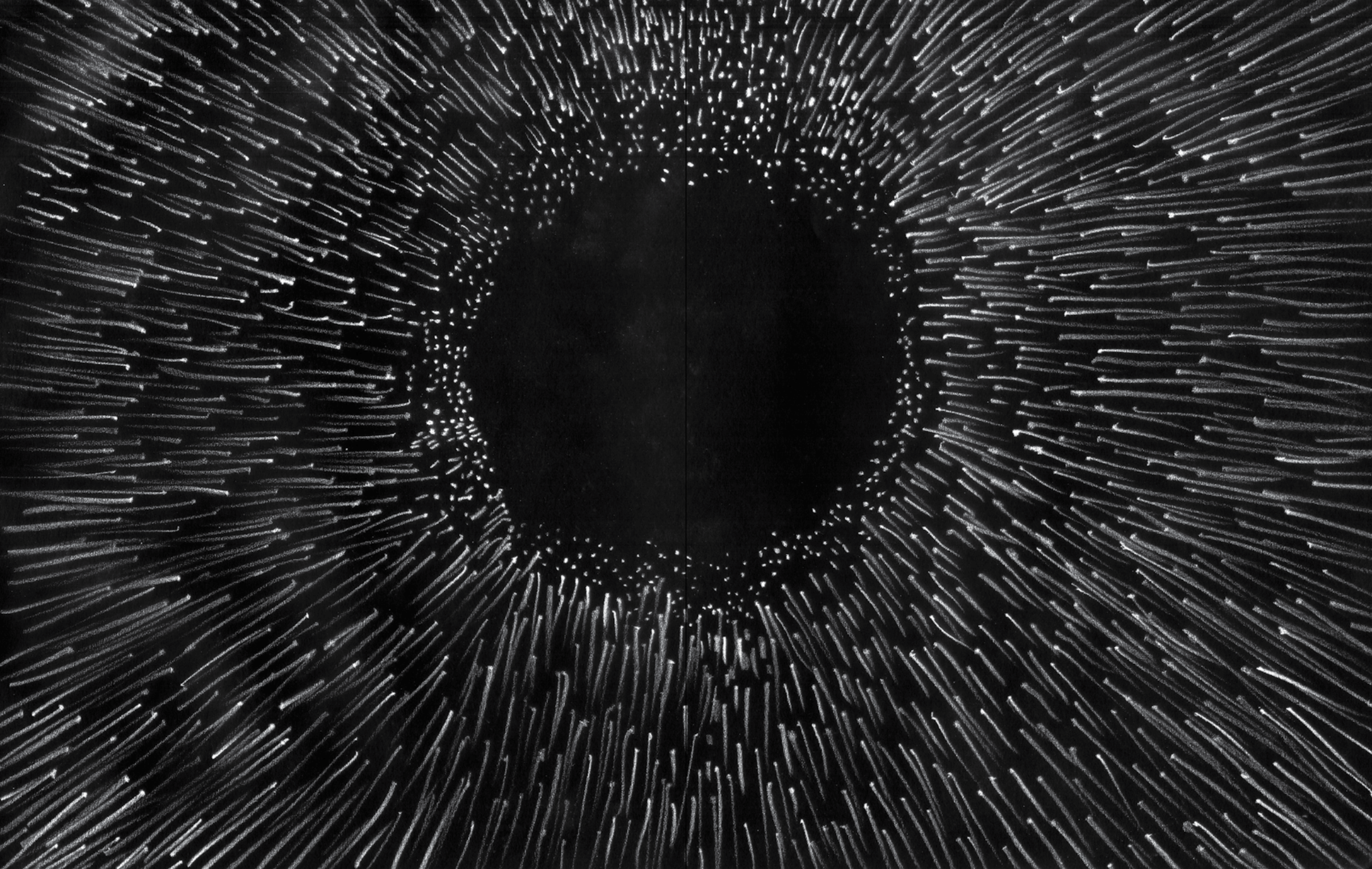
La increíble naturalidad matemática con la que Elías infería, construía y deconstruía hipótesis era una experiencia deliciosa, para quienes dedicaban su vida a jugar a las escondidillas con el infinito. La suya, era una mente absolutamente libre de barreras y preconcepciones, lo cual, cuestionaba a sus tutores, las entrañas mismas de sus estudios de vida.

Observarlo modelar sus propias ideas en la pizarra era una experiencia genuinamente musical. Cada término matemático era como una nota musical -cadente y hermosa- en la gran partitura universal. Elías era una especie de Mozart de la Astrofísica. Sus adagios, sus fantasías, sus sonatas y sinfonías eran todos, un deleite para mentes brillantes, pero autolimitadas en una cárcel de conceptos. Lo que seguramente sus tutores no sabían era que, en cada término, Elías buscaba seguir aquellos corceles de fuego que le arrebataran a su padre, cuando solo tenía seis años.

Tras doctorarse en Astrofísica por la Universidad de Cambridge, poco antes de cumplir dieciocho años, Elías fue invitado a uno de los retiros organizados por Stephen Hawking en un hermoso sitio, a las orillas del Río Wye, muy cerca de la frontera con Gales.

En aquella sesión -inusualmente cálida- de abril, en la que Andy Strominger se paseaba por la terraza, explicando con humildad, sus geniales ideas sobre la estructura de los bordes del infinito, a un puñado de mentes en ebullición, una serie de fotones increíblemente luminosos se encendieron en los cerebros de los presentes.

Fue en ese momento de singulares asombros de la audiencia cuando, el anfitrión, el propio Andy y Malcolm Perry pondrían los cimientos a su teoría, para explicar



el mecanismo a través del cual, podría almacenarse información en la frontera misma de nuestro universo conocido. Es decir, en el límite del horizonte de sucesos de los hoyos negros.

En ese instante de asombro y unión, donde tal vez un ángel volaba alegremente, entre las frondas de los árboles cercanos, aquel grupo de padres adoptivos caía en cuenta que, de tener éxito, las ideas de Andy podrían significar la artillería pesada que todos buscaban para romper la paradoja de la pérdida de información vaticinada por el Profesor Hawking desde 1975.

Esa rareza apuntaba, en esencia, que los agujeros negros aniquilan la información que llega hasta su horizonte. Por tanto, implica una ruptura de las leyes de la física, que tanto conmociona a todo científico del espacio. Es justamente con las leyes físicas que se logran hacer regresiones sobre cómo el universo pudo haber sido hace mucho tiempo. Así, de no haber leyes físicas también aplicables a los hoyos negros -los motores titánicos del universo- todo parecería ser un caos, esencialmente incomprensible y sin sentido.

Entender la física de los hoyos negros, no solamente sus propiedades físicas externas, sino la información que de ellos emana de regreso, es entender la física del espacio tiempo. Es pues, el santo grial de la mente humana. Esa memorable mañana de abril cerca de Gales, Elías miró al cielo y por una fracción de segundo, le pareció ver el carruaje en llamas que siempre había buscado.

So-Ham. Mis ojos en tus ojos.
Horizonte de Sucesos.
Tus ojos en mis ojos. So-Ham

Va y viene el buen Joshua, impregnando de un colorido nitrato nuestras columnas. Va y viene el atareado escribano, hilvanando su poesía entre nuestro relato. Van y vienen mis colegas, dibujando con sus patas un círculo infinito.

Disculpe querido lector, mi dispersión; pero este ajeteo no termina, y, como nos ocurre a los perros al sentir las ondas de los terremotos, a medida que se acercan, percibo que algo, aún más estrepitoso está por suceder esta noche. Apuremos. Concentrémonos en las maravillas que, solo alguien como mi paciente tiene todavía por compartirnos, desde la inmensidad de su inigualable mente.

Volvamos al reflejo de aquella lágrima, pues solo ella contiene la historia de un ser humano tan excepcional como mi Elías. Y en lo que continuamos este relato, obsérvelo Usted, sintiendo la brisa del océano, desde su balcón, en silencio. No necesita ver sus olas rompiendo en los riscos, pues ya todo lo que podría ver está contenido en su obscuridad de ciego, que, por paradójico que le resulte a Usted, es la luminosidad más intensa que la naturaleza haya atestiguado.

Luego de esa mañana de eureka a la ribera del Wye, Elías, como nunca antes, supo que dedicaría su vida entera a seguir, lo que tantos gigantes de la Física -Demócrito, Galileo, Newton, Einstein, Hawking y muchos más- buscaban: la verdad última del cosmos.

Para ello, tenía que entregarse de manera incondicional a investigar, tanto a nivel teórico, como mediante la observación astronómica y la modelación informática, todo lo que pudiera conocerse sobre el almacenamiento de información, que, con el sutil nombre de cabello suave, constituía la energía ubicada, justo al borde del horizonte de sucesos; ahí, donde todo queda inmerso en su obscuridad aplastante y sepulcral.

Como ya sus tutores lo intuían, las partículas que salen de los agujeros negros, a través de la Radiación de Hawking no debían ser aleatorias y sin relación, con lo que hubiere caído en ellos. Elías lo sabía también. La verdad última sobre el universo tenía que estar codificada, de alguna manera comprensible para el intelecto humano, justo en las hermosas ondulaciones de esos cabellos suaves.

En palabras de su maestro -Stephen Hawking- “si descubrimos una teoría completa, sus principios generales deben ser comprensibles, con el tiempo, para

todo mundo, no solo para unos cuantos científicos. Entonces todos, filósofos, científicos y gente común podremos participar en el análisis de por qué existimos nosotros y el Universo. Si hallamos la respuesta, sería el máximo triunfo de la razón humana, y conoceríamos la mente de Dios”.

Con la esperanza puesta en él, por su clan de encanecidos astrofísicos, Elías tuvo la carta abierta para explorar, de la mano de magníficos investigadores en los campos de la Física, de la Astronomía de la Informática Astronómica y hasta de la Filosofía de la Ciencia, todas las perspectivas sobre el conocimiento de su objeto de estudio.

Elías se enroló de lleno en la Iniciativa Hoyo Negro. Un ambicioso proyecto interdisciplinario que, luego de veinte años, de haber sido propuesto a la comunidad científica, habría de lograr -con la colaboración del LMT, ubicado en su amada Sierra Negra- la primera imagen directa de Sagitario A* y de M87. El primero, ubicado a más de 25 mil años luz de nuestro sistema solar. El segundo, a casi 55 millones de años luz de nuestra galaxia.

Aquella primera fotografía histórica habría de dejarlo perplejo por días enteros. No dejaba de resultar inverosímil que tuviera ante sí -gráficamente- la razón misma que lo hacía soñar y respirar; reír y palidecer. Ahí estaban, como jugando con él, los divinos cabellos suaves, que lo invitaban, sonriendo, a descubrir entre sus rizos de miel, el más grande de los secretos.

Sumado a la exquisita experiencia auditiva de la fusión de dos agujeros negros, captada magistralmente por un grupo de científicos en el Observatorio LIGO de Ondas Gravitacionales, la imagen de Sagitario A* -justo al corazón de nuestra galaxia- se convirtió en el todo para mi paciente. Casi sin conciliar el sueño, ni comer, acumulaba cientos de libretas con miles y miles de términos matemáticos, que parecían aproximarlos a descubrir el secreto de aquellos hermosos rizos de miel.

A unos días de cumplir veintitrés años, frustrado por lo que -él creía- era un estancamiento en su trabajo, Elías presenció una conferencia de Ilya Prigogine, sobre el nacimiento del tiempo, que lo dejaría buceando entre sus meditaciones:

“El nacimiento de nuestro tiempo no es, pues, el nacimiento del tiempo. Ya en el vacío fluctuante preexistía el tiempo en estado potencial. Tal vez seamos aquí tributarios de nuestro lenguaje. El tiempo no es la eternidad, ni el eterno retorno. Y no es solamente irreversibilidad y evolución. Quizá necesitemos hoy una nueva noción del tiempo, capaz de trascender las categorías del devenir y de la eternidad”.

En sus siempre solitarias tribulaciones, Elías recordó también, las enseñanzas luminosas de su maestro antes de liberarse por siempre de su silla de ruedas, para vivir en la mente de todos quienes lo admiraron y quisieron, como un singular cometa en el firmamento. Decía el Profesor Hawking: “Probablemente el tiempo imaginario es en realidad el tiempo real, y aquello a lo que llamamos tiempo real solo es un invento de nuestra imaginación. En el tiempo real, el Universo tiene un principio y un fin. Pero en el tiempo imaginario no hay singularidades ni límites. Así que quizás lo que llamamos tiempo imaginario en realidad es más básico, y aquello que llamamos tiempo real, solo es una idea que inventamos para ayudarnos a describir cómo pensamos que es el Universo”.

Los meses pasaron y Elías, cada vez más ensimismado y débil, mientras buscaba refugio a la sombra de un bellissimo roble persa en los Jardines Botánicos de Kew releyó a quien, tan íntima compañía le había hecho, durante esos últimos años: Jorge Luis Borges. En una especie de rendición liberadora, Elías leyó una vez más del Aleph:

“... vi la circulación de mi oscura sangre, vi el engranaje del amor y la modificación de la muerte, vi el Aleph, desde todos los puntos, vi en el Aleph la tierra, y en la tierra otra vez el Aleph, y en el Aleph la tierra, vi mi cara y mis vísceras, vi tu cara, y sentí vértigo y lloré, porque mis ojos habían visto ese objeto secreto y conjetural, cuyo nombre usurpan los hombres, pero que ningún hombre ha mirado: el inconcebible universo”.

Al llegar a casa esa noche, Elías se sentía increíblemente ligero. Era como si el Aleph del viejo Borges hubiese entrado en él, para regalarle los minutos de ingravidez que necesitaba, para culminar su tarea. Y mientras él y sus cuadernos de términos matemáticos flotaban libres a lo largo y ancho de su diminuto estudio, nuestro Elías escribió en su pizarra $12J = \text{obs.}$ Sonriendo -como de pequeño al rastrear el cosmos- tocó, por primera vez, aquellos hermosos rizos de miel y subió a un carruaje de fuego.

So-Ham. Mis ojos en tus ojos.
Horizonte de Sucesos.
Tus ojos en mis ojos. So-Ham

Cuando, después de casi dos días sin responder a su llamado, un grupo de compañeros de Cambridge, forzó la puerta de su apartamento, encontraron a Elías desmayado sobre sus cuadernos, impregnado por un río de sangre. Sobre su escritorio, parecían palpar todavía sus dos glóbulos oculares. Al lado de ellos, se encontraba, abierto, un libro extraordinario de Orhan Pamuk: *Me llamo Rojo*. Y de la arrugada página, todavía lograba leerse:

“Sin apartar mis pupilas del espejo, con la habilidad de una mujer acostumbrada a aplicarse afeites en los ojos, mi mano encontró por sí sola el alfiler. Sin dudar, de la misma forma que se perfora por un extremo el huevo de avestruz que se va a decorar, me lo clavé con decisión, calma y fuerza en mi pupila derecha. Me sentí mal, no por lo que había hecho, sino porque lo había visto. Me clavé como un cuarto de dedo, el alfiler en el ojo y lo saqué. En el pareado grabado en el marco del espejo, el poeta deseaba infinita belleza e infinita sabiduría, a quien se mirara en él y una vida infinita para el propio espejo. Sonriendo, hice lo mismo con mi otro ojo. Durante un rato estuve sin moverme. Contemplé el universo. Todo”.

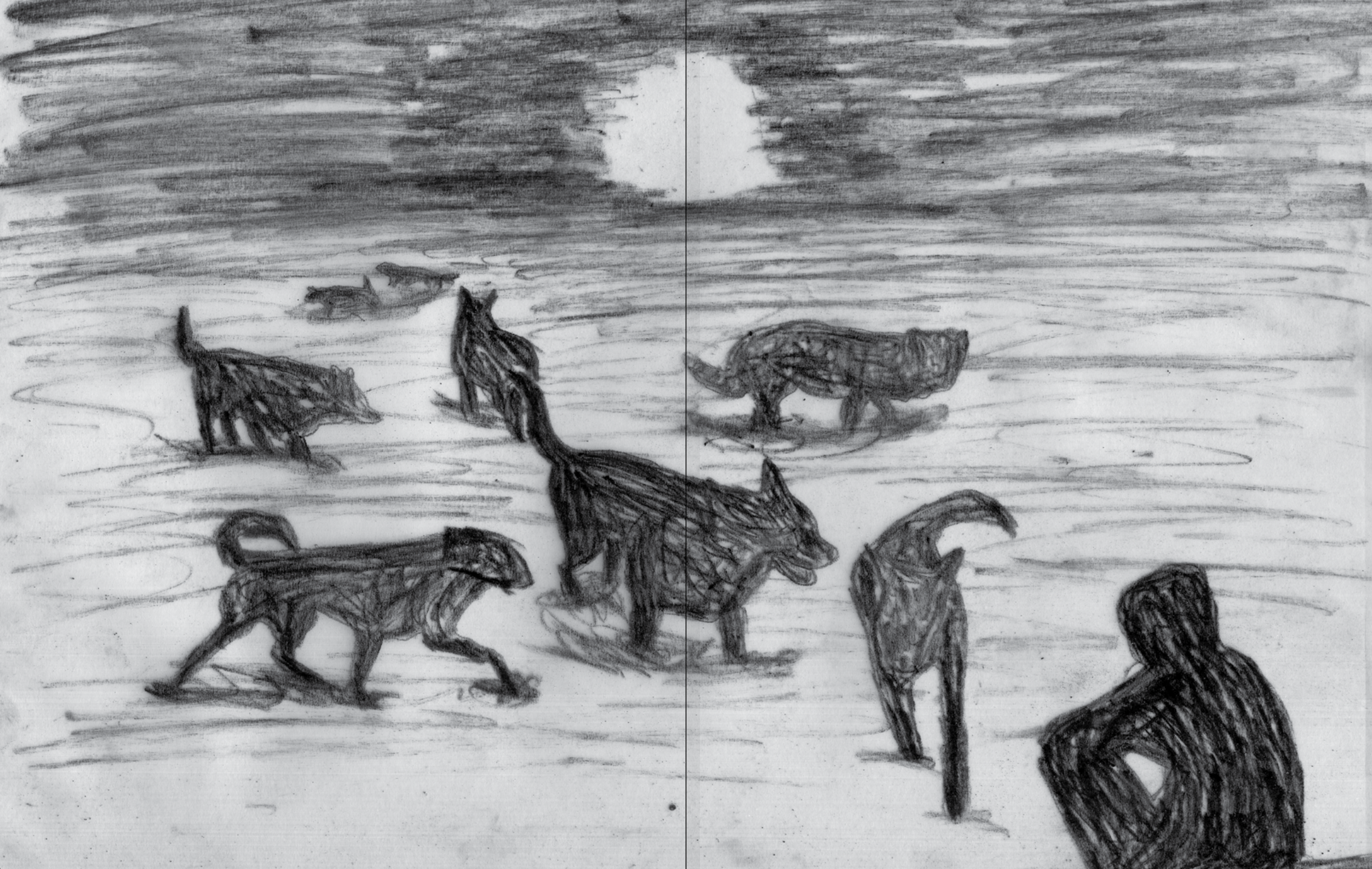




***Grand Finale* de la CLÍNICA DEL RISCAL**

Luego de tremenda explosión, esta madrugada llegó a su fin, el prestigioso instituto de salud mental LA CLÍNICA DEL RISCAL, ubicado al sur de la isla. El estallido tuvo verificativo durante un brindis al aire libre, entre pacientes psiquiátricos, familiares y personal médico. Ello, con ocasión de la lectura de un manuscrito de carácter novelístico, a cargo del paciente alojado en la villa número 8. Si bien la policía no tiene, al momento, líneas de investigación abiertas, se sospecha, por

una parte, del propio novelista, al no darse todavía con su paradero; y por la otra, de un tal Joshua, mozo del lugar, quien, según el testimonio de algunos paseantes de la playa -acantilado abajo- fue visto paseando y hablando vehementemente a ocho perros, poco después del atardecer. Si bien, se da cuenta de un alto número de heridos leves, al parecer, no hay casos graves, ni muertes que lamentar. ¡Vaya locura, la vivida esta madrugada en nuestra isla!





La clínica del Riscal de José David Enríquez Rosas, se terminó de imprimir en febrero del 2022 en los talleres de Grupo Fogra S.A. de C.V., Av. Año de Juárez 223, Granjas San Antonio, México, D.F. En su composición se utilizaron las familias tipográficas PT Serif y Letter Gothic Std, así como papel bond de 120g, cartón de agua y lijas de distintos grosores.

El tiraje consta de 300 ejemplares.

¿Qué es la locura, más allá de un intrincado laberinto patológico? Enmarcada entre la cadencia del oleaje y el suave vuelo de las gaviotas, La Clínica del Riscal nos da la bienvenida a sus coloridas sendas literarias para que -sin prejuicios- caminemos a lo largo de nuestra propia demencia.

Al hacerlo, caeremos en cuenta que, una serie de diminutas huellas nos acompañan. Así, de la mano de los siete pacientes que nos preceden y con la sabia compañía de igual número de portadores de narices frías, habremos de enfrentar a nuestros propios fantasmas.

Luego de su novela Angelita. Inmersiones Oníricas al Mayab (2017), David Enríquez propone hoy, una obra que trasciende los umbrales de la salud mental, para interpelar audazmente al lector, desde lo más hondo de la condición humana.

